



Agustí Bartra

Odiseo

Índice

Prefacio

- I -

El arado blanco

Proteo

Los lotófagos

Los cíclopes

Polifemo

Eolo

Tiresias

Las sirenas

Las vacas del sol

El incendio del mar

Anfítrite

Mayala

- II -

Doso

- III -

Nausica

La canción de Nausica

Circe
Calipso
Penélope
- IV -
La muerte de Laertes
La doncella de la alondra
Dolio
Argos
Euriclea
Una hormiga en el sol
- V -
El remo negro

A Antoni Ribera

-¡Cíclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre, y voy a decírtelo pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llama mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

Odisea

O eres todo el mundo o no eres nadie.

MARAGALL: El conde Arnau

Prefacio

Durante años, la Odisea fue para mí un poema no necesario. Lo leí en mi adolescencia, porque tenía que conocer a Homero, pero no volví a él hasta más adelante en la vida. Mientras tanto, Homero me infundía una especie de respeto distante y macizo, me era ajeno. Cuando me acerqué de nuevo a él, en México, el poema homérico no se me impuso como un rapto fulgurante, sino que se me entregó de una manera tan sencilla y profunda a la vez, tan sin sorpresa, que fue como si volviese a hallar algo que había tenido sin saberlo. En una palabra, advertí que había vivido siempre en la luz de Homero y, también, que Ulises había dejado de ser para mí algo así como un

aventurero entre una guerra y un retorno que él mismo, Ulises, parecía complacerse en demorar. El héroe de Homero, tan fértil en tretas, me ganó, me impuso su inmortal vigencia, cuando comprendí que mi vida, como a él su destino, me había convertido en un esclavo del regreso. Entonces su figura se me agigantó interiormente, se me volvió luminosamente accesible.

En Ulises, el hado, la lucha contra hombres, monstruos y elementos, sus propias pasiones, su azaroso periplo, no son más que hitos que marcan una espera en la cual, a fin de cuentas, no se adormiló. Él sabía -y nunca ha estado sólo en eso- que no desistir del retorno era crearlo. Volver a Itaca, sí, pero a condición de que los pretendientes pudieran ser arrojados de la invadida heredad. Era necesario, pues, adquirir una fuerza e iluminar un nombre, llegar a la integración total de su pujanza. Pero si el mito de Ulises ha prolongado hasta nuestros días su trascendente humanidad, no se debe -8- al hecho de que se trate en él de un héroe esforzado, sino de un hombre que supo ser a la vez acción y testimonio. Si en él no hay división trágica es porque sabe que los dioses y su destino están de acuerdo. Con esta seguridad en su ánimo, podrá maravillarse a menudo, pero nunca será sorprendido, y aceptará las resistencias como un medio para acrecentar su medida.

Oyéndolo narrar -y nunca se detuvo en ninguna parte sin que, en la primera coyuntura, no supiese hacerse escuchar-, advertimos que Ulises fue un gran testigo de sí mismo, y de los demás, si eran merecedores de ello. Y por cuanto el espectador profundo que siempre viajó con él no podía ser engañado, imponíase que la acción fuese maravillosa. Su leyenda lo precedía; pero cuando él llegaba, todos sentían que se convertía en verdad, sin amenguar. Por eso hay una cosa que nos parece imposible en él: que no fuera realmente lo que decía que era. Esta absoluta autenticidad -y no Atenea- fue lo que nos lo salvó y lo que nos lo hace sentir eterno como su -y nuestro- mar.

Las narraciones, poemas y piezas de teatro que componen este libro han sido tratados con una libertad que resultaría excesiva si me hubiese guiado una intención de paráfrasis, glosa o adaptación. Pero no es tal el caso. Por raro que pueda parecer, este libro ha sido escrito casi sin pensar en Homero. A mi limitada medida, quería, antes que nada, contarme de una manera diferente algunas figuras y temas de la obra inmortal que me atraían más que otros. Pero pronto advertí, sorprendido, que lo único que realmente podía hacer era dar patria en mí a unas posesiones y presencias que, unas tras otras, se me imponían inevitablemente. Así, lo que yo había creído circunscrito a un puro ejercicio -y oficio- de fantasía se me volvía espiritualmente vital.

No pensaba en Homero, he dicho, pero Homero estaba ahí. Y esta función de estar ahí en mí se me evidenciaba más en la viva conciencia de que no lo podía traicionar, que en la sugestión de sus figuras divinamente creadas, en su hacer mediterráneo, en la doma de su poesía torrencial. No se trataba de domeñarlo -¡quién podría hacerlo!-, sino crear otras certidumbres. En una palabra, el mito homérico me interesaba en tanto que despertaba en mí vivencias que, inefablemente, se construían su peculiar visión y expresión. Por -9- otra parte, si el símbolo de Ulises, el gran errante, tenía para mí una validez tan allegada, era porque el identificarme humanamente con él representaba una esencialidad dramática

que me confirmaba. Y hasta había paralelismos estremecedores. Sólo mencionaré uno: los diez años de errabundeo de Ulises, terminada su guerra, coincidían, casi día por día, con mis diez años de exilio. Más de una vez, en el transcurso del tiempo empleado en la redacción de este libro, me he preguntado si valía la pena dar una nueva versión de Ulises, por personal, por mía que fuese. Pero más allá de las dudas que me asaltaban, había en mí una certeza que no se rendía y unos estímulos que no se secaban. Yo sabía que la obra se me había hecho inevitable, y que lo que la haría perdonar, o amar, era, alta o baja, mi dimensión mediterránea, aquella parte de la gran herencia antigua que me había tocado en suerte compartir por ser yo quien era, por haber nacido, vivido y luchado en la tierra que es mi patria. De esta herencia, lo que me interesaba más era trasladar a un plano comunicativo mis sorpresas maravilladas, es decir, ir contando todo aquello que yo no sabía que supiese. Dicho esto se comprenderá, pues, que la sombra de Homero, en mi libertad, me había sido muy ligera...

-[10]- -11-

- I -

-[12]- -13-

El arado blanco

-14- Telémaco subió al elevado aposento que para él se había construido dentro del hermoso patio, en un lugar visible por todas partes, y se fue derecho a la cama, meditando en su ánimo muchas cosas. Acompañábale, con teas encendidas en la mano, Euriclea, hija de Ops Pisenórida...

-15-

I

Desde la llanura, el rumor nocturno del mar se oía como un ahogado sollozo inmemorial. Con el vuelo brusco y silencioso de las falenas llegaba el fresco olor de la hierba nueva y, a ras de suelo, se extendía un tibio vaho de bestias dormidas. Alguien andaba, con paso sigiloso y vacilante, siguiendo caminos de azar. La luna no había salido aún: la luz de las estrellas azulaba la noche, pero abajo, en la tierra, sólo proyectaba sombra aquello que se levantaba inclinado o se arqueaba: vuelos tenues alrededor de los árboles de corteza tierna, sillares compactos junto a los vallados y, en el horizonte, una inmensidad presentida. Aquí y allá, entre zonas de silencio, se oía un zumbido intermitente, una monótona y vasta fermentación que se extendía entre los retamares y los zarzales, penetraba en los bosques despiertos y caía sobre las estrellitas de oro de los

musgos. Los árboles solitarios ya tenían el gesto de la primavera. Alguien andaba, casi sin ruido, más ajeno que hostil a la noche, que languidecía con el oído en el suelo, escuchando, sin saber que lo que oía era la canción de agua que brotaba de su garganta...

-¡Cállate, Argos!

Al acercarse los pasos, el perro gruñó, sin dejar su yacija, y la vieja Euriclea, que había estado esperando sentada en el tosco banco de piedra arrimado cerca de la puerta del cobertizo, se levantó y tomó del suelo, por el gancho, la linterna encendida.

-¡Cállate, Argos! -repitió la voz de Telémaco.

Sus pasos, ni apresurados ni ronceros, se oían cada vez más -16- cercanos. Argos cesó de gruñir. Cuando la sombra de Telémaco apareció junto al ángulo que formaban los dos muros de la fachada posterior del casal, frente a la puerta del cobertizo, a una distancia de diez varales de carro, Euriclea levantó rápidamente la linterna, que lanzó un gran disco de luz roja sobre las losas desiguales, y, empujando con la mano izquierda, abrió la puerta, y entró tras él.

La vieja sirvienta se dirigió al rincón del fondo y, poniéndose de puntillas, dejó la linterna en la hornacina ennegrecida por el humo. Luego volvió hacia la puerta, pero no salió: como todas las noches, esperó que Telémaco la despidiese con un gesto o una palabra. Sin embargo, Telémaco permaneció inmóvil, de pie frente a la ventana.

Euriclea lo contemplaba, pensando, una vez más, que tanto por la forma del cuerpo como por los rasgos de su cara, el parecido de Telémaco con Ulises, su padre, era evidente. El joven tenía también de su padre la luz profunda de sus ojos y los dos surcos que bajaban de la nariz a las comisuras de la boca. Ahora Telémaco tenía la misma edad de Ulises cuando éste partió, dejándolo todo, y desde entonces las tierras y los animales y la riqueza toda de la heredad habían menguado mucho. Y por si esto fuera poco, se había metido en la casa mucha gente dada al jolgorio, a buscar lo que no era suyo y a cortejar a Penélope, con el propósito de casarse con ella. El más fanfarrón era Eurímaco, que tenía por manceba a Melanto, una de las hijas de Dolio...

-¿Cómo se llamaba el hombre que vino a buscar a mi padre? -preguntó Telémaco, sin moverse de su sitio.

-Palamedes.

-Cuéntame.

-Pues...

-Eres la única que lo vio. Vuelve a contarlo, si no estás cansada esta noche.

-No.

-No, ¿qué?

Euriclea tardó unos momentos en contestar:

-Sólo tengo la edad de tu padre y la tuya, juntas, y quince siembras más.

-Cuenta, Euriclea.

-Pues...

Y Euriclea empezó la historia tantas veces repetida durante -17- aquellos años. Telémaco se volvió hacia la fiel sirvienta, con los brazos cruzados, y miró la boca de labios finos ligeramente sumidos que se movían como si murmurasen una oración. La voz, como siempre, bajaba de tono a

medida que adelantaba la evocación, como si las palabras, despojándose de todo sentido, valiesen sólo por su acento de hechizo, en el cual Ulises vivía inefablemente la última jornada que pasó en el casal, veinte años atrás. Primero se trataba de Palamedes, venido de lejos sin anunciarse, y de su espera desde antes del alba en el campo a medio labrar, y después de cómo Ulises, que lo había reconocido al punto, pasaba por su lado fingiendo no verlo, como si Palamedes fuera un árbol o un espantajo que siempre hubiese estado en aquel lugar. Y Palamedes no decía nada: se esparrancaba sobre el caballón endurecido, delante del arado, esperando que Ulises volviera. Y Ulises volvía, al poco rato, y se ponía a sembrar sal en los surcos abiertos el día antes, cantando una canción de remeros y balanceando el cuerpo como si debajo de sus pies en lugar de tierra tuviese el maderamen de una embarcación. Y después, vacío de sal el zurrón, se ponía a bailar alrededor de un montón de estiércol y, finalmente, tejía con ramas de almendro florido dos coronas, que colgaba en los cuernos de los dos bueyes...

-¿Es verdad que Palamedes me puso en el suelo, y que mi padre, al llegar cerca de mí, desvió el arado? -preguntó Telémaco.

-Eso lo ha inventado la gente; no hubo tal cosa -contestó Euriclea, levantando la mirada de sus ojos oscuros-. Yo estaba sentada, sosteniéndote en mi regazo, a la sombra del gran roble, el árbol de Laertes, como lo llaman ahora, y lo veía y oía todo; pero ni tu padre ni Palamedes sabían que estábamos allí.

Después de unos momentos de silencio, la vieja sirvienta, bajando de nuevo la voz, reanudó la narración con la misma monótona cantinela... Y Ulises uncía los bueyes al arado y abría un surco, y cuando estaba a la mitad del segundo se detenía junto a Palamedes, quien le decía: «Ahora puedes ir a buscar las armas y venirme conmigo», mientras desprendía las coronas que los bueyes llevaban en los cuernos. Y Ulises soltaba la esteva, se ponía delante de Palamedes y soltaba una carcajada; y Palamedes, echándose a reír también, tomaba -18- de pronto por el brazo a su amigo, y los dos echaban a andar hacia el atajo que llevaba al casal, mientras Euriclea, que se había puesto de pie, señalaba con el dedo a Telémaco los dos hombres que se alejaban...

-¿Se fue aquel mismo día? -preguntó Telémaco.

-Al día siguiente.

-¡Quién sabe si volverá algún día!

-Nunca hemos dejado de esperarlo.

-Esta mañana he visto a Haliterses. Dice que mi padre regresará pronto.

-¿Por qué lo cree?

-Habla de unas águilas...

-Desde que tu padre se fue, no ha cesado de anunciar su regreso.

-Y tú, ¿qué crees?

Euriclea levantó su mirada y la fijó en el rostro de Telémaco. Lentamente, dijo:

-Las mujeres saben esperar sin necesidad de creer...

-Yo quisiera saber.

-Es tarde. ¿Deseas algo más?

-No, Euriclea. Buenas noches.

-Buenas noches, Telémaco -dijo Euriclea, abriendo la puerta y saliendo sin

hacer ruido.

Al quedar solo, Telémaco apagó la linterna, pero en lugar de acostarse abrió la ventana de par en par y se acodó sobre el antepecho. Miró los astros: era más de medianoche. Estaba cansado -aquella tarde había atravesado, nadando, el Puerto del Barranco, con Noémone, y después había vagado unas horas por el bosque-, pero sabía que si se acostaba no dormiría. Pensaba en su padre. ¿Vivía o había muerto? Si algún día regresaba, ¿qué rigores les impondría, a él y a todos los que lo habían estado esperando? A él, el hijo, siempre lo habían medido otorgándole una especie de crédito fabuloso que un día tendría que pagar, o lo habían mirado -los peores- con cierto desprecio medio compasivo, medio burlón... No dormiría: el silencio de la tierra era el silencio de los astros, en aquella hora: la primavera se volvía perfume encima de las sombras tendidas. Pensaba en su padre, a quien no había conocido. Con el tiempo, su ausencia se convirtió en una terrible desmesura, porque, por un lado, había existido la tácita confabulación de conservar intacta la imagen, -19- como si entre todos se hubiese concertado el rito secreto de su culto, y, por otro, el eco de su destino estrenuo lo había elevado a una presencia misteriosa, gigantesca y solitaria, a la cual él, y todos, se sentían vinculados, pero que lo excedía; percibían su luminosa exigencia profunda y viviente, mas no podían aproximarse a ella porque les era imposible desarraigarse y, como los árboles, se hundían más en la tierra para poder, creciendo, hacer más ancho el ruedo de su inmóvil espera. En los primeros años de la ausencia de Ulises, pareció como si todo se hubiese detenido en una modorra expectante, no exenta de alegría. Después de la escasez, todo sería colmado. La infancia de Telémaco transcurrió bajo el signo de una incertidumbre que podía terminar al día siguiente. Se avizoraba alcanzable el futuro. En el aposento de su madre, durante mucho tiempo se conservó, colgado de un clavo, el vestido que su padre se quitó al marcharse; abajo, en el rincón del cántaro, había quedado el viejo bastón con la anilla de cuero que lo hacía más manejable; el arado, en medio del campo, nunca pareció abandonado allí; y en la mesa del comedor podía verse, junto al lugar donde se ponía el plato de su padre, la figura de un pájaro que un día Ulises grabó distraídamente con la punta de su cuchillo. Una noche, cenando a solas con su madre -tendría él a la sazón unos diez u once años- advirtió que la figura del pájaro había desaparecido completamente de la madera, borrada por el uso y el tiempo, y, presa de una gran tristeza extraña, como si le hubiesen robado un tesoro que ignoró siempre poseer hasta el momento de perderlo, levantó la mirada hacia su madre y se encontró con la de ella. Pero Telémaco advirtió que su madre miraba sin ver, con ojos ausentes y sumidos en un rostro que no había sonreído, un rostro nuevo para él, desnudo y liso como la madera de la mesa sin la figura del pájaro. Momentos después ella se levantó en silencio, tomó uno de los candiles que había alineados en la repisa del hogar y lo encendió. Pero en lugar de subir a su aposento, como de costumbre, abrió la puerta de la casa y salió...

Una ráfaga llenó de cálido olor la estancia de Telémaco. La noche había adquirido un tono azul: el silencio de la tierra ya no era el silencio de los astros. En el establo del casal de Laertes mugió un buey. Telémaco abrió la puerta y permaneció unos momentos de pie en el umbral, respirando

el aire de -20- primavera... Oyó el canto de un gallo, allá lejos. Echó a andar, preguntándose si contestaría algún otro gallo. Ninguno contestó. El buey mugió otra vez.

Telémaco andaba a la ventura de sus pasos, oliendo los efluvios de la noche, los dulces y errantes olores nocturnos que lo llenaban de una vaga sorpresa nostálgica. De pronto, el mismo gallo dejó oír de nuevo su toque estridente de diminuto clarín, que pareció sonar detrás de las montañas. La fragancia descendía de las alturas, de una luz invisible que, al bajar, se convertía en hálito aromado. Telémaco seguía andando. Más allá del olivar, al borde del camino que unía a los dos casales, el perfume se hizo más vasto y disperso -de pétalo reciente, de hierba mojada, de troncos que se habían vuelto súbitamente tiernos- y, también, más efímero, de una evanescencia pesada que se acolchaba en las sombras, hasta que, en la llanura, se producía una ternura total, un vaho tibio, que ascendía de la tierra núbil donde la primavera se afirmaba, había acabado su espera. El gallo volvió a cantar. Y Telémaco, aguijoneado por un doloroso anhelo, echó a correr a través de los campos.

Se detuvo en medio de unos carrascales, para tomar aliento, y cuando iba a reanudar la marcha descubrió a Laertes y se aproximó a él sin hacer ruido. Telémaco conocía su costumbre de acostarse al aire libre en cuanto llegaba el buen tiempo, sobre una yacija que cada noche aprestaba en un lugar distinto. Su abuelo dormía sobre la hojarasca, en un claro entre los matorrales. Desde el cuello hasta las rodillas lo cubría una vieja cobija y no se había quitado las grebas ni su gorro de piel cabruna que, ladeado, le tapaba una oreja. Telémaco se inclinó para contemplar el rostro de Laertes, cuyas facciones el sueño había desfigurado. Perduraba la impresión de máscara de barro que siempre le había causado aquel rostro. No obstante, algo que no podía discernir había cambiado, como si secretamente hubiese madurado para hacerse indescifrable. Allí estaban la frente, con su maciza turbulencia y su soledad agrietada por los surcos de las arrugas, labrada por el orgullo y la piedad de los días, arco sosteniendo la canción blanca de los cabellos; las cuencas de unos ojos invisibles donde la paz de las distancias se había adormecido, donde desfilaban las bestias y los vientos llegaban con augurios de simientes; la nariz aquilina del linaje, -21- entre los dos pómulos salientes, y, debajo, pesada y sumida como un pájaro muerto... ¡la boca! Sí, ahora comprendía. La larga espera, que en su madre se había helado en los ojos como una melancolía esquiva y anhelante, sellaba los labios de Laertes... Huyó.

Corría con pies ligeros, y con él corría su angustia. El gallo cantó. Telémaco corría, y a su lado corrían los árboles y las sombras de los árboles, y los olores de la tierra, y la luna que había salido del mar. Oyó cantar el gallo, más cerca esta vez, como si se hubiese posado en la cumbre de las montañas, y el canto aguijoneó el vértigo de su huida. Los árboles daban rápidas vueltas a su alrededor, en una sardana movida por el viento, y los astros giraban dentro de sus ojos, y los latidos de su corazón eran como una piedra negra que rodase por el talud de la noche... No sabía a dónde iba: no iba a ninguna parte: huía de soledades y esperas y de la punzante incertidumbre de su alma. No ignoraba que se agotaría en una carrera inútil, porque en su alma pesaba más aún el sueño que la

fuerza, y su voluntad no estaba armada para la partida libertadora. El gallo volvió a cantar.

Sin resuello, a punto de desistir, Telémaco llegó al campo en que se encontraba el arado abandonado por su padre. Haciendo acopio de fuerzas, echó a correr y no se detuvo hasta llegar cerca del arado... Le flaquearon las piernas, cayó de rodillas y, apoyándose en las manos, curvó su torso adelante... Cuando cantó el gallo, tocó la tierra con la frente.

Telémaco se levantó, jadeante aún, dio lentamente tres vueltas en torno al arado iluminado por la luz de la luna, se detuvo y lo empuñó por la esteva. Trató de levantarlo, pero el arado, que tenía el dental y la reja hincados en la tierra endurecida, no se movió. Porfió durante un rato, hasta que la tierra se agrietó, y entonces, tirando con furia, alzó el arado cuanto le permitió la longitud de su brazo. Y permaneció así hasta que el gallo cantó de nuevo...

II

Al salir el sol, Telémaco se dirigió al mar.

Después de vagar por los arenales de la playa, subió a lo alto del Cabo Rojo, lugar habitual de sus vagabundeos solitarios, -22- en el extremo sur de la Cala del Alción. En frente, al otro lado de la cala, se adentraba en el mar la punta de Rea, espolón rocoso de un promontorio cubierto de retamas y tamariscos.

Telémaco miró al mar, distraído, pensando en Haliterses y en lo que había dicho poco ha. Lo había visto, o mejor dicho, entrevisto, cerca de un olivo. El viejo Haliterses debió haber estado esperando su llegada, pero al verlo se había apresurado a esconderse detrás de un tronco.

-¡Hijo de Ulises! -había gritado.

-¿Qué quieres, Haliterses? ¿Por qué te escondes?

-¡Las águilas de oro! ¡Las águilas de oro!

-¿Qué dices?

-¡Vuelan, vuelan de día y de noche! ¡Las águilas de oro, hijo de Ulises!

Ya han levantado el vuelo, desde las cumbres, las águilas augurales. Y vuelan de día y de noche, las grandes águilas. Y todo cuanto se arrastra en el barro y se desliza en la sombra y vive en los tibios retiros, tiembla y castañetea de dientes. ¿Estás ya dispuesto Telémaco? ¿No es bastante fuerte la rama de tu alma para que en ella se posen las águilas resplandecientes? ¿Qué esperas para dejar de ser hijo y convertirte en heredero? Has de crearte un regreso en el viento y en el mar... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Las águilas de oro vuelan, vuelan, a través de mi oscuridad...

La arrebatada vehemencia de Haliterses, a quien buscó en vano por el olivar, lo había impresionado esta vez. Las águilas de oro de la locura del anciano pajarero podían muy bien ser el símbolo de la partida.

¡Convertirse en el heredero! ¿No era eso más importante que el regreso de su padre? Lo que él anhelaba, después de todos aquellos años en que su alma se había inclinado ante la estatura mítica de su padre ausente, era

llegar a dominar la resistencia de su debilidad y de su indecisión, a tener el valor de escogerse. La partida no lo atraía como un botín de aventura: en ella veía sólo el camino que le daría prestigio para la vuelta, porque la finalidad no era otra que la vuelta a un verdadero comienzo en el que su voluntad sería ley ganada. ¡Pero aún no había oído volar las águilas de oro!

Telémaco se levantó y empezó a desnudarse, de espaldas al mar. Miró al firmamento, en el cual se inclinaba ya el mediodía, y después, mientras bajaba por los peldaños de roca, dirigió la vista hacia la cala, que era como una canasta azul donde había caído el pan del sol. Se detuvo al borde de las rocas, en un tibio y liso rellano de la solana. Dio media vuelta y, levantando la cabeza, aspiró con fuerza, mirando la gaviota. La roca despedía una vaharada caliente que se prendía a su piel. Se tocó el cuerpo: los hombros vigorosos de donde nacía la fuerza de los brazos, el pecho ancho, el ahusamiento suave de los flancos... En su cuerpo había silencio y paz. Blanca, la gaviota, y más azul el cielo. Comenzó a levantar los brazos, volvió a aspirar: el olor de la resina, ahora, y un ramalazo de polvillo salobre que se había levantado de las aguas que rompían allá abajo, en el roquedal umbrío; blanco polen fresco en la piel, sobre el olor de la resina; la gaviota entraba en el disco del sol, mientras él se dejaba caer de espaldas y su sombra saltaba...

Tocó con ambas manos el fondo arenoso, sin verlo, porque no había abierto los ojos. El agua se le enroscaba en la cintura como una cuerda fría. No abriría los ojos, ya que si lo hiciera la imagen de la gaviota se desvanecería súbitamente y ¡era tan bello seguir viéndola con los ojos interiores! Más bello que la realidad. La gaviota seguía encima de él, en un cielo que languidecía, con las alas plegadas, inmóvil y blanca... La voz de Ulises, extraña y lejana, resonó en sus oídos: «¿Buscas el arado, hijo? ¡Mira hacia arriba!». Eran las mismas palabras que le decía en un sueño que en los últimos tiempos había tenido a menudo. Telémaco, obedeciendo a su padre, levantaba la mirada y veía el arado blanco en la cumbre de una montaña sombría...

Advirtió instintivamente que estaba en la Punta de Rea. Tocó roca. Sosteniéndose con una mano en un saliente de roca, llenó sus pulmones de aire y, sin abrir los ojos, emprendió el regreso. Dentro de él, el arado blanco se deslizaba por vertientes oscuras, bajaba hacia el llano...

-¡Telémaco!

El arado avanzaba, lenta y rectamente, dejando tras sí un surco luminoso...

-¡Telémaco!

Hasta que llegaba al mar, el arado, y entraba en él y flotaba entre las olas, meciéndose con un ritmo de cuna, dejando en las tinieblas una estela azul y...

-¡Telémaco! ¡Eh, Telémaco!

-24-

Era la voz de Noémone. Telémaco, contrariado, abrió los ojos: el Cabo Rojo estaba sólo a unas brazadas, que, nadando, recorrió rápidamente. Al salir del agua, se volvió. Su amigo lo saludaba, con los brazos levantados, desde el borde del promontorio, al otro lado de la cala. Telémaco empezó a subir hacia el rellano de la cima, donde había dejado su ropa. La gaviota

había desaparecido del cielo. Al llegar a lo alto, se volvió hacia su amigo y, en silencio, levantó los dos brazos. Noémone gritó, poniéndose las manos en la boca, a guisa de bocina:

-¿Voy?

-No.

-Quisiera hablar contigo.

-Hoy no.

-Tengo lista la embarcación...

-No ha llegado la hora, Noémone.

-La nave tiene dos velas...

-No insistas.

-Una, es blanca; la otra, púrpura.

-Cuando llegue la hora lo sabrás.

-¿Pronto?

-Quién sabe... ¡Salud, Noémone!

-¡Salud, Telémaco!

Telémaco se vistió prestamente y, tomando el camino que atravesaba un ralo pinar, salió a la costa cuyas alturas estaban bordeadas de tamariscos y adelfas. El terral, tan leve en aquella hora que apenas podía mover las hojas de las adelfas, traía un intenso olor a humo. Pero en el firmamento, despejado y azul, no se veía una sola humareda. El mar tenía color de espada. Telémaco andaba despacio. En él se había hecho la calma, una gran calma sin pensamientos. La tensión de su espíritu se había aflojado y se abandonaba sin resistencia a la dulzura del apaciguamiento que lo arrastraba como una ancha y lenta corriente. Sus sentidos tenían una agudeza de percepción que lo llenaba de goces vírgenes. Tocó un árbol: vivía. Cogió una piedra: tenía la misma forma que el broche que se prendió en el vestido de novia una de las hermanas de Noémone. Una urraca, al oír el ruido de sus pasos, levantó bruscamente el vuelo: llevaba en su pico un anillo de sol. Los dedos de oro de la luz deshilachaban la neblina que se arrastraba por los carrascales, en los que, medio oculto, se levantaba

-25- el vetusto cobertizo agrietado donde su padre había guardado los aparejos de pesca y donde él, cuando era pequeño, iba a menudo a buscar refugio para su soledad y sus juegos.

Telémaco, desviándose del camino, se dirigió hacia el cobertizo. Flecos de neblina se cernían sobre el techo; se entrelazaban unos con otros, girando y en el último momento, antes de desvanecerse en el aire, cobraban la forma del viejo Haliterses señalando al mar con el brazo extendido...

Dentro del cobertizo, Telémaco fue a sentarse encima de un montón de redes abandonadas en un rincón. La luz, escasa, entraba por dos rendijas laterales. En medio de la puerta, colgada de un clavo, había una pequeña jaula de grillos de forma cuadrada y hecha con ramitas de boj; de la parte alta pendía un salabre. Telémaco se levantó y fue a descolgar la jaula que sus manos habían construido años atrás, cuando era todavía un niño. Advirtiendo que dentro de la jaula había algo, rompió uno de los frágiles listones y, sacudiéndola, lo echó sobre la palma de su mano: era el último grillo de su infancia, seco y vacío. Colgó de nuevo la jaula y se disponía ya a salir cuando, impulsado por una súbita idea, tomó el salabre por el mango y lo descolgó de un tirón: en la madera de la puerta había la huella negruzca de una mano, de la mano derecha de Ulises, que había quedado

impresa en la madera el día que impuso en ella los dedos embadurnados de alquitrán, después de calafatear su barca. Telémaco recordaba claramente la primera vez que la había visto. Era uno de los recuerdos más antiguos de su infancia. Una mañana había entrado en el cobertizo, acompañado de Euriclea, y habíase quedado mirando la puerta, atraído por la huella negra, tan alta que no podía llegar a ella. Había llorado ante la puerta, cerrando y abriendo, anhelante, sus manos tendidas, y Euriclea, al advertirlo, lo había levantado agarrándolo por los sobacos y acompañó su mano chiquita hasta hacerle tocar la huella... Pero no fue sino hasta trece o catorce años más tarde cuando pudo, un día, poniéndose de puntillas, alcanzar sin ayuda la huella, y desde entonces había repetido con frecuencia la prueba, sin comprender exactamente por qué lo hacía, aunque se sentía extrañamente decepcionado al comprobar que su mano no era bastante ancha ni larga -y quizás -26- no lo sería nunca- para cubrir la huella de la mano de su padre.

Con el corazón latiéndole aceleradamente, Telémaco levantó ahora la mano. Hacía años que no había hecho la prueba y quién sabe lo que hoy dependía de ella... Miró su mano abierta, miró luego la huella, y bajó la cabeza. De pronto, con un movimiento rápido, puso la mano sobre la madera de la puerta...

Cuando más tarde, Telémaco llegaba a la vista del casal sonreía con la misma sonrisa que había iluminado su rostro poco ha, en el cobertizo, al levantar la cabeza...

¿Quién era aquél que tomaba el sol arrimado a la pared, cerca de la puerta del casal? Era Eurímaco, sin duda, el más porfiado de toda la plaga que les roía la hacienda. Telémaco se fue aproximando. Delante de Eurímaco, sentada en el suelo, cerca del pozo, Melanto, la hija de Dolio, se partía una trenza de cabellos largos y rubios, tarareando. Al advertir a Telémaco se calló.

-¡A ver cuándo acabas de peinarte, Melanto! -dijo Eurímaco a su amante. Volviéndose hacia Eurímaco, Melanto abrió la boca para hablar, pero al ver que Telémaco se había detenido entre ella y él, volvió a cerrarla, encogiéndose de hombros.

-¿Te has vuelto muda, Melanto? -preguntó Eurímaco-. Y tú, ¿qué quieres? -añadió, dirigiéndose a Telémaco.

Éste, en vez de contestar, avanzó hasta quedar frente a Eurímaco. Los dos rostros casi se tocaban. Con la mano derecha, Telémaco agarró la muñeca izquierda de Eurímaco y, apretando con fuerza, se la puso contra la pared.

-¡Suéltame! ¿Estás loco? -dijo Eurímaco, tratando en vano de librarse de Telémaco.

Por toda respuesta, éste le sujetó la otra muñeca y, poco a poco, venciendo la resistencia que le oponía Eurímaco, lo obligó a abrir los brazos en cruz. Después, empujando hacia arriba, le puso los brazos en posición vertical, de manera que las dos manos quedaran a un lado y a otro de la gruesa anilla de hierro clavada en la pared que se usaba para atar las caballerías por la brida o el ronزال.

-¡Me haces daño! ¡Suéltame!

-27-

Telémaco introdujo una de las manos de Eurímaco dentro de la anilla.

-¡Ay! ¡Ay! ¡Suéltame! ¡Me lastimas!

Apretando cada vez con más fuerza, Telémaco metió la otra mano dentro de la anilla. Luego, en voz lenta y sorda, dijo:

-Y ahora dirás a Melanto que vaya a buscar a Euriclea y le diga que quiero verla. Me encontrará en mi aposento.

Y se fue.

Euriclea entró silenciosamente. Desde la puerta preguntó:

-¿Me has hecho avisar?

-Sí. ¿Has estado alguna vez en casa de Noémone?

-Sé dónde vive.

-Pues ve y dile de mi parte... Una cosa, antes: ¿quién ha descolgado a Eurímaco? Ya no oigo sus gritos.

-Dolio y Eumeos.

-Está bien... Como te decía, ve a casa de Noémone y dile de mi parte que prepare para mañana la vela púrpura. ¿Me has entendido?

-Sí, Telémaco.

-Y que no se entere nadie más que él, ¿comprendes?

-Sí, Telémaco.

-No vuelvas sin haberlo visto.

-Sí, la vela púrpura para mañana... -murmuró Euriclea, fijando su mirada en el rostro de Telémaco un momento antes de volverse para abrir la puerta y salir.

Cuando unas horas más tarde, de noche ya, la vieja sirvienta regresó, Telémaco estaba de pie en el centro de la estancia, en el mismo lugar en que lo había dejado. Euriclea puso la linterna en la hornacina, abrió luego la ventana y salió sin decir una palabra, para volver a poco trayendo apoyada en la cadera una jarra de loza, baja y de cuello estrecho, y, doblada sobre el brazo, una delgada cobija de lana. Afuera, Argos ladraba plañideramente. Euriclea dejó la jarra en el suelo, extendió la cobija sobre la cama y fue a apagar la linterna.

Telémaco sintió la ligera mano de Euriclea posarse sobre su hombro. Tuvo la sensación de que la noche entraba en él. La serena alegría de su alma pareció unirse a la inmóvil dulzura -28- de la tierra y de la noche.

Euriclea -pensó- era tan fiel y tan sin sueños como la misma tierra, y tenía la silenciosa ingravidez de la noche. Argos ladraba de vez en cuando. Por la ventana abierta entraba el olor tenue y melifluido de los primeros árboles floridos. La primavera había llegado, había dejado de soñar.

Las manos de Euriclea empezaron a desnudarlo. Su paz crecía, más allá de sus pensamientos, más allá de aquellas manos tibias y maternales. Nunca había oído ladrar a Argos tan tristemente, como si supiera... ¿Qué recordaría de aquella hora, al cabo de los años, cuando mirase atrás en los recuerdos? «Una calma azul entre los ladridos de Argos y el perfume de los almendros floridos», pensó, mirando al cielo. Rodeado de infinitas estrellas, el leve creciente parecía la reja del arado invisible de la inmensidad. Euriclea, arrodillada, se había puesto a ungirlo. Argos seguía ladrando...

Al acabar, Euriclea le echó encima la cobija y salió. Telémaco la vio pasar por delante de la ventana, encorvada y con la jarra en la cadera. Momentos después oyó que gritaba al perro:

-¡Cállate, Argos!

-29-

Proteo

-30- No olvidó el viejo sus dolorosos artificios: transfiguró sucesivamente en melencólico león, en dragón, en pantera y en corpulento jabalí; después se nos convirtió en agua líquida y hasta en árbol de excelsa copa.

-31-

Desde la roca, Ulises saltó sobre la espalda del viejo Proteo y, raudamente, le pasó un brazo por debajo de la barbilla, mientras con el otro sujetaba los brazos del viejo al nivel de la cintura y lo levantaba en vilo. Proteo se dejó estrechar sin resistir, pero a pesar de que el brazo de Ulises le atenazaba el cuello y le tenía levantada la barbilla, volvió la cabeza fácilmente, con una deliberada lentitud. Ulises vio un rostro blanco, flaco, de una finura viscosa; unos ojos azules, inmóviles y profundos, y una boca que, al abrirse en una sonrisa maliciosa, mostraba las puntas de unos dientes verdosos. Poseído de su designio, Ulises pensó: «Le soltaré las preguntas ahora mismo, sin darle tiempo para nada». Pero ni siquiera llegó a abrir la boca. Ligeramente curvado sobre Proteo, con el pecho adherido contra la espalda del viejo, Ulises percibió con todo su cuerpo la fluencia sorda, el líquido y profundo rumor que había en el cuerpo que sus poderosos brazos tenían agarrotado. No lo soltó. El rumor pasaba ahora a él como el zumbido de una larga honda. Ulises respiró profundamente, cerrando los ojos, y entonces sintió exactamente sobre su corazón los latidos del corazón de Proteo, que temblaba como una mariposa de plomo. Pero no lo soltó. De pronto, Ulises notó que el cuerpo del viejo se envaraba y endurecía. Lo apretó con más fuerza. Poco a poco, Proteo consiguió enderezar verticalmente su cuerpo encorvado por el asalto, mientras sus manos iniciaban una fuerte tensión hacia abajo. Después, con la misma lentitud, liberó sus dos brazos y los levantó por encima de las cabezas de ambos. «El viejo empieza a usar sus arterias -pensó Ulises, sorprendido-, pero no es para huir».

-32-

Así era. Más que para huir, Proteo parecía pugnar por quedarse, aunque de una manera que escapaba a la comprensión de Ulises. Continuaba la tensión hacia abajo de las piernas del viejo, pero al mismo tiempo Ulises advertía que, entre sus brazos, el cuerpo del astuto viejo del mar se hinchaba y redondeaba. El corazón de Proteo había dejado de latir, y su sangre, en lugar de un zumbido de honda, era ahora una ascensión pesada y espesa. Cuando el rumor de ramas le hizo levantar la cabeza, Ulises comprendió. Y el apretón se convirtió en abrazo... Ulises sintió que le caía sobre el rostro el perfume de las flores del

árbol. Era una caricia tibia el beso de aquel árbol que, bajo la corteza lisa -Ulises lo percibía con la punta de cada uno de sus dedos-, se estremecía como un animal joven. Presa de un dulce arrobamiento, cerró los ojos. Era el árbol... Y eran la tierra y el sueño, en el árbol. Porque sólo el árbol vive ligado siempre a la tierra, y sólo él, sin dejarla, tiene una fuga tan recta hacia las estrellas. Era el árbol. Ulises sentía la vida del árbol enlazada a la suya. Él mismo era el árbol en la medida en que su conciencia se inclinaba ante el llamado de sus orígenes, ante el medroso anhelo de un retorno a la gran justicia de la sombra. Y era, también, más que el árbol, porque, oculta, estaba la mano de raíces que agarraba la tierra, la tierra posible y la imposible, la tierra sonora y la tierra callada, la tierra de la muerte y la tierra de los recuerdos.

Él era el árbol por donde, mezclándose con los suyos, subían los recuerdos de la tierra: la tierra en primavera, como una virgen que no se atreve a gritar, y la tierra que él, Ulises, abrió, años ha, con el arado y que tenía el agrio olor denso que exhala el cuerpo de una parida; la tierra que espera en los valles soleados y la tierra alucinada y seca de los estíos demasiado largos. El árbol, y él, sabían de las veladas en noches de luna, antes de una batalla o de una floración, cuando sus sombras quedaban hincadas en la tierra por el silencio, hasta que llegaba el alba con certidumbres de pétalo o de herida...

Al advertir Ulises que el árbol había desaparecido de sus brazos, más que sorpresa sintió dolor, y ya iba a dejarlos -33- caer cuando tuvo la viva sensación de que se escurría un velo entre sus manos todavía cerradas. Las abrió y miró. No vio nada, pero la sensación persistía. El velo parecía hacerse más espeso y deslizarse, invisible, con un rumor de viento y de cristal. Y de pronto, encima de sus manos abiertas, vio el ala transparente: el manantial.

Era la fuente, el ala viva del agua. Era la canción que partía del espejo que quedaba. Era la fuente, la danza y el corazón de la lluvia. Era la alegría, la canción fugitiva. Y Ulises veía en ella el día con su rodilla de oro y su carga de luz; los brazos extendidos de los árboles y la gavilla del cielo; cántaros que se hundían como soles negros, rituales de vírgenes y ánforas, hojas, bandadas de pájaros, las lunas que iban a madurar y aquel volumen de luz retorciéndose sobre el fondo arenoso como un adolescente desnudo lanceado y con el arco iris roto en la boca... Y veía también sus labios secos.

El chorro de agua tenía un peso de pájaro. Ulises lo levantó como si fuese su propia alma. La fuente era el alma, la canción fugitiva: dos alas tendidas y trémulas y un torso que alargaba por el suelo una lenta huida de imágenes. Ulises levantó el pájaro y se lo puso sobre el pecho. El ave hincó en la carne de Ulises sus garras frías, extendió sus alas brillantes y precipitó por todo el cuerpo del hombre su líquida canción.

Ulises miró hacia el alto sol del mediodía. Su piel mojada resplandecía. Extendió sus brazos y miró su pecho: la fuente seguía manando. Se inclinó ligeramente, puso sus manos bajo el chorro y bebió. Recogió más agua y se irguió, y así, mirando al sol, extendió la mano, inclinándola, y dejó caer lentamente el agua sobre la tierra...

El blanquecino vientre del delfín latía convulsivamente entre los muslos de Ulises. Después del árbol y de la fuente, ya no podía haber sorpresa

para él. Pero miró el morro aguzado del pez, los flancos de un azul de golondrina, la cola en forma de media luna... ¡Todo tan familiar! ¡Cuántas naves había gobernado él que tuvieron un delfín por mascarón de proa! Las naves y su mar... Su sombra entre remos y velas. El mar era un rostro con cien soles... Horas tranquilas, con la mirada fija en la blanca estela y el pensamiento en lo alto de los rojos mástiles. A lo lejos una isla de laureles levantaba su -34- cabeza de bronce. ¡Y los delfines tras la estela! El chasquido de las jarcias, y las voces de los remeros, y la oscuridad de donde surgían los aullidos del temporal. ¡Y los cielos de bonanza con los delfines blancos de las nubes! Y las noches en que la costa encendía guirnaldas de hogueras y las velas temblaban como tímidas novias. Y, aún: las gaviotas color de sal, y el alma con los delfines de oro de los sueños, y aquella hora que precede a la del alba en que el cielo se posaba sobre su hombro como una ramita de jazmín... Y aún... Por unos momentos a Ulises le pareció que Proteo había desistido de seguir usando sus mañas, porque después de la desaparición del delfín nada había ocurrido. Pero no se decidía a marcharse. Miró hacia el lado del mar: cada ola tenía una risa de sol y de espuma. Miró por el lado de la tierra: el viento susurraba y movía las ramas más altas de dos cipreses, más allá de las adelfas, junto al camino polvoriento. Ulises miró otra vez hacia el mar. Pero seguía oyendo el zumbido del viento, que había saltado al camino, donde pifaba como un potro con cascos de lana. Luego lo oyó entre los tamariscos, de donde se levantó bruscamente para ir a caer en las manos de Ulises como una girándula.

Oía el rumor del viento y lo tenía en las manos. ¿Acaso había dejado de oírlo desde aquella madrugada en que se alejó de las colinas de su patria, azotadas por una ventolera que empujaba sus pasos remisos? ¡Oh, la vasta camaradería del viento en tierra y en mar! Él, Ulises, era como el viento que nunca retrocede. Si encontraba un obstáculo, lo asaltaba hasta vencerlo o se escurría al sesgo, como un ladrón de horizontes. ¡Siempre el viento y las imágenes del viento! ¡La girándula dando vueltas en sus manos! Ira de viejo hirsuto, danza de núbil o ascensión vertiginosa de anhelo... Veía el viento negro levantando sus brazos en lo alto de las torres de la ciudad saqueada donde él, Ulises, había entrado con el Caballo, y oía sus lúgubres chillidos. Recordaba el viento que arrancaba máscaras de polvo de los rostros de los guerreros, al final de una batalla; el viento que se llevaba, a través del cielo, los ecos de una victoria o segaba, a ras de tierra, las espigas de la lluvia; y el gran viento hacia el cual se encauzaban los demás vientos de su vida: el viento de su leyenda...

-35-

De súbito, todo terminó: Proteo volvía a estar preso entre los brazos de Ulises. El anciano del mar, como la primera vez, se volvió para mirar a Ulises, y sonrió tímidamente. Pero jadeaba un poco.

-Ahora puedes hablar, Ulises -dijo Proteo-. ¿Qué querías de mí?

Ulises pasó una mirada distraída por la inmensidad del mar, miró sus manos y luego, fijando los ojos en Proteo, contestó:

-No me acuerdo.

-[36]- -[37]-

Los lotófagos

-38- ... pero les dieron a comer loto, y cuantos probaron esta fruta, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria.

-39-

-¿Aún sigues comiendo higos? Yo no puedo más. Mira a ése durmiendo, con la boca abierta y la cara llena de moscas. Se está fresco aquí, a la sombra de la acacia. Fue una suerte, no hay duda, haber podido huir hasta esta comarca de ríos y de árboles donde vivimos con holgura... Espántale las moscas. ¡Eso es! ¡Surquen otros el mar y vivan aciagos días, cuando en el mundo hay tales lugares de solaz y abundancia! Prefiero la caña cogedora al remo, y las inmóviles colinas verdes a las inquietas olas color de vino. Aquí, al llegar la noche, puede uno echarse sobre una blanda cama y dormir, mecido el sueño por el canto de los grillos y los sapos, con el plenilunio en el rostro... ¡No sé cómo puedes engullir tantos higos! Se te indigestarán... Desde que llegamos aquí, las noches se deslizan sin la maldición de los sueños y los días son hartura. Y vale decir que necesitábamos todo eso, después de tantos años de seguir a Ulises, tras el rastro de un regreso imposible. ¡Buen hatajo de imbéciles fuimos! Pero no podemos negar que sabía engatusarnos con sus palabras. Había el resplandor de su gloria, claro está, y, además, todos habíamos combatido en los mismos lugares, al lado o detrás de él, y después de la caída de la ciudad, al terminar la guerra, le fue cosa fácil juntarnos en la nave que, según él, nos llevaría a casa... Pero en Ulises hay siempre algo más que su astucia y su gloria. Todos lo sabemos. Cuando después de una borrasca, o de días de hambre y sed, o de abatimiento nostálgico, él se nos acercaba para hablarnos, era como si nos sacudiera los pósitos del alma. Antes de tenerlo cerca, uno se sentía como un odre seco y agujereado; cuando se alejaba, no diré que el odre pareciera henchido, pero uno se daba cuenta de que en la hondura quedaba algo: un glu-glu de encantamiento... Todos conocíamos -40- sus tretas. Pero ¿qué hacer cuando lo único que nos quedaba era el dejarnos engañar? Solos no éramos nada ni nadie: una gentuza harapienta y de manos callosas que no era buena ni para los peces. Por otra parte, él nos deslumbraba con los espejuelos de la vuelta al hogar. Pero siempre o un viento nos cambiaba el derrotero o por culpa de una mujer una recalada de un día se convertía en una estancia de un año. ¡Él y sus mujeres! Sobre todo las dos últimas, que casi le sorbieron el seso. Creo que en el fondo le gustaba complicarse el regreso. ¡Que se las apañe solo! Este higo que tienes en la mano fue picoteado por los pájaros. Dicen que son los mejores, éstos, los más dulces... No comas más, ¿oyes? Te empacharás.

-¡Nooo...!

-¡Allá tú! ¡Cómo ronca, ése! Yo no podría dormir con tanta mosca en la cara... No se mueve ni una hoja; no sopla nada de viento. ¡Qué bien se está aquí, a la sombra! ¡Y siempre esta calma! Las horas pasan girando

suavemente, como trompos de agua. ¿Oyes las esquilas de los bueyes? Diríase que añaden paz a la paz. Y allá, al borde del talud, recortándose contra el azul del cielo, aquella mujer con una canasta sobre la cabeza... Parece Egia, por sus andares. Sí, es ella, que va a lavar al río. Ahora se detiene, y empieza a levantar los brazos; sostiene la canasta con ambas manos en tanto que da vuelta para ver si la siguen las demás lavanderas. Sí, vienen, una tras otra, sin darse prisa. Y ahí van Alia, la hija de pescadores: descalza, con los brazos blancos de escamas y sus grandes ojos azules; Yamira, la morena que al reír le danzan los pechos y de quien los hombres que la han acometido dicen que huele a caballo; Diómeda, con el cuévano apoyado en la cadera y su último hijo en el otro brazo; y mi Kauri, no muy linda de cara, pero dócil como una oveja; y Tala, que va a la zaga, con sus piernas hinchadas y el orillo del vestido colgándole más por detrás que por delante, y su vientre... Mi preferida fue siempre Alia, pero no pude con ella: se escurría como una anguila. En cambio, Kauri fue como fruto maduro en rama baja. Cierto que ella es algo demasiado delgaducha y yo tiro más bien a rechoncho, aunque... Sin embargo, me agrada su modo de ladear ligeramente la cabeza, como si contemplara un pájaro posado sobre su hombro -41- y sólo visible para ella... Y tú, ¿con cuál te has juntado?

-¿Eh? ¿Yo? ¿Qué dices?

-¡Bueno, hombre, bueno! No se hable más de ello. A ti siempre te ha gustado comer... Ya han desfilado todas las mujeres. Pronto oiremos el batir de sus palas. El viento diríase muerto. No deja de amedrentar un poco... Debe ser eso lo que me impide dormir. Con lo delicioso que es dormir aquí cada tarde, sentir el sueño como un fardo de niebla que rueda por tibios declives... Ya se oye batir la primera pala. Es como el restallar de una vela mojada. ¡Qué lejos estamos de las velas y de aquella nostalgia de los colores de la tierra que nos obligaba a aferrarnos desesperadamente a los remos! No se mueve ni una hoja. ¡Cuanto menos se mueva todo, mejor! ¡Todo está bien, ahora! ¡Todo está bien cuando el plato rebosa de comida y la espuma del vino nos moja los labios y te levantas de un sitio para tumbarte en otro! ¡Todo está bien! ¡El viento ha muerto! ¡Y han muerto el éxtasis y la vergüenza! ¡Los recuerdos han muerto! Todo está bien, ¿no es así?

-Sí, todo...

-¡Mira cómo han crecido mis uñas! Lo advertí esta mañana, al rascarme, y no volvía de mi sorpresa, después de tantos años de llevarlas al ras de la piel. La del meñique me la dejaré más larga que las otras, y no creo que, mientras vivamos en este país, haya peligro de que se quiebre. ¡Y lo que seguiremos viviendo aquí! Ulises no dará con nosotros, esta vez. ¿Por dónde andará? Quizás nos eche de menos al principio, pero ya encontrará la manera, al llegar al primer puerto, de embaucar a algunos jóvenes y completar con ellos la tripulación. Anoche soñé con él. Sí, vi a Ulises de pie, a orillas de un mar quieto y asoleado, extendiendo una mano hacia unas islas que huían, y, echada sobre el hombro, llevaba una vela roja que, por detrás, caía desplegada sobre el agua, y lo rodeaba un gran rumor de viento y de batallas, y tenía el brazo derecho en arco, como si sostuviera a una mujer presa de desfallecimiento amoroso, y en uno de sus ojos, muy adentro, había un águila volando entre dos humaredas que se

elevaban de una colina, y en el otro ojo refulgía un cielo cruzado de golondrinas... No busques más: acabas de comerte el último, y el cesto está vacío, ¿no lo ves? Lo mejor que podrías hacer ahora es dormir. Quizás yo termine también por descabezar un sueño... Pero ese ruido de las palas... No, no son -42- las palas, sino el trote de aquella yegua, allá lejos, al extremo del prado. Trop-trop, suenan los cascos... Trop-trop... Ahora se detiene y relincha, y yergue la cabeza, husmeando. Acabará por dormirme. La cola negra y larga, entre las ancas, como un trofeo... Y oscila. ¿No duermes todavía, tú? Trop, trop-trop... Es el caballo, que aparece por el lado del retamar. Un blanco espumarajo le cuelga de la boca y su crin tiene un reflejo azulado. Es el caballo que a veces monta Yamira... Ya regresan las mujeres. Egia va delante, como siempre; después sigue Alia, más bella que nunca con su cabellera suelta, como un trofeo también... El caballo trota en torno de la yegua. Y la yegua no se mueve... Pasan ahora Diómeda y Tala, una al lado de otra, hablando, y detrás de ambas, sigue Kauri... ¡Eh! ¡Kauri! ¡Kauri! ¿Te ayudo a llevar la canasta? ¡Pesará mucho llena de ropa mojada! ¿No me oyes, Kauri? No, no me oye... Es que tengo el viento de frente... ¡Eh, Kauri! El viento... Debo estar medio dormido... ¡No, las hojas de los árboles se mueven! ¡Ay! El caballo está ahora detrás de la yegua... ¡Las hojas se mueven! ¡Es el viento! El caballo se encabrita y cubre la yegua... Las mujeres han pasado, pero alguien se acerca por el sendero. Es un hombre... No lo distingo bien a causa del sol, a su espalda... Llega con el viento. ¡Oh! ¡Se acabó todo! ¡Corre, escapemos! ¡Despierta al otro! ¡No, déjalo! ¡Todo sería inútil! ¿No me oyes? ¡Es Ulises! Viene derecho hacia nosotros, con una cuerda en la mano...

-43-

Los cíclopes

-44- Estando allí echábamos la vista a la tierra de los cíclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces...

-45-

... Y los Cíclopes bajaron, ciegos, con las sombras postreras,

y tocaron el oráculo del sol en los muros legendarios,
preguntaron a la alta torre: «¿Quiénes somos? ¿Vamos solos?».
Mas para ellos, que traicionaron la imagen del mundo,
el silencio afirmaba el fasto de una muerte sin gloria,
tan lejos de la voz de la tierra y del amor como de los dioses.
Y cantaron su miedo...

La mano de la vida tapaba

la boca de piedra de los ecos, y la sombra del Ave
no guardaba la sonrisa de los muertos ni descendía a los
abismos.
Sólo para los vigías florecía la flauta del viento.

Y cantaron su odio contra la luz que danzaba
alrededor de las gavillas, mancillaron a la aurora en las
fuentes
y anduvieron, ¡oh tierra!, sordos a tus auras proféticas,
con sus torsos brutales...

Vencidos por salvajes arcos iris,
derribados al pie de las colinas por un gesto de la dríade,
secos de sueño en su fuerza vacía de fuego y misterio,
no sobrevivieron al alarido de la primavera...

-[46]- -47-

Polifemo

-48- Dio el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la
roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se
arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arroja furioso lejos
de sí y se puso a clamar con altos gritos...

-49-

«... ¡Otototoi! La sangre de mi ojo cegado entibia mis manos... ¡Ay! ¡Ay!
De la herida abierta en medio de mi frente mana el chorro que llena mi
boca... ¡Otototoi! El dolor me arranca gritos, pero nada calma mi
sufrimiento de saberme ciego para siempre. ¿Dónde estás, Nadie, hacedor de
mi tiniebla? ¡Ay! Tan rápido fuiste en acometer como en huir. ¿Dónde
estás? Dime, mar ya jamás azul para mí, ¿quién es Nadie? ¿Lo sabes tú?».

EL MAR: Hu... huuuu... Nadie... huuuu...

«... El ondeante jadeo remeda una vez más su nombre. ¡Calla, mar! Aliado
de él, debes ocultarlo en tus azarosas distancias. Contestadme, vosotras,
inmóviles montañas, ¿quién es Nadie?».

EL ECO: Naaaaadie...

«... ¡Siempre la misma inútil respuesta! Y la sangre continúa manando...
¡Otototoi! ¡Ven, Nadie! Regresa aquí. Dime por qué me despeño entre las
tinieblas que me has dado. El terror hace presa en mí y todo es informe
dentro de mi ser. Allá donde antes se extendía el vacío y se cernía el
silencio, ahora se agita el caos. Gritos y sangre brotan a la vez de mi
boca. ¡No puedo callar! Allá donde antes había un ojo, ahora hay fuego.
¡Otototoi! Más allá del ojo me has herido, Nadie. De más allá de la sangre
brotan mis quejidos. ¡Otototoi!».

-50-

LAS MEDITERRÁNICAS: ¡Oh, mirad! ¡Polifemo está allá arriba, en el promontorio! Diríase una peña gris con una mariposa encarnada en la cima. «... ¿Qué hay más allá de mi sangre interminable? ¿Qué hay más allá de esta viva tiniebla que me asedia? Un caos late dentro de mí, una misteriosa voz afirma en medio de mi sufrimiento... ¡Otototoi! ¡Ay!».

LAS MEDITERRÁNICAS: Polifemo grita y bracea, bracea y grita, y las hondas invisibles del eco lo apedrean con sus mismos gritos. Las montañas se estremecen, los árboles tiemblan y el cielo parece más alto. Sólo el mar sigue igual.

«...El terror y sus buitres han hecho presa en mí. Sus picos se clavan en estas manos con que me cubro el ojo sangrante. ¡Oh, si la sangre dejase de manar me tendería en el suelo y quizás el sueño...! ¡No! El sueño no vendría, no vendría el descanso, pues cerrada está la puerta por donde entraba. El sueño ponía su líquido dedo nocturno sobre el pesado párpado y lo iba cerrando poco a poco, hasta que una dulce paz sin imágenes se apoderaba de mí. Ahora es inútil que me cubra el ojo. La sangre sigue manando por dentro, donde aletean unos buitres más terribles...».

LAS MEDITERRÁNICAS: ¡Horrible Polifemo! Parece un zarzal encendido y azotado por el viento.

«... Los buitres dentro de mi ser... ¡Otototoi! Hincan sus picos, y la sangre interior desciende hasta el caos. ¡Oh, este pensamiento oscuro que me desgarrar! Hunden sus implacables picos, siento batir con fuerza sus alas; pero en la hondura hay el latido sordo y rítmico de algo que se alza... ¡Oh la sombra gigantesca de mi corazón entre las sombras del caos hacia donde los buitres se precipitan vertiginosamente! ¡Sálvame, Nadie!».

-51-

LAS MEDITERRÁNICAS: Por las dunas se alargan sombras violeta y el rocío abrillanta las espinas de los agaves. A ambos lados del promontorio cuelgan los primeros velos de la noche. Abajo, las olas rompen, rugiendo, contra los cantiles. Pero la voz de Polifemo es más potente que el bramido del mar.

«... Mi corazón resuena en mis oídos como un tambor de musgo. Mis pesados pies se mueven y empiezo a danzar alrededor de mi sangre vertida. A la derecha, a la izquierda... Mi ojo... ¡Adelante! ¡Tam! ¡Tam! Ahora giro... Mi ojo... Vuelvo a girar... ¡Eso es! Mi ojo, dentro de la cueva, brillaba como escama. ¡Para atrás! ¡Adelante, otra vez! Y siempre alrededor de mi sangre, siguiendo el ritmo de mi corazón. Mi ojo, inmóvil vigilante en medio de mis rebaños, abierto como una flor lacustre; mi ojo apacible y lento, semejante al agua de fuente que cabía en el cuenco de mis manos unidas... ¡Tam! ¡Tam! No sé si danzo de tristeza por mi ojo perdido o es el frenesí de la desesperación... A la sombra de mi corazón y alrededor del charco cada vez más ancho de mi sangre, danzo y danzo con pie pesado. Quisiera dormir... ¡Oh, mi ojo cerniéndose sobre el caos! Los latidos de mi corazón cesan y los buitres huyen asustados... Mi ojo de sangre se hunde, como un sol efímero, más allá de las colinas de tiniebla que ha iluminado durante unos momentos; un vértigo enloquecedor hace presa en mí... ¿Quién canta entre las hojas? ¿Quién llora bajo la hierba? El mar -¿qué mar?- azota con ramas de almendro florido a la jauría de rocas

oscuras, los árboles disparan pájaros contra el horizonte, del cielo cuelgan las pieles inmaculadas de unos carneros que no son míos... Y ahora regresa el dios azul que cada mañana reía mordiendo flores blancas, y regresa también la diosa roja que trenzaba relámpagos y humaredas... ¡Ay, mi ojo se ha puesto! ¡Otototoi!».

LAS MEDITERRÁNICAS: La noche se ha sentado en la cumbre de las montañas, con la luna sobre sus rodillas. Polifemo danza, saltando y girando, y su sombra va tras él como una bestia sumisa.

-52-

«... ¡Mi sangre ya no mana! Tengo frío... La noche pone su hocico húmedo sobre mi cuerpo, como una perra que me oliera por primera vez. Mis piernas se doblan. No tengo fuerzas para gritar...».

LAS MEDITERRÁNICAS: ¡Polifemo vacila, se detiene y cae!

«Cara a cara con la tierra, la diosa roja... ¡Oh, deja que te hable al oído con palabras leves, como te habla la lluvia! Pero ¿qué puedo decirte? ¡Oh, tú tienes la noche y yo también la tengo, porque mi ojo se ha puesto! Pero nuestras noches son diferentes... Tal vez sería mejor que te hablara de mi ojo, a ti, que tienes tantos. ¡Mi ojo! ¿Qué me importaba mi horrible fealdad si en medio de mi frente mi único ojo era como un limpio sol no enturbiado nunca por ningún pensamiento, un ojo sin conciencia de serlo, un ojo con una mirada que no arrebatava, que no poseía, un ojo que no lloraba ni reía, imperturbable, inocente y real? Los árboles, las nubes, las aves, las piedras y las bestias, tú misma, diosa roja, y todo lo que está sujeto a tu imperio, se reflejaba en él, en mi ojo, y también se reflejaba el dios de la risa blanca. Todo pasaba por mi ojo sin arraigar nunca en recuerdo. Y era como si yo viviese lejos de mi ojo, como si él fuera el rey y yo su oscuro y fiel sirviente. Hasta que llegó Nadie y me cegó, aprovechándose de mi sueño. Al despertarme la punzada y antes de que tuviera tiempo de lanzar mi primer grito de dolor, oí las palabras enigmáticas de Nadie. Mientras hacía rodar la punta ardiente del palo dentro de mi ojo, me dijo 'Hay otro ojo, Polifemo'. ¿Otro ojo? ¿Qué significado podía tener esto para mí? ¿En el momento de cegarme, quiso Nadie burlarse de mí o es que sus palabras me dan derecho a una difícil esperanza? Sólo él puede saberlo; sólo Nadie podría descifrar el misterio que encierran sus palabras. Pero ha huido con sus compañeros por el ancho mar ya jamás azul para mí. ¡Ayúdame a llamarlo, diosa roja! ¡Ven, ven, Nadie!».

-53-

EL MAR: ¡Naaaaaadie...!

«... No puede oírme, y aunque me oyera no regresaría. Sólo el mar puede traérmelo, el tendido dios azul...».

LAS MEDITERRÁNICAS: ¡Oh, infeliz Polifemo! Acurrucado bajo la noche inmensa, gime de desesperación. ¡Oh, trágico Polifemo!

«... Sólo el mar... Pero hay que saberlo escuchar. El oído es como un ojo en medio de los sonidos. Sólo el mar... ¡Oh, bajar, bajar hacia el caos y la tiniebla con una conciencia de luz! Cuando termine la noche, ¿qué resurrección puedo esperar? Sólo el mar... ¡Oh, subir, subir hacia los recuerdos, crearlos si es preciso, hacinando toda la rota y dispersa riqueza de los años! Sólo el mar...».

LAS MEDITERRÁNICAS: Sólo el mar no muere.

«... Sólo... el... mar...».

LAS MEDITERRÁNICAS: La aurora acaba de levantar un remo de oro y, tierra adentro, ha volado una alondra. ¡Oh, mirad! ¡Polifemo trata de levantarse!

¡Polifemo se levanta! ¡Ya se ha puesto en pie!

«... El dios azul... ¡El dios azul! ¡Oh, ya voy!».

LAS MEDITERRÁNICAS: El oriente es ya una muralla de oro. En el cielo, una gaviota vuela en círculo sobre Polifemo.

«...Bajar, bajar hacia los...».

-54-

LAS MEDITERRÁNICAS: Derecho, como un alud, Polifemo desciende hacia la playa. ¡Y entra en el mar!

«... Me rodea la risa blanca del dios... ¡Ya voy, Nadie! El dolor que me diste se ha hecho profundo... ¡Dentro del caos brilla el ojo del espíritu!».

LAS MEDITERRÁNICAS: Cara al cielo, Polifemo flota sobre las olas. Y sonríe... Diríase que duerme rodeado de espuma. El oleaje lo acuna dulcemente, y él sonríe, transfigurado.

«... ¡La diosa roja canta muy lejos! Mis recuerdos empiezan a ser yo, y yo empiezo a ser mis recuerdos... Árboles, y aves, y nubes...».

LAS MEDITERRÁNICAS: Tendido en cruz, a flor de agua, Polifemo es arrastrado por las olas hacia oriente. La luz besa su frente y el agua borra de sus manos las manchas sangrientas que dejó el ojo martirizado.

«... y piedras, y bestias...».

-55-

Eolo

-56- ... y, desatando mis amigos el odre, escapáronse con gran ímpetu todos los vientos.

-57-

Al amanecer, llegó a la isla...

De bruces, aferrándose con una mano a la nevada cumbre de la montaña más alta, y agarrando con la otra el borde de un promontorio, descansó un rato, con los ojos muy abiertos a pesar de que la luz del sol naciente lo deslumbraba, jadeando y lleno de impaciencia por seguir la marcha del mar, de donde lo había despertado el súbito anhelo de huir, de correr hacia rumbos inciertos, al acoso del resuello que desbordaba de su propio ser, atraído por la misteriosa llamada de los horizontes...

De pronto, apoyándose en los brazos, se enderezó. Con un brusco movimiento de la cabeza sacudió la humedad goteante de sus largos cabellos, cruzó un momento los brazos sobre el pecho y, sin posar siquiera los pies en la tierra, dio tres volteretas y lanzóse hacia el azulado cielo matinal, palmoteando una y otra vez, ya fuese para desentumecerse las manos, ya para expresar el gozo que lo poseía. Cuando llegó a la duna, se acuclilló, para abrocharse las sandalias, apresó al vuelo una gaviota, se la puso sobre el hombro y, riendo, comenzó a deslizarse a flor de agua, sintiendo que a cada nuevo paso su poder crecía en amplitud y altura. Entre cantos y

silbidos, distraído, iba ganándole distancias a la llanura del mar, ora atizando un puntapié a una ola danzarina, ora arreando un pescozón a una nube adormilada, pero siempre adelante y hacia arriba, embriagado de su propia alegría, como un gigantesco niño de vértigo y transparencia que huyese con la naranja del sol en el bolsillo.

Giró sin detenerse: la isla, a lo lejos, sembraba un plato de oro puesto sobre una mesa azul. Frente a él, las nubes empezaban a oscurecer el horizonte. Eolo había dejado de cantar, -58- pero sus mil bocas aún silbaban débilmente, y seguía avanzando con un adagio en cada pierna, al ritmo de las olas que se ensombrecían.

Al caerle la primera gota de lluvia en el pecho, se estremeció. Dejando de silbar, tomó por debajo de las alas la gaviota que aún llevaba posada en el hombro y la lanzó hacia lo alto. Mientras, erguida la cabeza, la veía alejarse, dos nuevas gotas le cayeron en el rostro y, de pronto, sintió como si alguien le azotara la espalda con un manojo de algas mojadas. Volviose, raudo, pero sólo alcanzó a descubrir un rastro brillante que se desvanecía en espumantes remolinos. Eolo permaneció inmóvil unos instantes, mirando la espesa cerrazón que amurallaba el horizonte. De súbito, el centro gris de la muralla pareció derrumbarse, y en la parte baja, casi a ras del agua, comenzó a moverse una vaga forma resplandeciente, como una imagen de espuma y rocío... ¡La lluvia! Sí, ya venía la lluvia, la doncella de agua y de cielo, pensó Eolo, inclinándose y conteniendo el aliento. ¡Oh, correr, correr hacia ella, hacia la muchacha de frescos brazos y mirada iridiscente! ¡Oh, ser norte, sur, este y oeste en una misma danza de alegría! Sin embargo, al aproximarse, se desvió inclinándose, describió un ancho círculo en torno a ella, que se había arrodillado sobre el mar y se cubría el rostro con un brazo, como si llorase. Eolo rodó y rodó, hasta que, junto a ella, la tomó por la muñeca, la obligó a levantarse, ayudándola suavemente, y luego escapó, danzando. Sin apresurarse, la lluvia empezó a seguirlo, caminando erguida, y al advertir que Eolo volvía, girando sobre sí mismo, se detuvo a esperarlo. Y Eolo, esta vez, danzó con ella, ora enlazándose a su cuerpo en esbeltas piruetas, ora girando locamente sobre las puntas de sus pies vertiginosos, o avanzando separados con las manos levantadas y unidas, balanceándose y girando -doblegada y abandonándose-, ella, lánguida y trémula, erecta y vencida ya por el ansia de tenderse bajo su llanto interminable, de dormirse al fin, acariciada por las arteras manos tibias del sol que haría de su muerte una nueva ascensión; él, alud y éxtasis, ráfaga y bramido muriendo en suspiro y beso, dominador y huidizo, fiebre de locura y volandera acometida, ¡tan suya e inalcanzable, la doncella de agua!, ¡tan única y multiplicada en espejismos!, de una caída tan sutil, a veces, que parecía polen desprendido de la inmensa flor del cielo, y tan grávida al cabo de unos instantes que -59- diríase que llevaba en los brazos la arriada bandera goteante de la mañana...

Extendida ante él, entre hilachas de neblina, tras el mar bruñido por un cielo rutilante de sol, Eolo columbraba la costa, hacia la cual se dirigía maquinalmente desde que había perdido a la lluvia, después de un último abrazo apasionado. Cabizbajo, pasó del mar gris al mar azul. Una sombra de gaviota rozó sus pies, blancos de espuma. Triste y vacilante, avanzaba hacia la tierra, que parecía acercarse y alzar para él sus montañas. El

sol le pesaba en la espalda como un saco de algas calientes. Sobre su cabeza, la gaviota aleteó, y al sentir Eolo sobre su piel el fresco polvillo de las gotas, levantó bruscamente los ojos... ¡Oh, de monte a mar, allá en la comba del cielo purísimo, el alma de la lluvia se había convertido en un ala de siete colores!

Alegre de nuevo, con pie ligero y los brazos en alto, Eolo atravesó los arenales, dejose caer de un salto sobre la hierba muelle de una dehesa, donde retozó un rato dando volteretas, y luego, desenfrenado, se desbocó por llanuras y altozanos, anduvo por cumbres refulgentes, escudriñó azules firmamentos y hundió sus manos en aguas tranquilas... Cegado, arrastrando el zumbido de todo lo que tocaba, corría infatigable, espoleado por las zarzas, arañándose en las veletas, sacudiendo con ramajes floridos el polvo que cubría su cuerpo, ululando en los bosques, imprecando contra los roquedales, esgrimiendo girándulas de hojas amarillas; de bruces, se adormiló a la sombra de atónitos girasoles; trenzó las más lejanas humaredas, hizo volar hormigas y caer aves, siempre errando por los caminos que abría su furia, su alegría o su locura, con una canción o una brizna en los labios, arrebatando trofeos de sol a las piedras y a los árboles, colgando sonos de esquila a las corolas y llenando de aromas las esquilas, clamando más alto aún que todo aquello que con él clamaba, despierto en cada uno de los ecos innumerables que lo seguían, cantando, chillando y silbando, en pos de las lontananzas que se agachaban, cayendo, girando y volando y, finalmente, volviendo al mar, a morir bajo los astros que, para su anhelo, brillaban en la altura inaccesible de la noche como gotas de lluvia helada...

-[60]- -61-

Tiresias

-62- Pero ante todas las cosas habéis de emprender un viaje a la morada de Hades y de la venerada Perséfone, para consultar el alma del tebano Tiresias, adivino ciego, cuyas mientes se conservan íntegras. A él sólo, después de muertos, dióle Perséfone inteligencia y saber; pues los demás revoloteaban como sombras.

-63-

-¿Por qué has venido, Ulises? ¿Lo sabes? -preguntó Tiresias.

Ulises permaneció inmóvil, de pie en el centro de la oscura estancia. Las palabras del viejo habían sonado secas y sibilantes, como golpes de rama sobre el agua. Contestó:

-No lo sé. Pienso.

-Recuerdas.

Sí, aquella noche estaba más lleno de recuerdos que de pensamientos. Y allá dentro, sumergido en la oscuridad, los recuerdos se hacían imágenes vivas en su alma. Recordaba. Y, recordando, su soledad se agigantaba. Recordar era rodearse de muerte, levantar banderas polvorientas, afanarse en contar una riqueza dispersa que se disfrazaba de resurrecciones. Había huido de la noche de primavera porque lo llenaba de una ternura amarga,

pero sus sentidos percibían aún la tierra tirante bajo un estremecimiento de élitros, las aguas desbocadas y la avidez germinal que crepitaba en el aire. La voz de Tiresias dijo:

-Estás lleno de sombras.

-Sí.

-Tienes los ojos abiertos. ¡Ciérralos!

-¿Por qué? No ven nada.

-Los siento rodar por la estancia como dos fieras al acecho. Cierra los ojos, Ulises; si no, no podré tocarte con mis palabras.

Ulises obedeció. Y esperó.

-¿No oyes nada, Ulises?

-Sí; afuera, la enemiga que venía siguiéndome se ha detenido ante la puerta.

-La primavera no entrará aquí.

-64-

-Y ahora hace girar el pomo de la puerta.

-Sólo las sombras pueden entrar en las sombras. ¿Oyes, Ulises?

-Tus palabras dan vueltas a mi alrededor como un halcón.

-No pienses en que tienes los ojos cerrados; no te muevas, inclínate y escucha... ¿Oyes?

-Tus palabras bajan a mí como una rebañadera de mil garfios.

-Todavía te sientes a ti mismo, Ulises. Pero tú has venido aquí para descansar de ti, para desnudarte y bajar hacia tus sombras, vivir entre tus muertos.

-Mis muertos...

-No hables. No te muevas. Que tus ojos sean de piedra bajo tus párpados, que tu lengua sea como una hoja helada, que tu corazón pese como la cabeza de un niño dormido. Y ahora yo trazo a tu alrededor el círculo de la ceniza, doy tres vueltas con las alas de un murciélago y azoto tu aliento con la raíz podrida de la mandrágora. Yo, Tiresias, un viejo de piel arrugada que hiede a macho cabrío, yo, loco y vidente, ciego y profeta, te toco, te toco... Te toco tres veces, y tres veces arranco de ti un silencio diferente. ¡Que todo calle en ti menos la sangre! Te toco con mi cetro de paja y te ordeno que des un paso atrás; te toco con una hoja seca de laurel y ordeno a tu espíritu que se me someta; te toco con una quijada de perro y la luz que todavía quedaba en ti huye amedrentada, cubriéndose el rostro con sus manos de oro. Te he puesto una torta de miel en cada mano para que los verdes agujones no te alcancen, y no te azotaré la espalda ni te haré morder el tronco sagrado del olivo, sino que te humedeceré los labios secos con el agua de las siete estrellas y te aproximaré al rumor augural de la encina...

Ulises se entregaba al adormecimiento que le producía el monótono sonsonete de Tiresias. Pero atento al sonido de las palabras que pronunciaba el viejo, percibía, no obstante, el extraño poder letárgico que surgía del sonido, al cual se abandonaba con una lúcida debilidad. Y esta debilidad le era más dulce que la alegría confusa de la primavera que poco antes se le había aferrado a la garganta. Había corrido como un fugitivo a la casa de Tiresias, presintiendo que sólo allí, en aquella casa de sombras, podría librarse del todo a sus recuerdos innumerables y hallar en ellos la paz.

Como salida de los cuatro lados de la sombra, la voz de Tiresias prosiguió, después de una pausa:

-Otra vez describo el círculo de la ceniza y con la mano derecha trazo el signo sagrado del Can. Tú ya no eres tú ni la idea de tú. ¡Que todo calle, menos tu sangre! El charco se agranda, gota a gota, pero las sombras siguen ligadas. Entre visión e inocencia, el hombre sabe; entre conocimiento y antorcha, el hombre cae. El gesto de la vestal vuela por los firmamentos más puros. ¡Que todo calle, menos tu sangre! Tras el sonido de los címbalos brillan las pupilas de los animales que vienen a abrevarse en el charco. Son la inocencia que no sabe. La serpiente y el relámpago, juntos; el tigre y el silencio, juntos; el ciervo y la luna, juntos; el león y el fuego, juntos; el sapo y el trébol, juntos. Primero las bestias que santifican la tierra; después, las aves que hienden el firmamento. ¡Que todo aquello que acecha y se arrastra, gira y salta, desgarrar y muerde, venga a la fuente coronada de sombra! ¡La sangre se mueve! ¡La sangre despierta! Y, bajo la sangre, estalla la risa eterna del dios salpicado de vino. Las vírgenes del día duermen sobre puentes de adormideras; dentro de los chopos hay verticales espadas; el mar abre su libro de hierro, y tú ya no eres tú, sino la danza aún inmóvil de tu sol de plumas. ¡Te toco, te toco y te toco! Las sombras de los animales terrestres pasan, y pasan las sombras de las aves. Las innumerables bandadas, los infinitos rebaños desfilan en silencio por los aires y por la tierra que fueron su reino. Tú ya no eres tú, sino...

Tiresias calló. Todo el misterio de la casa sombría pesaba en el silencio. Lejos, en el bosque, un pájaro lanzó un silbido irrisorio. Ulises se sentía inclinado a una inminencia irresistible. De pronto, la voz de Tiresias prosiguió, casi gritando:

-... ¡el sueño arbóreo de tu sangre!

Tiresias calló otra vez. En el bosque, el pájaro volvió a silbar. Cuando el viejo habló de nuevo, su voz, neutra y opaca, parecía venir de muy lejos.

-¡El árbol de tu sangre! Y, debajo, ¡las sombras vivas!

Ulises vio la sombra de unos brazos que se tendían hacia él, como si quisieran abrazarlo, pero el gesto fue vano, por que se interpuso la sombra arrodillada del alma de Elpénor, suplicando:

-¡El remo, Ulises! ¡Hinca un remo en mi tumba!

Después de la sombra de Elpénor, Ulises vio pasar en turba las almas de conocidos y desconocidos, de doncellas de sueltas cabelleras y de ancianos curvados por los años, de mozos y de novias, de adolescentes... Vio las almas de muchos guerreros, armados como cuando vivieron, semejantes a fantasmas de cetáceos; la alta sombra del Atrida mostrando el gran velo ensangrentado y, aferrada aún a sus rodillas, la sombra de la virgen loca que compartió con él su roja yacija; y, tras ellos, el alma esbelta de una muchacha abrazada a un ciervo; vio las sombras verdes de todos sus compañeros tragados por el salobre, la del mártir de la sed y la de la mujer que se enamoró de un río. Y lo mismo por encima de las almas que pasaban en silencio como por encima de las que se detenían unos momentos para hablarle de sus vidas o de sus muertes, Ulises veía siempre la sombra

de unos brazos cada vez más largos, de unos brazos que ora se alzaban implorando al cielo, ora se tendían, trémulos, hacia él...

De pronto, como encauzada entre los dos brazos de sombra, la voz nunca olvidada, la primera voz entre todas las voces de su vida, sonó en los oídos de Ulises e hizo estremecer todo su cuerpo. Sin darse cuenta de su gesto, también él levantó los brazos. Y entonces la voz dijo:

-No te muevas, hijo mío; tus brazos son inútiles para la que te habla desde el otro lado del umbral... No levantes la cabeza, no preguntes nada; todo te lo iré aclarando, punto por punto... Además, sólo verías la sombra de mis brazos largos, largos... ¡Ay, Ulises, hijo mío! Tú vas camino de regreso a la casa solariega, algún día llegarás a ella; pero yo no pude esperarte más. Tal vez, si no hubiese esperado tanto... ¡Oh, no! Después de todo, morí de vejez, abatida por el peso de los años. Hiciste bien marchándote: quedarte hubiera redundado en mengua tuya. Sí, no había otro remedio... Veinte años ha permanecido el arado en medio del campo, en el mismo sitio donde lo dejaste el día en que Palamedes vino a buscarte. Dejaste el arado por la espada. Es justo que arados y mujeres esperen, cuando llega el caso. ¡Oh, tu arado y mi tristeza! Siempre allí, en el campo, y dentro de mí... En invierno y en verano, en primavera y en otoño, brillase el sol o soprase el viento, de día y de noche, el arado inmóvil pesaba siempre en la tierra y en mi corazón. He visto la araña tejer en él su tela y al cuervo posarse en su -67- esteva. Después vinieron otros cuervos, que entraron en tu hogar... ¿Qué podían hacer dos mujeres solas y un viejo? Laertes, tu padre, bastante trabajo tenía con nuestro campo. ¡Pobre Laertes! Con los años, su carácter se hizo muy extraño. Apenas iba a la ciudad y andaba siempre solo, mal vestido, con su bonete y sus grebas, cuidando de todo, eso sí, de los cultivos y de los animales. En invierno dormía a la vera del hogar; pero cuando llegaba el verano se hacía preparar cada día en un lugar distinto, una yacija de hojas y de ramas, en la cual pasaba la noche. Ni una sola vez tu padre y yo hablamos de ti. ¡Con las ganas que tenía yo de hacerlo, sobre todo durante los primeros años! Después me habitué a mi silencio y al de los otros, me acostumbré a estar sola y a respetar la soledad de los demás. Tampoco con Penélope hablábamos de ti. La verdad es que nos veíamos pocas veces, aunque los dos casales están cerca uno de otro. Pero cuando ella empezó a ir todas las noches a vuestra era, con el candil encendido, yo la veía desde nuestra azotea, donde está la veleta, ¿te acuerdas?, y pensaba que ella, como yo, te esperaba y sufría por tu ausencia. No, ella no esperaba como yo. Una madre espera de una manera y una esposa, de otra. Son dos esperas, dos padeceres diferentes. Una esposa espera con la boca, las manos, los ojos, la cabellera y el deseo del cuerpo y el anhelo del alma; su espera es una mezcla de dolor y nostalgia. Pero una madre sólo espera con los brazos y con un dolor indiviso. Ella, Penélope, estaba todas las noches en la era. Yo veía su sombra inclinada, con la llama del candil como una mariposa de fuego que la noche le hubiese prendido en la cintura. Ella estaba allá abajo, esperando sobre la tierra; yo, arriba, en la azotea del casal, desde donde se columbra el mar y todos los caminos; y no inclinada, sino erguida, para poder tender mejor los brazos, y sólo oía el viento y el chirrido del gallo de hierro de la veleta. Durante el día me separaba de ti un círculo de horizontes; por la noche, cuando levantaba la

mirada, veía abandonado en medio del cielo un arado de astros. Me convertí en la vieja de la veleta. Soplase de donde soplase el viento, el chirriar de la veleta era siempre el mismo; fuesen cuales fuesen mis pensamientos, siempre giraban en torno a ti. Después de diez años de esperarte, Ulises, empecé a morirme, porque la esperanza de ver tu llegada se marchitó en mi corazón. Un decaimiento -68- de nostalgia segaba lentamente mis fuerzas y adormecía mi deseo de vivir. Pero no pasaba día sin que subiese a la azotea y, de pie debajo de la veleta, otease las lejanías. Una mañana llegué arriba tan cansada, tan cansada, que me tendí sobre las baldosas, de donde -lo sabía muy bien- ya no me levantaría. Me costaba respirar, pero no sufría. Como no soplaba la más ligera brisa, la veleta no se movía. Miraba al cielo y pensaba en ti. Vertical e inmóvil, la humareda del casal de Penélope parecía colgar del cielo como una cuerda azul. Por el lado del mar, lejos, sobre el horizonte, veía aproximarse el punto negro de un pájaro. La humareda comenzó a formar una oscura espiral. El pájaro se aproximaba a la costa: era la primera golondrina que volvía aquel año. La humareda, lentamente, se inclinaba hacia nuestro casal y cubría ya una buena parte del cielo, sobre mí. Mis ojos, ya medio cegados, no podían dejar de mirar el humo que, amontonándose, retorciéndose y extendiéndose, iba adquiriendo por momentos la forma de tu cuerpo, hijo mío, de tu añorada presencia. Vi cómo te inclinabas sobre mí y me mirabas sonriendo, con el rostro y los ojos que tenías años atrás, cuando te perdí; después, acercándote más y más, y tomando la forma de Ulises niño, tendiste la mano, agarraste el gallo de hierro de la veleta y huiste corriendo por el campo azul del firmamento, al encuentro de la golondrina que se acercaba, y cuya llegada no vi... Tiresias seguía de pie bajo el dintel de la puerta que Ulises, al salir, había dejado abierta. Con su agudo oído de ciego, percibía sus pisadas en la noche, por los campos despiertos de la primavera...

-69-

Las sirenas

-70- Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro.

-71-

Desnudo estaba Ulises ante el mar.

En el rompiente de las olas, la arena brillaba como trigo esparcido.

Acababa de salir el sol y, por encima de su disco, se cernía una gaviota.

Desde la costa, parecía no moverse, como si dos manos invisibles la mantuviesen suspendida por los extremos de sus alas abiertas. El agua, que poco ha tenía una coloración de hiedra, iba cobrando, en el centro de la cala, transparencias irisadas y listábase de fulgores oliváceos bajo las rocas, donde se mecía pesadamente, sin llegar a romper. Tan tranquilo estaba el mar, que el leve movimiento de las olas moría en la playa sin producir espuma: sólo un pliegue tembloroso, una fimbria cristalina de luz fundida. El sol era como un puñado de algas rojas.

Desnudo estaba Ulises ante el mar. E inmóvil. Detrás de él, ligeramente inclinada hacia la izquierda, como surgida de sus talones, se extendía su sombra. Era la primera sombra de Ulises aquel día, y sólo duraría hasta que él se lanzara al agua, de un momento a otro, pues el sol había salido ya. La sombra había comenzado cuando Ulises, dejando atrás el ralo pinar, emprendió el descenso hacia el mar, siguiendo el angosto sendero flanqueado de rocas y agaves. Tenue y nebulosa al principio, casi sin contornos, la sombra lo había ido siguiendo, remedando el ritmo de su marcha y cada uno de sus movimientos, como una anticipación de la auténtica sombra que sería luego, cuando él se quitara las ropas y su cuerpo resplandeciera bajo el beso del sol.

Agudo y claro -risa o gorjeo de ave- estalló en el aire un corto chillido. Moviose toda la sombra: testa y pecho giraron con leve balanceo, uno de los brazos se alzó y volvió a caer, la pierna derecha pasó a la izquierda y la pierna izquierda -72- se trasladó hacia la derecha... La sombra no había cambiado de forma, pero ahora no surgía de sus talones, sino de la punta de los dedos de sus pies. El chillido no se repitió, y Ulises se enfrentó de nuevo con el mar.

Ulises sentía el mar con todo su cuerpo, y respiraba ávidamente, como si en vez de aire respirase mar. Avanzó unos pasos, hasta que sus pies hollaron arena húmeda. La gaviota había desaparecido. Por unos instantes, su mirada vagó por el glorioso azul del firmamento. Mar, cielo y tierra parecían unirlo con un mismo silencio de paz. Su alma era presa de tal radiosa y tranquila beatitud que, sonriendo, Ulises cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, pensó cuán bello sería morir, un día, en plena vejez esplendorosa, junto a un mar como el que aquella mañana le era dado contemplar. Le habían predicho, o lo había soñado, que día llegaría en que un caminante, deteniéndolo, le diría que en su hombro llevaba, en vez del remo fácil de mover, una pala de trillar, y que él, al oírlo, y comprendiendo, hincaría en el suelo el remo y esperaría que la muerte le llegara del salobral. Cuando la medida de sus días se colmara, ¿qué más podría desear sino morir en tierra, junto al remo y rodeado de su gente feliz? Sí, morir no era otra cosa que plantar el remo y partir. Cosa fácil, por cierto. Él se iría, pero su remo permanecería hincado para siempre en la cumbre de los recuerdos de su pueblo...

Primero sintió como una brusca sensación de grilletes fríos en los tobillos, y luego, barriendo su soñar, un ramificado escalofrío recorrió todo su cuerpo. Miró: el agua cubría sus pies. Ulises avanzó lentamente, cual si fuera sirgado desde el mar. Por unos instantes, su sombra se quebró en dos: la de la parte superior del cuerpo -torso y cabeza- caía sobre la arena, fuera del agua, como un busto derribado, mientras la otra, en el fondo arenoso, temblaba, toda cubierta de doradas cicatrices. El agua le llegaba ya a media rodilla. Sus tibias, al hendirla, abrían dos surcos argentados, y alrededor de las pantorrillas, lisas, sin ovillamientos de músculos, se arracimaban copos de espuma. La resistencia del volumen del agua, al llegarle ésta a las rodillas, aumentó sensiblemente. Ulises, balanceando la cintura, avanzó. El frío palmoteó sus vigorosos muslos cubiertos de corto y negro vello.

-¡Oriala!

Tras el grito, estalló una risa cristalina. Ulises se detuvo. -73- La

voz, clara y aguda, parecía surgir de lo alto de los riscos que se levantaban a la derecha de la cala.

-¡Elia!

La segunda voz, igualmente clara y aguda, sólo había lanzado la palabra, sin risa que la acompañara. El eco la tomó y, como un niño que atrapa una manzana verde, la arrojó contra el mismo lugar de donde había llegado. Ulises siguió adelante. Dentro del agua, por el lecho de fina arena, su sombra se arrastró, como un fardo, mientras el agua fue somera. Una bandada de gaviotas se levantó del roquedal de la izquierda, chillando. El agua iba subiendo por los muslos de Ulises como el cosquilleo de una araña de cristal. A veces, cuando el oleaje lo hacía tambalear, recobraba el equilibrio dando un sacudón hacia adelante. Las gaviotas habían cesado de chillar y, en vuelo bajo, giraban por encima de la cala. Lejos, en el horizonte, una tenue calina empañaba el azul del mar. Ulises se había olvidado de los gritos que había oído poco ha. El agua llegó a la parte alta de sus muslos, cubrió su sexo, solevantándolo, y chapoteó en el hoyo muelle de su vientre. Presa de una aguda sensación de frío inclinóse hacia adelante y, sin detenerse, frotóse los flancos con las palmas de las manos. Le gustaba tocarse los flancos, en la parte flexible entre las caderas y el nacimiento de las costillas. De allí surgía la fuerza que llenaba su pecho, endurecía sus músculos y mudaba el ritmo de su respiración. Una fuerza que no estallaba, sino que ascendía como una espesa savia e inundaba todo su cuerpo bello, fuerte y armonioso, de una armonía un poco pesada.

Al llegarle el agua a la garganta, Ulises oyó de nuevo la voz de la primera muchacha cantando en los peñascos:

¡Oh ven, ven tú que te vas
y en el mar sin fin te acunas!
Sobre mi cuerpo hallarás
una surgencia de lunas.

Tras un segundo silencio, la segunda voz cantó:

-74-

La vasta paz del espíritu
si vinieras te daría.
Para ti la eterna noche
día eterno cantaría.

Vuelto el rostro hacia el cielo y dejando flotar su cuerpo al azar de las olas, Ulises, sonriendo, escuchaba. La música de la canción sonaba a sus oídos con una dulzura lánguida y capitosa. Mecido por la canción y el mar, íbase apoderando de él un inefable deliquio, un adormecimiento en que sus sentidos y sus pensamientos oscilaban entre la realidad y el sueño. ¡Qué puro era el azul del cielo hacia el cual levantaba su mirada! Su cuerpo y su espíritu se habían fundido en un mismo arrobó. Ya no existía ni cielo ni mirada, sino una sola conciencia celeste; ya no existía ni cuerpo ni mar, sino un corpóreo latir oceánico...

Oh, ven, ven tú que te vas...

La música penetraba en él como un aroma matinal. ¿Partir? ¿Hacia dónde? No había dónde. Todo giraba en la Gran Rueda, con el ritmo de la canción de las peñas.

... día eterno cantarí...

Despabilándose, Ulises sumergiose y nadó hacia el cercano cayo. Tocando el muro de roca con las manos, subió hacia la superficie; al llegar a flor de agua, llenó de aire sus pulmones y se chapuzó otra vez. Era tal la transparencia del agua, que su sombra se proyectaba en el fondo como la de un ave aliabierta. Ulises nadaba -volaba- en pos de su propia sombra. Tocó fondo con los pies y se agarró a una arista, con los ojos muy abiertos y conteniendo el aliento. De súbito, como un relámpago blanco, pasó el cuerpo de Oriala; un instante después, casi alcanzándola, pasó el de Elia, ahusado, describiendo una amplia curva. Oriala volvió: brazos -75- pegados al cuerpo, bajó verticalmente hasta colocarse delante de Ulises. Su rubia cabellera, que en el descenso se le había atiesado, desparramose sobre sus hombros. Dando dos rápidas vueltas, acercose tanto a Ulises que sus senos casi lo rozaban. Ulises escrutó sus ojos: no miraban. Y la boca: movía sus labios como si no hubiese dejado de cantar. Y el cuerpo: alto y robusto, de una blancura resplandeciente, jaspeada de trémulos reflejos amarillos... Lanzándose hacia arriba, Oriala huyó. Pero ya bajaba Elia, hendiendo la glauca claridad submarina con su moreno cuerpo núbil, tenso como un arco. Una guirnalda de burbujas la seguía. Tocó el fondo con las manos, hízose para atrás con un brusco movimiento, al tiempo que encogía las piernas hasta tocarse el mentón con las rodillas; luego sujetádoselas con las manos, hecha un ovillo, dio una vuelta. Giró una y otra vez, y a la tercera se abrió como una flor de cuatro pétalos. Una sólida mano de agua y sol le alborotó la cabellera, tornasoló su rostro, que tenía una fijeza de máscara, y dejó sobre su vientre una púrpura arborescencia. Elia se acercaba a Ulises con una lentitud sonambúlica, tocando levemente el fondo con la punta de los pies. Al llegar junto a la sombra de él, arrodillose e inclino el busto... Empezaba a enderezarse, cuando Oriala, cruzando veloz, la cogió por los cabellos y la arrastró hacia la superficie. Pero volvieron juntas, dándose las manos; después, ora una, ora otra; y luego, de nuevo juntas. Pasaban y volvían a pasar, acercándose a Ulises, huyendo, braceando, perneando, en un vértigo en que visión y movimiento se entremezclaban: un brazo, serpenteando, cruzaba una cabellera, retorciáse un torso, una mano brillaba como un pámpano de mármol, Oriala descendía de lo alto como una ánfora llena, mientras Elia, abajo, movíase como si estuviera rasgando un velo, una flecha de luz vibraba clavada en un flanco...

Y Ulises siguió mirando hasta que una venda roja cubrió sus ojos y la sangre zumbó dolorosamente en sus oídos. Entonces, expulsando la última bocanada de aire, empezó a ascender.

De pie en lo alto del peñasco, Ulises contemplaba el mar. Elia y Oriala volvían a cantar, pero él, absorto, no escuchaba. -76- Ulises contemplaba su mar, que en aquella hora tenía el color del trébol...

-77-

Las vacas del sol

-78- Llegarás más tarde a la isla de Trinacia, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas del Sol.

-79-

-¡Euri!

El vigía, apenas oyó su nombre, dejó de trepar por las jarcias del palo mayor, movió una pierna rápidamente, de modo que la cuerda se la sujetase con dos vueltas, asiose con fuerza con la mano derecha y, con la izquierda, tomó el cuerno marino que le colgaba de la cintura. Pero antes que se lo llevara a los labios, la misma voz, desde abajo, volvió a gritarle:

-¡Euri! ¡Eh, rapaz!

Entonces Euri se puso el cuerno en la boca y contestó con un toque corto. Luego, inclinándose a mirar al hombre que estaba acostado en el puente, al ras de la orla, sacó la lengua en una mueca graciosa y dijo:

-¿Qué haces, Norfeo? ¡Déjame tranquilo!

-Hace rato que me estás mareando con tu cuerno, y no cesas de saltar de una cuerda a otra. No olvides que estás más lleno de vino que de viento, y piensa que si te caes te descalabras. Hazme caso: será mejor que bajas.

-¿Es que no estás tú lleno de vino también? ¡Caramba! ¡Si Ulises te oliera el aliento...!

-Pero tú bebiste muchísimo más que yo. Además, yo he dormido la siesta.

¿Has escondido la jarra?

-¿La jarra? ¡Tra, la, la! Bien escondida la tengo. ¡Olairá! ¡Sigue durmiendo, que voy a cantarte una canción de cuna desde aquí arriba!

-¡Baja en seguida y déjate de bromas, Euri!

Tras una corta pausa, Euri gritó:

-¡Norfeo!

-¿Qué?

Por toda respuesta, se oyó otro breve toque de cuerno. -80- Norfeo se incorporó con dificultad y, sonriendo, amenazó a Euri con el puño cerrado. «¡Diablo de muchacho! Si tuviese mis años y las piernas baldadas por el reuma preferiría el descanso a andar zangoloteando por el cordaje de la nave. Verdaderamente, la vida del hombre de mar es bien arrastrada». Había decidido que aquél sería su último viaje. Ya no era joven y estaba harto de ir de un sitio para otro, aquí caigo y allí me levanto, con la esperanza de una suerte que jamás llegaba. Así que Ulises regresase de tierra, se lo diría. No esperaba ni un día más. Pero ¿por qué no regresaban Ulises y el grupo? Desde el día anterior que desembarcaron en busca de agua y provisiones, no se les había vuelto a ver. Su ausencia se hacía inquietante y más valía no pensar en cómo Euri y él iban a

arreglárselas solos en aquella nave anclada cerca de una isla al parecer deshabitada. Cierto es que, por la mañana, Euri, curioseando, encontró una jarra llena de vino que les había aplacado la sed, pero no el hambre... Si al menos encontrasen otra jarrita, las horas de espera no se harían tan largas bajo el sol abrasador... Pues sí, le diría sin titubeos: «¡Ulises, al primer puerto, amarro!». Y que se lo tomase como le diera la gana, aunque lo más seguro es que se lo tomaría a risa, como siempre. Y si le ponía la mano sobre el hombro, clavándole la mirada, se repetiría lo de cada ocasión: seguiría irremisiblemente en la nave. Entonces, lo mejor sería hacerlo a escondidas, en cuanto se presentase una oportunidad...

-¿No duermes aún, Norfeo? ¡Oh, qué dulcemente se balancea la nave!
¿Quieres que haga sonar el cuerno? ¡Ahí va!

Norfeo miró hacia arriba con los ojos entornados. Euri evolucionaba de una cuerda a otra con una agilidad felina. De un lado, oscilando, le colgaba el cuerno, casi tan grande como su cabeza. Por un tiempo más Euri siguió subiendo y se paró al llegar bajo una gavia. El palo mayor recortábase contra el cielo liso y azul como un inmenso pistilo de oro.

-¿Qué ves por el lado de tierra? ¿No llegan aún? -preguntó Norfeo.
-Estas cuerdas cuelgan del cielo, y yo subo, subo, sin llegar jamás a lo alto. ¡Ja! ¡Ja! Tiré la jarra, vacía, desde aquí, no hace mucho; pero antes de tocar las olas se convirtió en una gaviota y ha volado hacia tierra... No; no se ve nada por el lado de tierra. No vienen aún. ¿Y qué?
¡Subamos! -81- ¡Subamos! ¡Aúpa! ¡Subamos tocando el cuerno!

-¡Euri! ¡Euri!
-¡Arriba! ¡Párate, cielo, que ya llego! ¡Oh, a la derecha está el sol!
¡Hola, sol! ¿Cómo va eso? Pero no es el sol, sino un pastor cubierto con una capa roja. ¡Dame la capa! El pastor soy yo, porque tú no tienes cuerno. Te digo que me des la capa si no quieres que de un manotazo te haga ir a estrellarte contra el otro lado del horizonte. ¡Eso es! ¡Pónmela encima de los hombros! Y ahora verás qué soplo tengo...
-¡Euri!

Era inútil seguir llamándolo, pensó Norfeo volviéndose a acostar. Si cayese desde tan alto quedaría más plano que una mariposa. Valía más no mirar, pues ojos que no ven... ¡Si el maldito cuerno dejase de sonar quizás podría descabezar otro sueño! La culpa era suya, por haberlo dejado beber tanto. Pues sí; lo mejor sería no decir ni una palabra a Ulises...

No podía reprocharle nada. Sí, era preciso amarrar de una vez, pues ya estaba cansado del mar. Pero ¿qué hablaba de reproches? Él nada tenía que ver; fue Euri quien unos tragos... Mas ¿qué pensaría Ulises si él desertaba? ¡Bah!, encontró la jarra llena de vino y quien lo invitó a tomar. Con tales monsergas no iría a ninguna parte, y lo que importaba era regresar a casa, fuese como fuese... ¡Caramba con Euri, cómo gritaba! Y pensar que sólo bastaría un pequeño resbalón y ¡paf!... ¡Sería espantoso! Después de Elpénor, él. Lo tendrían que enterrar en aquella isla.

¡Pobrecito! Cavarían una fosa en tierra extraña y, dentro, todo ensangrentado, Euri con el cuerno, que él le pondría en la boca; aquel cuerno como un lirio de piedra, que ahora volvía a sonar, allá arriba, y le ahuyentaba los pensamientos y el sueño...

-¡Euri!

El vigía, cara al cielo, de pie en la gavia y empuñando el cuerno, seguía

hablando:

-¿Qué te parece, sol? ¿Cómo me sienta la capa? Creo que será preciso que te apartes un poco. ¿No me oyes? ¿Ya vuelves a hacerte el sordo? Si no te alejas, de un golpe de cuerno te aplasto. Allá, hacia estribor... ¿Qué es aquello que asoma por el horizonte? Diríase un hocico blanco... ¡Ah! Hay que subir más, más arriba, hasta llegar a la cumbre del cielo. -82-
¡Hala! ¡Ya estamos! Y ahora, otro toque, esta vez bien largo... Sin rebaño, ¿cómo podría ser yo pastor? Ya asoma la testuz, ya se distinguen las astas adornadas de girasoles, y mueve la cola... ¿Y además? ¡Sí, ya vienen, ya llega todo el gran rebaño de vacas blancas! ¡Oh! El rebaño silencioso y resplandeciente pasta en el cielo azul, entre el mar y mis pies, y aquellas dos muchachas vestidas de azul que lo siguen, con las hondas de oro sobre el hombro izquierdo...

Ahora que las nubes tapan el sol, pensaba Norfeo, se comenzaba a estar bien en cubierta. De cuando en cuando, el sol asomaba, pero pronto volvía la sombra de las nubes que desfilaban... Euri no caía, y seguramente no caería, porque era diestro el muchacho... Se estaría mejor aún a la sombra de la parra, en el patio de su casa. Allí, sentado al lado de su mujer, que remendaría las redes, él le iría contando, sin olvidar detalle, todo lo que había vivido en los años de ausencia. Y ella, meneando la cabeza, sonreiría, y habría una mancha de sol en su regazo y una sombra de hojas de parra temblaría en sus cabellos... ¿Rubios? ¿Serían aún rubios? ¡Ay! -¡Qué blancas son! -gritaba Euri-. Más blancas que la espuma, y se extienden por toda la anchura del cielo. ¿Qué pasa, ahora? ¿Por qué roncean las que van adelante? ¡Ea! ¿Por qué se detienen? En desorden se amontona el rebaño, topan testuces contra testuces, los girasoles se desprenden de las astas y son aplastados por las pezuñas, y una parte del rebaño retrocede, asustado... ¡Que suene el cuerno! Las dos muchachas hacen girar las hondas por encima de sus cabezas, y piedras de roja luz chasquean entre la cornamenta de las vacas delanteras, que se habían detenido como ante una barrera invisible... Remisas, vuelven a ponerse en marcha, y todo el rebaño avanza hacia los negros establos de la noche, donde habrá ordeña de astros...

¿Por qué no había de ser rubia aún? No había pasado tanto tiempo desde entonces y, además, ella era diez años más joven que él. En todo caso, quizás tuviera algunos cabellos blancos... Ahora que el sol se escondía tras los nubarrones y la brisa de la tarde había comenzado a soplar, ¡qué agradablemente se estaría acostado allí!... Euri seguía hablando, pero casi no se le oía y ya hacía rato que no había hecho sonar el cuerno... Ulises y su grupo tardaban demasiado. Pero más valía no pensar en ello. La nave se mecía -83- dulcemente, como una cuna inmensa... Bajo la parra, al atardecer, ella tomaría una sandía, la más grande...

-La sombra de las vacas se tiende sobre la isla, cubre las dunas y se alarga por llanuras y colinas, como si unas manos gigantescas colocasen manteles oscuros sobre una mesa clara. Lejos, en el centro de la isla, empieza a elevarse el humo de una hoguera y, más cerca, el de otra... ¿Qué haces, sol? ¿Quieres escaparte saltando detrás del mar? Me da lo mismo. Pero no te imagines que voy a devolverte la capa... Ahora, presa de un súbito espanto, todo el rebaño huye hacia el horizonte, alejándose precipitadamente de la isla, dispersándose por el cielo que empieza a

llenarse de tinieblas, ensanchándose como un alud de nieve que rueda por la ladera de una montaña.

Ella iría a la cocina a buscar el cuchillo de hoja ancha, lo hundiría en la sandía y, poco a poco, meciéndose, comenzaría a cortar, meciéndose, meciéndose... y el cuchillo, poquito a poco, como el viento meciendo la nave, el cuchillo, meciendo la sandía, iría cortando, poco a poco, y meciendo... y ella, como la noche, meciéndose, iría alzando con las manos, poquito a poco, la luna roja de la media sandía... meciéndose, como la nave, alzaría, poco a poco, la sandía, la luna, como la noche... meciéndose...

-Sobre la tierra, entre las dos humaredas que se van ennegreciendo y espesando, las últimas vacas fugitivas del cielo se encabritan, saltan y se enlazan, sin dejar, en su terror, de rodar hacia el mar. Veo patas solas correr tras monstruosas formas decapitadas que se arrastran sobre ubres repletas, colas serpenteando entre la hierba y orejas que vuelan, testas que rebotan y topan contra las patas haciéndolas caer como bolos... Ya todo ha desaparecido, tragado por el agua, y el rebaño se ha perdido en el confín del cielo. La isla parece un altar, con las dos humaredas que se elevan, rectas y anchas, de la llanura rodeada de colinas. Ya empieza a ser tiempo de quitarse la capa roja y bajar a cubierta, donde, con la boca abierta, Norfeo se ha quedado dormido... Oigo unos gritos... ¡Es la voz de Ulises! ¿Dónde estará él? Sí, ya le veo. En la cima de aquella colina, amenazando a alguien con el puño. Ahora, braceando, echa a correr por la ladera, hacia la humareda... ¿Qué estará ocurriendo? ¡Bah! Ya lo sabré luego. El sol se pone... ¡Qué lástima tener que quitarme la capa! ¡No, todavía no! ¡Oh! -84- Por el cielo, un rezagado ternero trota y brinca para alcanzar al gran rebaño que ya no se divisa. ¡Qué lindo es: blanco y salpicado de noche...!

-85-

El incendio del mar

-86- Diecisiete días navegó, atravesando el mar, y al decimoctavo pudo ver los umbrosos montes...

-87-

Y Ulises tendido en la balsa de troncos que el mar acunaba, sentía latir en la vela murmullos de luz y de viento, si bien ya la noche en el cielo cebaba alcotanes de sombra. La luna brotó solitaria del mar, y los astros, la Osa, la Pléyade, Orión, repitieron su ronda nocturna de siglos. ¡Qué lenta corría por Eea la pátina del plenilunio! Ulises, de cara a la brisa que suave soplaba del Este, guiaba con mano benigna, atento a la sima apacible del mar, madre eterna de dioses habidos en áureas dunas, y el sueño olvidaba entornarle los ojos ardientes de estrellas.

De nuevo entonó con el viento su himno a la tierra inefable:
un dulce susurro primero, y luego, ya en lúcida entrega,
un canto de fuerzas y bríos que el eco llevaba, saltando,
estrellas arriba, tan leve, tan solo como el ágil héroe
que lleva en la enhiesta bandera la firme esperanza de todos.
Porque, cuando el hijo del viejo argonauta Laertes seguía
los hondos caminos perdidos del mar, ancho surco del viento,
Deméter llenaba su pecho de suave añoranza, y teñía
su ánimo firme de calma terrena. Y el mar infinito,
en súbito azar de tormenta o en clara, serena, bonanza,
las olas hurañas o dóciles, el sol, los titanes efímeros
de los nubarrones que el viento desgarró, las trombas que
saltan
silbando las últimas iras de las oquedades oscuras,
loaban en coro el regreso al reino del río y del árbol.
Un astro fugaz encendió la rúbrica de la cadencia.
La vela, en el mástil inmóvil, callaba su quieto desmayo,
y Ulises miraba las eras inmensas del mar, con los ojos
-88-

vencidos por los imprevistos encantos de un sueño lejano:
el mar convertido en espigas doradas, en diáfanos trigos,
el ritmo eviterno del agua con lento vaivén revivía.
Bandadas de blancos alciones graznaban su vieja leyenda,
y dioses cubiertos de olvido plasmaban en tieso remedo
un seco ademán de espantajo. Y ahora, las mozas marinas
a orilla de las altas mieses, con sus azulencas guadañas,
sus hoces de duro coral, segaban el trigo maduro.
Tras ellas cuadrillas de vientos terrenos ataban los haces,
y al pie del dorado horizonte, tendida sobre las espigas,
brillaba la sombra de Anfítrite, guardada por negros delfines.

De pronto, un vencejo cedió. Del seno de un haz elevado
saltó la centella. Despierta la hidra vivaz del solsticio,
un árbol de humo plomizo quebró las columnas de alciones,
el fuego se alzó como un toro, y, presa de miedo a sí mismo,
abrió treinta brazos de llamas al viento que lo agitaba
y lo convertía en jinete veloz, coronado de chispas.
Igual que en las torres de guardia, donde los vigías oscuros
encienden en altas señales el grito de riesgo o de gozo
que va de atalaya a atalaya, el fuego ganaba horizonte,
gavilla a gavilla. Todo el mar ardía. Los trigos inmensos
brotaban de abismos marinos, en cuyas profundas moradas
un sol despeñado ligaba la aurora a los pies de penumbra
de los archipiélagos muertos en hosco silencio de mármol.
El fuego, de pronto, detuvo su rauda galope, y tendiendo
el arco escarlata, una flecha lanzó al corazón del espacio.
Del cielo donde se apagaban los ecos de los viejos mitos
cayeron cien pájaros negros. Allende la tierra dormida,
las cumbres nocturnas, desiertas de paz, se arrancaron las
sombras.

Caudillo y pastor de su odio, el fuego trotaba, furioso,
al frente de la caravana de monstruos esbeltos, surgidos
del caz de su sangre soberbia, loco de viento y distancia,
la frente arrogante, ceñida la honda y la lanza en el puño,
perdió la mirada gloriosa por el aterrado celaje.
El mar se tendió sobre el lecho encendido de límpida furia,
fulgente de espíritu, llama vivaz de su muerte escondida.
Y Escila salió de su cueva, cruzó la gran selva marina,
y en medio del fuego, en las manos los áspides de la cabeza,
quedó iluminada de horrores al filo del vórtice quieto,
-89-
Caribdis, un beso de monstruo al pie de los senos quemados.
Y en plena victoria del fuego, ¡brotó el sollozar de las
islas!

Con ánimo grave de exilio, natal de tristeza nostálgica,
Ulises, en la ley del sueño, surcaba el desierto salino,
desnudo en el sol rescatado de sangres arcaicas por vientos
que elevan las ondas floridas en blanda inquietud germinal.
La aurora quebró en el escollo. Ulises alzó el largo remo.
Las torres azules del día sitiaban las cumbres de nieve,
que desde la mar parecían más firmes que el astro oscilante.
Del cielo, en tumulto fluvial, el Dios sonriente bajaba,
lanzando a los valles, con tropas alegres, su claro deseo.
Un brazo emergió de las aguas en blanca respuesta al pregón
de cimas y cuernos, con gesto de luz que la mano batiente
trenzaba, eslabón entre el cuerpo invisible y el grito
continuo,
con pálido azul de aire-cielo. Las chispas de su cabellera
de lino batían el cuerpo flotante, frutal, de la Diosa,
feliz al final de su vuelo profundo, de su verde cuna,
yacente en la espuma lustral del mar redivivo en el sol,
que abría caminos con rumbo seguro a la tierra florida.
La Diosa se irguió palpitante en el súbito espacio sonoro,
que le daba un ánima nueva en el riesgo aplomado del Día,
del iris sereno que hacía brotar el cenit de su vientre,
y, ya sin memoria de fuego, de cara a las aves del grito,
corrió danzarina a los brazos del Dios que aguardaba en la
orilla.

Ulises, tendido su remo de oro a las cumbres tranquilas,
mecidas al ritmo amoroso, al suave jadeo del mar,
cerró dulcemente los párpados. El ritmo latía en su alma:
«Eterna caída y eterno nacer. La tiniebla, rasgada
de besos, y el ala, en el sueño del viento, regresan y
parten...
¡Eterno retorno en la muerte! ¡Eterna llegada y adiós!
Eterna vida, de nuevo; la ráfaga eterna del polen

relumbra a los pies de la tierra... Las marchas constantes,
unánimes,
los cambios secretos, la chispa dorada que hiende veranos,
y todo el dolor de la tierra, se elevan a risa celeste.
El llanto que llueve del cielo corona las bodas divinas
del mar y la tierra...».

(Versión de Roberto Ruiz)

-[90]- -91-

Anfítrite

-92- Poseidón que ciñe y bate la Tierra...

-93-

Al llegar Ulises, sediento, cerca de la fuente sombreada de sauces, una mujer joven acababa de llenar un cántaro color de miel. No deseando en aquellos momentos ninguna compañía, se sentó en la hierba del talud, para hacer tiempo. Levantó la cabeza: entre las hojas de los árboles el cielo se encandilaba de ocaso y en las frondas los pájaros rebullían y piaban. Allá, por el lado de las montañas, volaba un halcón...

Miró otra vez hacia la fuente. La mujer había dejado el cántaro lleno a sus espaldas, sobre una roca cubierta de líquen, y, arrodillada cabe el agua, hundía en ella las manos ahuecadas. Su figura, por más que Ulises la veía de espaldas, le resultaba vagamente familiar y sentía que la observaba con un interés creciente. Tal vez cuando se volviera y pudiese verle el rostro recordaría quién era. La mujer, ahora, acercaba los labios a la líquida almuerzo, y bebía. Debido a la posición de su cuerpo, la holgada vestidura descendía libre por delante, pero se le adhería detrás del cuerpo, desde la nuca hasta el final de los flancos, desde donde caía, acanalada en amplios pliegues, encima de los pies, rojos del fuego de crepúsculo. Aquel torso ancho y robusto, del cual el cántaro parecía una réplica esquemática, los cabellos recogidos en rodete, los brazos blancos y carnosos, todo aquel cuerpo pesado y radiante, de estatua y gavilla, le era misteriosamente sabido, pero por más que escudriñaba la memoria, no podía recordar...

La mujer, tras haber bebido, se levantó, secose las manos mojadas en los cabellos y, volviéndose, se dirigió hacia el cántaro. Su rostro -ahora Ulises podía ver las facciones amplias y serenas y los verdes ojos inmóviles de honda mirada- no correspondía al de ninguna mujer que hubiese tratado, pero -94- acentuó la impresión de íntimo conocimiento que poco ha le había producido el cuerpo.

La mujer cogió el cántaro por las dos asas, lo levantó de un envión y luego, ladeando ligeramente la cabeza a la izquierda, se lo colocó sobre el hombro derecho y empezó a caminar bajo los sauces, de cara al poniente. Pasó por delante de Ulises, sin mirarlo, lenta y balanceando las caderas,

sin acusar el peso del cántaro lleno que llevaba sobre el hombro como si fuese una gran ave color de amapola. Y Ulises volvió a ver, mientras ella pasaba, los abiertos ojos verdes y los cabellos de un tono azulenco, con un corimbo de blanco saúco calado a un lado del moño.

Ulises la seguía con la mirada, sin recordar aún. Al llegar al primer recodo, la mujer se detuvo, y Ulises advirtió el carro, del cual alguien saltó y fue al encuentro de la mujer, quien al darse cuenta de ello, retrocedió dos pasos. El hombre, un feo viejo de estatura gigantesca y barba gris, deslizó un brazo por la cintura de ella y, levantando el otro en un ademán de ira, o como si blandiera un arma invisible, se llevó a la mujer...

Ulises se arrodilló a beber en el mismo lugar donde había bebido la mujer. Y fue en el momento de inclinarse sobre el agua transparente, fascinado aún por los anchos ojos verdes y la azulosa cabellera, cuando el misterio de la desconocida se le aclaró en el espíritu. Y bebió, sin dejar de sonreír a unos recuerdos que se hacían tan vastos como su pasado...

-95-

Mayala

-96- Ámense los unos a los otros, como anteriormente; y haya paz y riqueza en gran abundancia.

-97-

Avanzando desnuda por el agua sumisa
que contempla su cuerpo con brillantes pupilas,
Mayala vuelve el rostro al viento y al crepúsculo
y, alzando la cabeza, escucha... Tierra adentro,
suenan cantos. Divino de inmemoriales sangres
es el brío del torso dorado y azulino
donde el verano apresa los flancos e hinca el seno,
mientras mece en el vientre sus solares aludes.

Se ha escurrido el cabello y compuesto el rodete,
y ha saludado al astro con un gesto amplio y lento.
Mitad del horizonte y mitad de las olas,
la radiante se entrega a los besos del aura,
se detiene en la arena y, como si invocase
a un dios, más por placer de arcano que por ruego,
alza unidas las manos, como una caracola,
y grita un nombre. Lejos, le contesta un relincho.

Acostada en la duna, ella grita otra vez.
Un galopar redobla en la oscura colina.
Un manguante de luna cuelga, rojo, en el Este.

Y Mayala, sabiéndose vestal de su deseo,
alza, lenta, los brazos al hechizo de un sueño:
el telúrico espíritu coronado de estrellas
y mirada de fuego que la libra de azares.

Luego oye que el caballo entra solo en el mar...

- II -

-

Doso

Y de esta manera, errante, he llegado aquí...

(Calixta, la hija mayor de Celeo, fijó sus ojos claros en los de Ulises,
que estaba sentado a su lado en la hierba, y dijo:

-Eso fue antes que tú llegaras al país, hace muchos meses... Se llamaba
Doso.

Ulises se tendió sobre el césped y, uniendo las manos bajo la nuca,
repitió como un eco:

-Doso...

-Así dijo ella que se llamaba... ¿Cuándo es tu nuevo turno en la siega?

-Estuve segando hasta hace media hora. Me he arreglado con tu padre para
el turno de la noche.

-He visto que han levantado ya la primera hacina de gavillas, allá cerca
de los abedules... ¡Mira qué pedazo de corteza he arrancado de un tronco!

-El abedul es el árbol que tiene la corteza más hermosa; diríase hecha de
harina y plata... Conocí a una Doso...

-¿Dónde?

-En mi tierra. Hace años.

-Nunca olvidaré el día que llegó, o mejor dicho, la noche. Una noche de
viento...)

El viento había empezado a soplar con fuerza al anochecer, tras una tarde
lluviosa: un súbito y breve envión de granizo, seguido de un chubasco que
fue amenguando hasta convertirse en una llovizna que duró hasta que por el
lado de los olivares, en el claro abierto sobre el bulto oscuro de las
montañas, se encendió el ocaso. La noche llegó realmente cuando el
resplandor del poniente desapareció de las hojas de los olivos y el
tintineo de unas esquilas -que había sonado lejano e intermitente, -104-

pero cada vez más cercano- pareció detenerse de pronto en una misma nota
suspendida e inmóvil, como trocada en un puro hito del aire que ya era
invadido por las sombras... El viento llegó cuando el último celaje
desvaneciose en el cielo y el resplandor de la luna se adivinaba detrás de
las colinas, más allá de la dehesa. Entonces, los dos perros de la

alquería de Celeo empezaron a ladrar.

Ladraban algo alejados, delante de la casa, cada uno por su lado, y hubiera sido difícil determinar si los furiosos e insistentes ladridos eran mezclados por el regolfar del viento o bien los animales corrían atraídos por una alarma desorientadora. Al principio, uno de los dos perros pareció que se había lanzado a perseguir un carro cuyo traqueteo -y también el sonido de los cascabeles de la caballería- se había dejado oír en el camino pedregoso que atravesaba el olivar; pero el carro se fue alejando poco a poco, mientras unos ladridos se escuchaban por el lado de los almiares y los del otro perro se dejaban oír hacia la era, como si los dos animales fuesen en pos de una presencia tan cierta como invisible. De súbito, los ladridos cesaron y el viento ensanchó el cauce de su alto desbordamiento. El cielo ya tenía todos sus astros...

(-Yo había subido a mi habitación, y los zuecos...

-¿Tenías que salir? -preguntó Ulises, interrumpiendo a la muchacha.

-No era eso, precisamente... Había subido a mi estancia para estar unos momentos sola. Hacía rato que nuestra madre no cesaba de gemir, cada vez más alto y seguido, en su lecho, y, además afuera, los perros ladraban continuamente, como si el miedo, o qué sé yo qué, se les hubiese metido en el cuerpo... Nosotras, las hermanas, estábamos..., ¿cómo decirlo?..., bueno, entre avergonzadas y temerosas, y Mónica, la mayor, ceñuda, se mordía el labio inferior y tenía los ojos clavados en el suelo. Nosotras, las hijas, no podíamos hacer nada, claro está, y no había caso, porque madre era atendida por Mayala, y padre estaba sentado en uno de los primeros peldaños de la escalera, con las manos sobre las rodillas, entrelazados los dedos... Al entrar en mi aposento, a oscuras, tropecé con los zuecos, que alguien había dejado cerca del umbral, en la parte de adentro, y me incliné... Desde arriba, los -105- ladridos se oían más claramente, pero el gemir de mi madre llegaba tan débil, que si no hubiese sabido que... Me acerqué a la ventana. Entre las dos colinas, la luna asomaba, semejante a un yugo de plata que unciera a dos bueyes negros. Los perros continuaban ladrando, y disponíame ya a abrir la ventana para llamarlos, cuando advertí de pronto la luz de la antorcha, allá...

-¿Dónde? -preguntó Ulises.

-Justamente debajo de la luna, que iba surgiendo y que pronto sería un plenilunio que embellecería la noche, acababa de aparecer un punto rojo: no como una lejana fogata, siempre en el mismo lugar, sino como una gota de fuego que se escurriese por la ladera, y a veces desaparecía durante unos momentos, para dejarse ver de nuevo más brillante y cercana, siguiendo el sendero que todos los de aquí conocemos tan bien, como la palma de nuestra mano, que podríamos recorrerlo con los ojos cerrados, y que en más de una ocasión hemos andado en oscuras noches de invierno, sin tropezar con las piedras ni dudar en un recodo. Y por eso a mí me parecía extraño que, aquella noche, con el resplandor de las estrellas y la luna que asomaba, alguien tuviese necesidad de andar con una antorcha encendida por estos andurriales tan conocidos y donde, por otra parte, no hay que temer la acometida de ninguna bestia salvaje.

Calixta calló e, inclinándose ligeramente, sopló sobre una hormiga que corría por su brazo. Disponíase a proseguir, cuando Ulises preguntó:

-¿Y los zuecos?

Ella, sonriendo, contestó:

-Advertí, con sorpresa, que los tenía en la mano... Me los calcé y, lentamente, procurando no hacer ruido, salí de mi habitación, y más lentamente todavía, empecé a bajar la escalera hacia los gemidos de mi madre...)

Con la cabeza ligeramente ladeada y medio alzado el brazo con la antorcha, había descendido por el sendero pedregoso, sin desviarse ni tropezar una sola vez, sin precipitación pero vivo el paso, aunque una cierta fatiga, después de nueve días de viaje errabundo y azaroso, se acusaba en el balanceo de su torso. Al llegar al llano, donde el sendero se bifurcaba, -106- se detuvo, bajó el brazo derecho, lentamente, hasta que la antorcha casi rozó el suelo, y levantó la cabeza para mirar las estrellas, pero la agachó de pronto al oír los ladridos de los perros. Luego hincó el extremo de la tea en el margen de tierra húmeda, se arregló el manto, que colgaba de un lado y le cubría mal la cabeza, y volvió a levantar los ojos hacia la inmensidad estrellada del cielo.

La mitad del disco de la luna asomaba ya por detrás de la colina y la noche cobraba por momentos una transparencia que hacía más densa y alargada la sombra que proyectaban los árboles. Los perros parecían ladrar la huida del viento. El cielo, sin una nube, palpitaba. Bruscamente, el viento cesó, como si se hubiese derrumbado sobre el suelo iluminado por la claridad de la luna y las estrellas y se hubiese quedado instantáneamente dormido, envuelto en el olor de la tierra mojada en el que se mezclaba la fragante exhalación de las hierbas. Los perros callaron, como inmobilizados por una aterradora sorpresa, y en la tregua de silencio, sólo interrumpida por el mugido de un buey, que sonó como una única nota grave arrancada a un gigantesco instrumento de cuerda, reinó una serena paz que tanto parecía bajar de los astros como ascender de la tierra. Oculta, una boca de agua murmuraba.

Doso tomó de nuevo la chisporroteante antorcha en el mismo momento en que los perros reanudaban sus ladridos.

«Ahora se las tienen con la luna -pensó-. Con la luna que sale...».

Pero no se volvió para mirarla. Ya ni siquiera pensaba en ella, siguiendo el angosto camino que llevaba a un olivar que se extendía al pie del otero a dos tiros de honda, delante de ella, andando con el mismo ritmo en el paso y en el cuerpo que había mantenido durante nueve días de marcha -desde que salió de su casa, poco después de haber sabido con certeza, por una vecina, que su hija Cora se había marchado al quiebro del alba, y no sola-, pero ahora llevaba la tea menos levantada, no por cansancio del brazo, ni porque la luna hiciera innecesaria la llama en el claro camino, sino porque la seguridad de lo que hallaría al otro lado del alcor era proclamada por aquellos ladridos que no podía afirmar que oyera -y mucho menos que escuchara- y hacia los cuales se dirigía -107- maquinalmente. Sólo sabía una cosa: que su vagar solitario tocaba a su fin.

Vio el carro casi cuando lo tenía encima. El caballo tiraba cansadamente, agachada la cabeza, arrastrando el vehículo que, cargado de hierba seca que sobresalía de los altos barandales de gruesos barrotes, rodaba silenciosamente sobre la tierra que la reciente lluvia había ablandado.

Doso, detenida a un lado del camino, miró hacia arriba del carro y vio las

dos figuras: la de una niña que dormía con los brazos cruzados sobre el pecho, y a su lado, el perro, sentado sobre sus patas traseras, vuelta hacia la mujer la inmóvil cabeza en la que brillaban dos pequeñas lunas fosforescentes. Iba de regreso, el carro, pensó Doso, reanudando la marcha y volviéndose -esta vez sí- para lanzar otra mirada a la niña dormida. De regreso a una alquería cercana seguramente, y con una bestia de fiar, porque de lo contrario no hubiesen dejado que la niña... Se detuvo: tenía un pie hundido en la tierra hasta el tobillo. Sin advertirlo, ensimismada, se había desviado del camino para meterse en un campo labrado. Desprendió el pie, sin esfuerzo, sólo encogiéndolo ligeramente la pierna, y, tras haber tomado la antorcha con la mano izquierda, se agachó para quitarse la sandalia que se le había cubierto de tierra. Instantes después, de nuevo erguida, acercó la llama de la antorcha a su mano abierta, para examinar lo que había cogido de la tierra...

Los dos perros salieron al encuentro de Doso cuando ella empezó a descender la colina por la ladera del otro lado, y, silenciosos, uno a cada lado de la mujer, la acompañaron hasta que se detuvo delante de la puerta de la alquería de Celeo.

(-Doso estaba de pie entre el pozo y la muela quebrada, en alto la antorcha y con la cabeza inclinada, inmóvil, como si no hubiese advertido que yo había abierto la puerta y avanzaba hacia ella. Los dos perros, al verme, echaron a correr sin ladrar, seguramente hacia sus yacijas en el establo. Le tomé la antorcha y le hice seña de que me siguiese a la casa... No entró en seguida, lo que no dejó de molestarme un poco, porque si era hospitalidad lo que aquella anciana deseaba de nosotros -¿y qué otra cosa podía necesitar a aquellas horas -108- de la noche una mendiga desconocida, en camino seguramente hacia algún santuario lejano?-, se la daríamos, no cabía la menor duda: encontraría un rincón acogedor y algo de comida; pero eso de hacerse esperar, mientras madre seguía con sus dolores, y mi hermana, adusta, tenía los ojos fijos en la puerta entornada... Tan pronto como entró -y se detuvo en el umbral, y miró en torno rápidamente, al tiempo que empezaba a quitarse el largo manto azul que la lluvia había adherido a su cuerpo-, me di cuenta de que no era una anciana ni mucho menos, sino una mujer fuerte, de anchas caderas y sólidos brazos, entre los treinta y cinco y los cuarenta años, no propiamente hermosa, pero tampoco fea, eso no, de ninguna manera, y muy morena de rostro. Su pelo, recogido sobre la nuca en un ancho y flojo rodete, era de color de oro viejo, con un mechón blanco que arrancaba del lado izquierdo de la frente... En cierta manera se parecía a Mayala, nuestra sirvienta, ¿sabes?, pero con un don de gesto y ademán que contrastaba de manera extraña con su silencio y cierto sesgo furtivo de sus movimientos, como si quisiera pasar inadvertida... Siempre en silencio, Doso fue a colgar de un clavo, cerca del hogar encendido, su manto húmedo, y luego se acercó a la ventana, en cuyo antepecho dejó algo que, desde donde estaba yo, me pareció una moneda. Hecho esto, llegó hasta el centro de la estancia, donde más intenso era el resplandor del fuego, y lentamente se irguió, al tiempo que extendía sus dos manos abiertas hacia las llamas. Había cambiado completamente, sin dejar de ser la misma: había entrado una mujeruca insignificante, tímida y encogida, que tanto podía ser una mendiga como una plañidera, y la que ahora veía allí, iluminada toda por

el tembloroso fuego de las llamas, era una mujer robusta, de una rudeza majestuosa, y alta, con una estatura de árbol, diría yo, medio descubierto un hombro, que brillaba como una gran manzana, algo corta de piernas, una de las cuales, un poco adelantada de la otra, hacía que se dibujase la forma de la rodilla y del rotundo muslo... Pero cuando miré su rostro por primera vez, casi no pude reprimir un grito: era como si en su boca trágica anidara todo el dolor del mundo, mientras que en sus enormes y serenos ojos claros resplandeciera toda la alegría de los cielos, ¿comprendes?

-Sí -contestó Ulises.

-109-

-Sé que hablo demasiado; pero no importa, porque tenemos tiempo y a ti te gusta escuchar, ¿no? Eres de los que escuchan con los ojos, lo advertí en seguida... A mí me interesa la gente, no lo puedo remediar, toda clase de gente, y prefiero charlar a tejer o hilar, al contrario de mi hermana Mónica... Mayala, que vino de su isla, hace el doble de años que los que yo tengo, sabe mucho de la vida, por lo que ha vivido ella misma y, más todavía, según afirma, por lo que ha escuchado de otros labios... Bueno, volviendo a Doso, ya me he referido a su cuerpo, a su rostro, a sus manos extendidas hacia las llamas..., pero ahora caigo en la cuenta de que me había olvidado mencionar sus sangrantes pies, en los que me fijé por último, cuando Mayala se arrodilló junto a Doso y comenzó a lavárselos con un paño humedecido con agua de espliego, y luego se los secó cuidadosamente, hecho lo cual, de rodillas todavía, levantó la cabeza para mirar un momento a Doso, pero ésta no pareció haber advertido a la bondadosa sirvienta: siguió inmóvil, metida en sus pensamientos, ausente y lejana, y al mismo tiempo prodigiosamente presente. De pronto, bajó las manos y mirándome fijamente a los ojos, me ordenó: «Pon a calentar agua. Y cuando hierva me la traes». Y sin más, atravesó la estancia y penetró en la habitación donde madre gemía y jadeaba... Mientras Mayala añadía leña al fuego, yo salí a sacar agua del pozo. Luego esperé junto a la ventana, contemplando la luna y los árboles que el viento mecía. Al hacer un movimiento, mi mano tocó algo blando y húmedo que estaba en el antepecho, y miré, y vi qué era lo que Doso había dejado allí, al entrar... No, no era una moneda, como había pensado yo al principio, ¡boba de mí!, porque, ¿qué sentido podía tener dejar dinero en la ventana, cuando nuestra casa no es ninguna posada, y ella debía saberlo perfectamente? Aunque, la verdad, tampoco resultaba muy claro el significado del negro terrón... Porque era un simple terrón... ¡Miras de una manera, como si entendieras! Y eso que no puedes saber -porque no lo he dicho aún, pero te enterarás en seguida, por poca paciencia que tengas, ¡y no te falta, vaya!, pues de lo contrario ya te hubieras marchado hace rato- un pormenor, algo que estaba en el terrón, lo más insospechado y al mismo tiempo lo más natural: algunas briznitas, diez o doce a lo sumo, que asomaban como puntas de alfileres verdes... ¡Ya lo sabes ahora! ¡Y no me importa que -110- sonrías! También yo sonreí, contemplando las delicadas briznas, y, sonriendo aún, abrí la puerta de la habitación de madre, con la vasija de agua hirviente... Luego volví a la ventana, donde estaban Mayala y mi hermana, y fue entonces cuando empezaron los desgarradores alaridos... Mi padre se levantó de su lugar en la escalera y, abriendo bruscamente el

portalón, salió al campo. Mi hermana, con los ojos llenos de espanto, miraba ora la puerta de la habitación de madre, ora mi rostro, y balbuceaba: «¡Como una bestia! ¡Como una bestia!». Yo esperaba el último grito... Sin miedo. Porque Doso estaba al lado de madre, con sus manos calientes y ayudadoras; Doso, que desde el primer momento había comprendido y sabía de esos menesteres, porque era una mujer de la tierra, llena de fortaleza, sabiduría y misterio, y con ella había entrado en la casa una gran afirmación... ¡Y mi hermana con sus dengues! «¡Como una bestia!», había dicho. ¡La hubiera echado a empujones fuera de allí, por estorbosa y necia! Nunca había entendido nada de las cosas verdaderas de la vida. Hubiera sido inútil decirle que aquello que la horrorizaba era algo semejante a las briznas de hierba del terrón, al fruto que cae del árbol, y tan sencillo como el girar de las estrellas y el rodar del sol y de la luna... Súbitamente, se hizo el silencio, como una gran paz que se hubiese abierto y en la cual yo podía oír otra vez los latidos de mi corazón. Y la luna, allá... Mayala empezó a levantar los brazos. Y la luna, también nacida. Entonces avancé, descalza, hacia la puerta de la habitación de madre, que Doso abría lentamente desde adentro...) Poco duró el interés de Doso por el recién nacido. Tres o cuatro días después del parto, el niño pasó al cuidado de Mayala, y luego, cuando los senos de Anira, la madre, se secaron, buscósele nodriza. Fue ésta la mujer de un amigo de juventud de Celeo, una campesina joven y robusta que por tres sacos de trigo aceptó amamantar al hijo tardío del amigo de su marido.

Doso pasaba casi todo el día fuera de la casa. La esposa de Celeo, en cambio, era rara la vez que salía, excepto para ir a ver a su hijo, cada tres semanas, lo que suponía para ella un penoso viaje de cuatro horas en carreta hasta el pueblo -111- donde vivía la nodriza. Entre Anira y Doso había poco trato. La mujer de Celeo, tras el nacimiento del niño, rogó a Doso que se quedara en la casa, le regaló una camisa de lino y destinó a la forastera una amplia estancia enjalbegada que daba al patio de atrás de la casa, con entrada independiente, y no se ocupó más de ella. En realidad, casi no se ocupaba de nada, pues el gobierno de la casa lo llevaba de hecho Mayala, ayudada por las dos hijas, Mónica y Calixta. Celeo, por su parte, salía al amanecer y no regresaba hasta la noche, y sentía tanta indiferencia por su mujer que la gente decía que le había hecho el hijo estando dormido.

-¿Qué haces todo el día afuera? -preguntó una vez Anira a Doso-. No lo entiendo.

-Muchas cosas. No termino nunca.

-¿Has sabido algo de tu hija Cora?

-Nada; no ha estado nunca aquí. Me informaron mal. Ya aparecerá, si en algo le intereso -contestó Doso, en tono seco, y añadió:- Anoche florecieron los primeros almendros. ¿Los has visto?

-Sí, desde la ventana. ¡Qué pena!

-¿Por qué?

-¡Un año más! Ya pasaron los tiempos en que la primavera significaba alegría. Y llegaron las golondrinas; todos los nidos de los aleros vuelven a estar ocupados. ¡Qué pena!

Meneando la cabeza, Doso dejaba sola a la agotada y triste mujer, y se

marchaba a los campos a «ver crecer el trigo», como decía, o al establo a cuidar una bestia enferma, o a los prados donde pacía la caballada, o a hablar con el colmenero. Pero nunca dirigía sus pasos por el lado del mar, a menos que Celeo, dueño de un par de barcas de pesca que tenía alquiladas, la mandara allá con algún encargo sobre cebos o redes o a buscar una cesta de pescado. Pero eso por lo regular corría a cargo de Mónica.

Doso, poco después de su llegada, supo, más que hacerse indispensable para la gente, y en muchas cosas lo era, convertirse en una presencia de la que irradiaba un prestigio inefable. Todo el mundo la sentía inmediata y concreta, pero cierta aura de lejanía y de misterio hacían que se la respetara con cierto temor.

-112-

(Calixta había estado callada, mordisqueando un extremo del pedazo de corteza de abedul y lanzando de vez en cuando una distraída mirada a Ulises, que seguía tendido a su lado. Cerca, cantaba un grillo. A lo lejos, se oyó el relincho de un caballo.

-Todos sentían en seguida que Doso era una mujer de la tierra -dijo la muchacha, al tiempo que dejaba sobre la hierba el trozo de corteza. Y, tras una corta pausa, añadió-: No sé por qué te hablo tanto de ella.

-Seguramente porque no la puedes olvidar -contestó Ulises.

Calixta prosiguió:

-Había en ella algo tosco y sagaz y paciente que la acercaba a los campesinos. La manera como desmenuzaba un terrón entre sus fuertes y cortos dedos, como levantaba la cabeza en un brusco movimiento para descubrir de qué lado soplabla el viento, como examinaba un puñado de semillas, como acariciaba el lomo de una bestia o afilaba un cuchillo, y tantas otras cosas, ganaban la confianza de la gente. Era igual que ellos, y por otra parte no lo era, y nada tenía que ver en eso último el hecho de que fuese una forastera. No. Se trataba de un sentimiento de distancia que provenía, en cierta manera, del salvaje espíritu de independencia de Doso. Y de la conciencia de que algo oscuro e indescifrable había en la vida de aquella mujer; algo oculto y profundo cuyo misterio, aunque hubiese sido mostrado a la luz del día, no se habría hecho más comprensible para ellos. Debido a sus ausencias más o menos periódicas, de tres o cuatro días una vez al mes, empezaron a circular extraños rumores. Hablábbase de unas reuniones que se celebraban en una gran cueva de la montaña, a las que solamente concurrían hombres, que bailaban y cantaban desnudos en torno a una hoguera, tras haberse azotado con largas tiras de cuero o de corteza de árboles. Y era ella, Doso, según decía, quien presidía aquellas secretas fiestas, sentada en una roca al fondo de la cueva, entre una paloma degollada y un pez, con el rostro tiznado y tocada con una crin de caballo. Decíase también de ella que sabía interpretar los sueños y el vuelo de los pájaros. ¡Bobadas de las viejas todo eso! Pero lo de la culebra, fue algo que vi por mis propios ojos...

-¿Qué pasó? -preguntó Ulises.

-113-

Era la hora de la siesta y Doso dormía bajo un olivo con la espalda apoyada contra el tronco, cuando apareció la culebra, un bicho largo como el látigo de un boyero y grueso como una vara de carro. Estaba tan cerca

de Doso, la culebra, que no se podía hacer nada para evitar que ocurriera una desgracia. Pero nada malo sucedió. La culebra siguió arrastrándose, levantó un momento la plana cabeza, ya casi rozando a Doso, y cruzó por sobre sus dos muslos, sin que ella se despertara. Yo estaba con el alma en vilo, como te puedes imaginar, temblando como una hoja... Corrí hacia Doso, para despertarla, cuando ya la serpiente había desaparecido en un matorral, pero me detuve al ver su ancho y plácido rostro dormido, y la sonrisa que tenía en los labios... Abrió los ojos cuando apoyé la cabeza sobre su hombro, con el corazón todavía lleno de horror... Balbuceando, le conté lo que había ocurrido y le señalé las huellas del reptil en el suelo y en su falda... Haciendo un mohín, Doso se levantó y dijo que ya era tiempo de regresar a nuestra faena en el campo, y que para distraerme del susto que yo había pasado me contaría el sueño que había tenido... ¡Así era Doso! Aquella fue la única vez que se habló de sueños entre nosotras durante los meses que la traté... Era un sueño muy hermoso y extraño. ¿Crees tú en los sueños, Ulises?

-No, Calixta. Pero me interesan.

Calixta, soltando una carcajada, dijo:

-¡Vas a tener que levantarte, Ulises!

-¿Por qué?

-Porque las hormigas han invadido tus zapatos.

Ulises se levantó de un salto y, riendo también, empezó a sacudirse las hormigas pateando contra el suelo y aventándolas con una ramita de pino. Mientras tanto, Calixta se había levantado a su vez para cambiar de sitio.

-A la sombra de la retama estaremos mejor -dijo.

Ulises la encontró tendida bajo la mata de olorosas flores amarillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados. Antes de acostarse al lado de la muchacha, en silencio, su mirada se demoró unos instantes en el robusto y hermoso cuerpo adolescente. «Tiene ya piernas de mujer», pensó.

Calixta, lentamente, como si ella misma estuviera soñando el sueño que contaba, empezó:

-114-

-... Yo era como una gran montaña de trigo, acostada entre mi propio silencio y el silencio del cielo... Sobre mí pasaban soles, pasaban lunas, pasaban estrellas, y los vientos dejaban sonrisas o heridas en mi brillante cuerpo cereal... Dormía durante meses, y soñaba ríos, aguas que cantaban a mis pies..., y me iba hundiendo poco a poco en la tierra, mezclándome con ella hasta que mi cuerpo de millones y millones de semillas se dispersaba, y en la superficie sólo quedaba mi corona de hielo y hojas secas... Yo moría, pero mi sueño ascendía penosamente a través de las sombras hasta asomar a la luz su rostro de infinitas briznas... Y más tarde, mi nuevo cuerpo de montaña dorada resucitaba..., y se posaban pájaros en mis muslos..., y el arco iris dormitaba enrollado en mi vientre..., y llevaba una corona de cenit y amapolas..., y me volvía a dormir..., y soñaba que me estaba soñando a mí misma..., fuerte y dolorosa..., con el cuerpo iluminado por el resplandor de innumerables hogueras... Y cerca de mí se encontraba el hombre joven con una cinta de oro ceñida en la frente, esperando dentro de un hoyo cuya abertura estaba cubierta por un enjaretado de madera sobre el cual se encontraba el toro

adornado de flores..., y la lanza hincaba muerte en la bestia..., y los chorros de su sangre caían sobre el adolescente enterrado, que salía del hoyo saltando, todo rojo, resucitado a la vida de la tierra, como un dios-sol..., y me ponía una granada en el regazo..., mientras el dios azul llegaba con una rama de almendro florido... No recuerdo nada más del sueño de Doso... ¿Te has dormido, Ulises?

-No.

-Como tenías los ojos cerrados.

-Era para escuchar mejor.

-Por aquellos días mi padre trocó una de sus barcas por el caballo blanco, un semental como no hay otro en la comarca. Y luego llegó Seidón, en su nave. Era un hombre algo pendenciero y enamorado. En cuanto puso los ojos en Doso, bebió los vientos por ella...)

Y un día Doso vio el caballo blanco.

El semental salió trotando del bosquecillo de abedules, se detuvo unos instantes, para olfatear, encabritose relinchando y se lanzó hacia los altos pastos cercanos. La hierba le llegaba hasta el pecho. Todo su cuerpo era alegría y deseo. Brillaba. Su larga crin flotaba detrás de su cabeza como una llama o bien golpeaba su cuello, ora a un lado, ora a otro, como humo sólido. La luz se erguía sobre sus robustos lomos: cálido e ingrátido jinete de oro. Corría, enardecido por el olor de la yegua que aún no veía, guiado por los acres ramalazos que llegaban de la distancia y hacían estremecer las negras fosas de sus narices. Galopaba gozosamente, abriendo con su cuerpo un ancho surco en los fragantes pipirigallos de encarnadas flores; un largo espumarajo colgaba de un ángulo de su boca, como una estalactita, y sus ojos eran como dos grandes bayas rojas. A veces el olor de la yegua se interrumpía, desviado por la brisa, y entonces lanzaba un corto relincho anhelante y torcía en otra dirección, sin detener su vertiginosa carrera. En el prado del cielo, también se encabritaba una nube. Lejos, sobre el bosque, graznaba un cuervo. El olor era ahora cada vez más concreto e intenso. Salió de los pipirigallos, holló una franja de heno y, de pronto, la vio, al otro lado de la empalizada. Frenó la marcha, y se detuvo. Relinchó suavemente, mientras mordisqueaba un tallo húmedo, y, súbitamente, todo su poderoso cuerpo en tensión, se levantó sobre sus patas traseras y, ladeando ligeramente la cabeza, soltó un largo relincho de sufrimiento, anticipación y triunfo que fue menguando hasta que se le terminó el resuello...

Doso oyó el relincho a sus espaldas. Sin detenerse en el prado, dirigió sus pasos hacia los pinos. Seidón la seguía desde lejos, ocultándose entre los árboles.

Hallábase el caballo a un centenar de pasos de la empalizada, cuando la Dorada la traspuso de un gran salto y avanzó en línea recta hacia la llamada ardiente.

Doso, antes de penetrar en el bosque, se detuvo y volvióse. Allí estaban. El caballo, esperando, con la cabeza erguida y moviendo la cola, y la yegua trotando alegremente hacia él. Oyó otro relincho del caballo. ¡Vaya! ¡Cómo corría la yegua! Bajo el sol del mediodía no se movía ni una brizna de hierba; pero el viento corría por el cielo, porque las dos blancas nubes proseguían en su lenta andadura. Un regato, allá por el lado de los pipirigallos, brillaba como una gran hoz abandonada. Seidón no se dejaba

ver ahora. Pero debía estar espiándola, porque era de los que no cejaban...

-116-

Ahora el caballo blanco corría detrás de la yegua, que trotaba describiendo un gran círculo, casi al extremo del prado, sin verdadero afán de fuga, espoleada por la libertad de la carrera y la persecución. De pronto, el caballo se desvió de la curva y, cambiando el trote por el galope, se lanzó como una flecha hacia la Dorada, a la que atajó pronto, y ambos corrieron un trecho a lo largo de la empalizada, con un ritmo acompasado y sincrónico, pegado el flanco derecho del caballo al izquierdo de la yegua, como si tiraran de un mismo invisible carro de aire. Esta marcha terminó cuando el caballo, tras rezagarse un poco, dio un mordisco en el cuello de su compañera. La Dorada lanzó un relincho de ternura y de ira a la vez, apartose de un salto y disparó una coz contra el pecho del semental. ¡Así se hace!, pensó Doso, sonriendo. Y ahora ¡hacia las más altas hierbas que verdeaban en el centro del prado!

Fue la Dorada quien corrió primero hacia ellas, y el caballo volvió a seguirla, en un trote pausado esta vez, porque sabía que la persecución había terminado. La yegua, mientras tanto, se había detenido en el pasto y permanecía de grupas al caballo, el cual, dejando de trotar, se iba acercando sin prisa. A corta distancia de la brillante grupa, se detuvo, hundió la cabeza en la hierba y relinchó, no muy alto. La yegua no contestó. Avanzó de nuevo el caballo, hasta situarse a un codo de la hembra, y, tras permanecer inmóvil unos instantes, encabritose hasta quedar casi vertical, lanzó un agudo relincho y dejó caer de nuevo las patas delanteras al suelo. La yegua abarquilló los cuartos traseros y apartó la cola. El caballo volvió a encabritarse...

Al entrar en la sombra de los árboles, Doso advirtió que el sudor corría por todo su cuerpo. Quitose el cinturón, se lo enrolló en la muñeca y desabrochase la blusa, sin dejar de andar hacia el cercano calvero. Seidón continuaba invisible, pero no debía andar lejos, estaba segura de ello. Entre el cuello y el nacimiento de la espalda, Doso sentía el peso tibio del rodete, como si llevase posado allí un pequeño animal. Arrancó una ancha hoja de helecho y se la aplicó unos momentos sobre la frente húmeda de sudor, y luego se enjugó con ella los dos senos. Con la mano derecha ahuecada, como si sostuviera una fruta, levantó ligeramente el seno izquierdo y la hurtó con un rápido movimiento... Algo caídos, lo sabía, desde hacía dos o tres años, pero eran todavía hermosos en su morena redondez idéntica. ¡Ya quisieran tenerlos como ella muchas mujeres de su edad! No había pasado su tiempo todavía. Claramente podía leerlo en los ojos de los hombres cada día. Y Seidón no sería el último, suponiendo que... El primero ya estaba lejos en el tiempo: Jasio... Fue hermoso, aquello, en una tierra noval, una tarde de grandes nubes blancas, mientras en el cercano bosque graznaban los cuervos... Ya relinchan otra vez el caballo blanco y la Dorada... Habían asistido, ella y Jasio, a las bodas de Camilo y Herminia, y durante la fiesta, inflamados por la bebida, salieron de la casa por la puerta de atrás, y corrieron hasta que, casi sin aliento, se detuvieron en medio del campo, y se tocaron, y cayeron abrazados sobre la tierra. Tres veces entró en ella Jasio, tantas como arado había sido el campo, y él tenía los ojos cerrados primero, y muy

abiertos luego, fijos en la boca de ella, que gemía... Cuando se levantó, sus brazos y piernas estaban sucios de barro y tenía sangre en los muslos. Tendida sobre el horizonte, la tarde estaba también ensangrentada. Él la tomó en sus brazos y la llevó así hasta que oscureció, y ella sentía oscilar su colgante cabellera, y era como si la suave noche naciera de su cuerpo vastamente tranquilo, las estrellas bajaran a su rostro y la luna surgiera de sus pechos desnudos...

Se detuvo un momento al borde del calvero y miró las dos nubes que se cernían en lo alto, muy cerca ya una de otra, doradas por el sol. Tiró las hojas de helecho y, lentamente, sumida en su evocación, avanzó hacia la gran roca cubierta de musgo que se levantaba en el centro del claro del bosque... Sí, dos días después del amor, llegó la muerte, el horror indecible: él, allá en la espesura, en el lugar donde la había estado esperando, a ella, que no acudió porque la retuvo en casa una gran tormenta. Y Jasio no regresó, y al día siguiente por la tarde salió gente del pueblo a buscarlo, y ella se les unió, angustiada, en el bosque, sin que la vieran. Recordaba los gritos de los hombres llamándose, las linternas oscilando entre los troncos, los bruscos vuelos de las aves asustadas, el cansancio que le doblegaba las piernas, la oscuridad, la telaraña que se le pegó en la cara, y luego el alba, como una red de oro lanzada sobre las copas de los árboles, y el día, los rayos y los gorjeos... Y, de súbito, Jasio, a un tiro de piedra, -118- de espaldas a ella, abrazado al tronco de un pino, hacia donde ella corrió, sin comprender, hasta que estuvo cerca, y vio el rostro cubierto completamente de hormigas, las manos de dedos negros y engarabitados, como de hierro, y el cuerpo retorcido en el que se había alojado un instante la ira fulmínea del cielo.

Trepó por la roca hasta llegar a la cima, que formaba una especie de angosta plataforma cubierta de rala hierba, y se acostó, uniendo las manos detrás de la cabeza. Cerró los ojos. Ya no pensaba en nada. Su espíritu estaba vacío de imágenes y de pensamientos. Para ella, sólo existía la doble delicia del aire vivaz sobre su cara y las manos tibias del sol sobre su cuerpo. Y aquel silencio que era el mismo de su modorra: ni el graznido de los cuervos, ni los relinchos en el prado, ni el canto de ningún pájaro... Todo estaba detenido y en suspenso, excepto aquel suave ritmo de cuna dentro de su cabeza, que iba menguando, como el viento, menguando dulcemente, y luego aquel roce, como de pasos de niebla sobre hierba, que se alejaban y acercaban, unos pasos de sigilo, y de pronto el crujido de una rama en el suelo...

Se medio incorporó, bruscamente, y, abriendo los ojos, vio a Seidón, detenido en el lindero del bosque, mirándola fijamente. Él avanzó unos pasos: de la sombra de los últimos árboles al sol del calvero, y su rostro mudó del azul al blanco.

-Vete... -murmuró más que dijo Doso.

Él seguía avanzando en línea recta, lentamente, hacia la roca, muy erguido el torso y con los brazos inmóviles, casi pegados a sus costados, sin dejar de mirarla y moviendo los labios, como si la luz se hubiera convertido en agua profunda para él.

-Vete -repetió Doso, esta vez en voz clara y alta, pero sin miedo ni tono de rechazo.

Él seguía avanzando. Doso sintió una piedra, debajo de la mano derecha que tenía apoyada en el suelo, y cerró los dedos sobre ella.

-Vete, te digo... ¿No me oyes?

Él no se detuvo hasta llegar al pie de la roca. Doso alzó la mano con la piedra. Él sonreía, abajo, no con la boca, cuyos labios no habían dejado de moverse, sino con sus ojos azules, unos ojos no de hombre sino de lontananza.

-119-

-No... ¡Vete! -gritó, al tiempo que lanzaba la piedra, cerrando los ojos. Cuando volvió a abrirlos, unos instantes después, vio la cara ladeada de Seidón y el hilillo de sangre que iba del pómulos izquierdo hasta la boca, que ahora sonreía... Doso, sin atreverse a mirar los claros ojos del hombre, murmuró:

-Ven...

Pero él, como si tampoco esta vez hubiera oído, volvió sobre sus pasos y, siempre con el mismo ritmo, desapareció entre los árboles.

Doso se tendió otra vez sobre la hierba y cerró de nuevo los ojos. Ahora oía el rumor del viento en el follaje y todo su cuerpo temblaba. Del prado llegó un relincho... Otra vez volvía a estar allá, en el prado, el caballo blanco. Otro relincho contestaba, más débil. No, no era la Dorada quien relinchaba ahora. Doso conocía muy bien su manera de relinchar. «Todos los relinchos tienen algo de risa», pensó, soltando una corta risita. No era la Dorada, que debía haberse quedado chapaleando sola a orillas del río. «Y todas las risas tienen algo de relincho», añadió, sin advertir que ella misma reía cada vez más fuerte, abriendo las piernas...

Las dos nubes habían desaparecido del cielo.

(Calixta tomó el combado pedazo de corteza, acarició un momento la lisa y plateada superficie y se lo colocó sobre la cara, como si fuese una máscara. Luego, cogió una ramita, seca y puntiaguda, y empezó a practicar un agujero en la parte superior de la corteza, mientras, sonriendo maliciosamente, decía:

-Lo recuerdo muy bien: fue la tarde del día que trajeron a la Dorada para que la cubriera el semental blanco, el mejor caballo padre de la comarca, no lo dudes, aunque por ahí alguien diga que es mejor el bayo... ¡Qué va! Al atardecer, me encontraba en los campos, y empezó una lloviznita... No preguntes nada. Siempre me interrumpes para indagar sobre cosas que no tienen importancia. Escucha y calla, hombre. Oí todo lo que dijeron, él, Seidón y Doso. O casi todo, porque a veces hablaban tan quedo, que por más que aguzara el oído no entendía las palabras... Bueno, pues te diré que cuando la menuda lluvia empezaba a calarme, corrí al lugar de las gavillas, -120- hice un hueco en una y me metí en él, y esperé allí, como una imagen en una hornacina, comiendo semillas de girasol, que me gustan mucho, tanto tostadas como sin tostar... Y a poco me di cuenta de que alguien se movía, arriba de la gran hacina, cerca de la cual me encontraba; y advertí en seguida que se trataba de una mujer, porque un manto cubría su cabeza, y supuse que debía tratarse de Doso, porque sólo a ella se le ocurren cosas así como subirse a una hacina, de noche y lloviznando... Iba a llamarla, cuando llegó él, montado en el caballo blanco. No se apeó: de la grupa saltó a la hacina, donde ella, lo vi claramente, se había incorporado y abría los brazos... El caballo se

alejó, y yo dejé de mascar mis semillas, porque, mascando no se oye con tanta claridad, y seguía lloviznando, lloviznando... Acerca el oído; te lo contaré todo, pero bajito, porque tú, a veces...)

Cuando Seidón cayó a su lado, sobre las espigas, la golpeó en la cadera, sin querer, con el codo, y se tendió en silencio. Doso se volvió para mirar el rostro del hombre; pero sólo vio una mancha oscura con unos ojos que tampoco podían ver su cara ni su sonrisa hacia la que tendió su mano. Tocó primero la frente, en la que dejó posada su mano unos momentos, luego, delicadamente, con las puntas de los dedos, rozó el pómulo herido y, después sólo con el índice, le acarició la boca.

-Has venido con el caballo blanco... -murmuró Doso.

Seidón no contestó. Ella escuchaba la respiración lenta y pausada del hombre, cuya presencia, en el silencio, cobraba una intensidad sorprendente, extraña y casi dolorosa. Se acercó más a él y, al poner la cabeza sobre su hombro, oyó los latidos del corazón, como un animal que estuviera zapando en la oscuridad del pecho para salir afuera y saltar sobre ella. Sintió la llovizna cayendo sobre sus piernas desnudas. Levantó el brazo izquierdo y abrió la mano y la cerró, varias veces seguidas, como si quisiera asir los líquidos hilos, y cuando la sintió mojada se la puso sobre el vientre... Cerró los ojos y ofreció su rostro a la lluvia.

-Es tibia -dijo.

Toda ella era sonrisa y espera. Como hierba cuando asoma su verde cara a flor de tierra. Dejaba que los infinitos rayos -121- dulces cantaran en su rostro el final de su caída de la altura y la sombra del cielo, resbalaran por su frente y mejillas y cuello, y bajaran hasta la tierra corriendo en gotas de una espiga a otra. Su cara era como una suave arcilla y su sonrisa crecía en las tinieblas de la noche, mientras todo su cuerpo semejaba roca dormida. La llovizna entraba ahora en su cabellera. Seidón seguía sin moverse.

-También llovizna sobre ti...

Él continuó silencioso. Sí, era mejor que callara: sus palabras no le dejarían oír los latidos de su gigantesco corazón.

De pronto, la lluvia y la noche viva entraron en su cuerpo, como una cálida y apacible posesión total. Agua sobre sus senos, agua sobre su vientre y sus muslos, pájaro de agua en su garganta, toda ella abrazada por la benigna agua cálida de la noche de estío, como un ritual de la creación en las tinieblas que no eran más que la forma de la gran paz del cielo y de la tierra.

-Agua..., agua..., agua..., -repetía, como en sueños.

La mano de él ahora, sobre su cuerpo, también era como agua. Otra agua. Como besos sólidos. Otro nacer, en el que debía extenderse, vasta y pesada, como una montaña eternamente joven. Sin nombre. Montaña-doncella. Montaña-madre. Montaña-eternidad, con regazo de resplandores y los flancos cruzados por el celo de las puras bestias de la medianoche...

Montaña-vida. Y así, atravesada de agua, llena de internos manaderos, esperar el alud de los interminables raudales del sol.

Seidón, arrodillado junto a ella, había dejado de tocarla.

Seguía lloviznando sobre su cuerpo. Abrió un momento los ojos y adivinó en la sombra el rostro de él, inclinado sobre el suyo. Durante un momento, le pareció oír un lejano resonar de cascos. Con las manos cerradas, Doso

extendió en cruz los brazos. De nuevo Seidón, impaciente, tocaba su carne -sintió su aliento en la cara, la anhelante boca sobre sus labios, el abrazo y peso de náufrago y la sirga de fuego en sus entrañas-, mientras la lluvia sólo caía ahora sobre sus dos manos que se iban abriendo...
... Cuando Doso despertó de su corto sueño, él le secaba la cabellera con un manojo de espigas. Ya no llovía. Muy arriba en el cielo, empezaban a apuntar algunas estrellas. Al otro lado del campo segado, croaban las ranas.

-122-

-¿He dormido mucho? -preguntó ella.

-El tiempo que tarda la luna en recorrer una braza de cielo -contestó él, cogiendo con ambas manos el extremo de la cabellera de Doso y retorciéndola-. Pronto saldrá.

-Y vendrá de nuevo el caballo.

-Vendrá.

-Y te irás...

-Contigo.

Doso incorporose, arrancó de la gavilla un largo tallo de espiga y se lo puso en la boca. Preguntó:

-¿Conmigo? ¿A dónde? -volviendo la cabeza hacia él.

-Lejos.

-Lejos es igual que ninguna parte -dijo ella, empezando a hacerse el rodete.

-Quiero tenerte.

-Me has tenido -contestó ella, atándose el rodete con el tallo de espiga.

-Quiero vivir contigo, Doso -dijo Seidón, rodeándole la cintura con un brazo-. Esta noche no ha sido un final, sino un principio.

-No hay final ni principio, Seidón, sino esperas que se van llenando siempre...

-Irás conmigo a las islas -la interrumpió él, con un acento en la voz en el que vibraba ternura y energía a la vez-. Soy poderoso en el mar, soy un hombre de muchas proas y extensas heredades. Aquí eres una extranjera, aunque la gente te quiera y respete. Este país de trigo y de caballos no es tu patria, Doso, porque la verdadera patria no es la tierra del pasado sino la del futuro. Irás conmigo a mi isla más blanca y tranquila, y tendrás en ella tu morada, y sirvientas, y gobernarás en lo tuyo con ademán y mirada...

Doso meneaba la cabeza, entre halagada y desaprobadora, como quien sabe que no puede escoger entre la realidad y lo promisorio. Sonriendo, dijo:

-Esta noche, primero has sido todo silencio; ahora hablas mucho, hablas mucho...

Seidón tomó el rostro de Doso con ambas manos y, mirándola fijamente en los ojos, contestó:

-El deseo tiembla y es mudo; pero el amor es como un ancla que tiene una larga soga de palabras.

-Mar te llamas tú, y yo me llamo tierra.

-123-

-¿Qué quieres decir?

-Soy una mujer estadiza, Seidón; para mí el mar ha sido siempre una visión luminosa o terrible contemplada desde una altura.

-¡Qué importa eso! ¡Irás conmigo a mi isla! ¡A tu isla!

-Tal vez vaya, Seidón -contestó ella, con voz dulce y calmada-. O tal vez tú te quedarás aquí.

-He de zarpar con mi nave dentro de ocho días, Doso. No puedo demorarme más tiempo. ¡Irás conmigo, te digo!

-No grites.

-¿Sabes cuál será la primera cosa que haré mañana por la mañana? Pues ordenar que tu nombre sea pintado en la proa de mi embarcación. O mejor: lo pintaré yo mismo con letras de oro que devolverán sol al sol.

Escúchame. He comprado en esta comarca, para venderlos en un país que se encuentra al otro lado del mar, cincuenta hermosos caballos, y entre ellos está el semental blanco, que me reservo para mí y que dejaré en la isla, en nuestra isla, Doso. Me ha costado en oro lo que debe pesar tu cabellera, pero más aún habría pagado con tal de tenerlo... No, no sigas meneando la cabeza. El mar es siempre bello. Tú no lo conoces. Si no deseas quedarte sola en la isla, me acompañarás en mis viajes. Sabrás que las estrellas no son las mismas, en el mar, y que en las noches de calma su compañía salta de los ojos al corazón. Dormirás a la sombra de la vela y te despertarán las gaviotas de la aurora y el canto de los marineros. Oirás el diálogo de látigos de espuma y escollos, y cuando las aguas cobren el color de las heces del vino, tu paz subirá al reino de la henchida vela...

Calló Seidón durante unos momentos y, de pronto, estalló en ruidosas carcajadas.

-¿Por qué te ríes así? -preguntó ella, molesta.

-Porque de pronto me he acordado de Daimon.

-¿Quién es?

-Un marinero de mi nave. El único de la tripulación que sabe hablar con palabras trenzadas. Se le tiene por un chiflado, pero cuando habla, todos callan para escucharlo. Todo lo que dice es siempre más real que la realidad, y él mismo es el primero en creer en sus hermosas y extrañas palabras. Me ha dado risa pensar que aquí, ahora, a tu lado, me parezco a él, por el modo de hablar. Pero no me importa. Es como si -124- nunca hubiese estado tan despierto... Te lo repito: irás conmigo, Doso. Nada has de temer. Te quedarás en la isla, si no prefieres acompañarme. Procuraré que mis ausencias no sean largas, porque lejos de ti no hay verdadero día ni verdadera noche. O, como diría Daimon: la luz ha perdido sus hilanderas y la sombra devora sus coronas de herrumbre... ¡Y dale con Daimon! Para ti, yo regresaré con milagros: mil jaulas con palomas para tu cielo matinal, miel de los llanos del país de tu infancia, tres jarras llenas de nieve de la cumbre de tu montaña más amada, un delfín de plata con un engarzado sol de coral en el vientre... Daimon tiene una sarta interminable de imágenes para describir el sol. Pero esta noche yo podría competir con él, y lo ganaría. ¡Pienso en los soles que nos esperan, Doso! Veo nuestros soles... Veo el sol como una cuerda púrpura adujada por un grumete soñoliento; como el sangrante ombligo de un dios recién nacido; como un campesino vestido de azul corriendo con un gallo rojo bajo el brazo; como un borracho pelirrojo que se tambalea y cae de cabeza contra el poyo de la noche...

-¡Calla, Seidón! -lo interrumpió de nuevo ella-. Tus palabras no me dejan

pensar en ti -y, volviendo la cabeza hacia el lado de las montañas, añadió:- Mira, ya sale la luna... Deberías marcharte ahora. Quiero estar sola el resto de la noche.

-Está bien, Doso. ¿Hasta...?

-Mañana por la noche te esperaré aquí. A la misma hora. Pero ahora deseo estar sola.

-Sí.

Seidón se introdujo dos dedos en la boca y silbó. Luego dijo:

-No zarparé sin ti.

-Vete tranquilo. Ya hablaremos mañana. Oigo acercarse el caballo.

Seidón se puso de pie en la hacina y volvió a silbar. Durante unos momentos se oyó el ruido del correr del caballo por el bosque y luego su saltante bulto apareció delante de ellos, en el angosto camino entre los rastrojos y los pinos, para volver a desaparecer. Seidón puso su mano derecha sobre la cabeza de Doso, que había permanecido sentada sobre las espigas. La luna rodaba por el cielo estrellado y sin nubes e inundaba la noche con su claridad calcárea.

-125-

-Viene por el bosque -dijo él.

-Sí, tu caballo... -murmuró Doso, levantando los ojos para mirar el rostro del hombre, cuyos enlunados ojos semejabán de nieve.

Ambos esperaron unos minutos, en silencio, inmóviles y rodeados de noche blanca. Bruscamente, presa de sobresalto y alegría a la vez, Doso exclamó:

-¡Míralo! -señalando con la mano hacia la izquierda.

La figura del caballo dejó atrás los últimos árboles y entró dentro de la claridad lunar. Como el sueño blanco de sí mismo, avanzaba sin ruido, hollando la blanca tierra aguanosa con un ritmo sonambúlico. Sus rotundas y vigorosas formas contrastaban con la extraña cualidad flotante de su andadura, y el fondo oscuro de los troncos de los árboles contribuía a hacer resaltar una luminosidad no de destello, sino de un fulgor ligeramente azulenco y titilante, como si fuese amasada luz de luciérnaga, aunque todo debíase a la conjunción del pelo blanco de la bestia y las temblorosas gotas de lluvia que reflejaban el rutilante esplendor del cielo nocturno.

El caballo se paró cabe la hacina, de donde Seidón saltó al punto sobre el animal y se agarró a la crin con una mano, mientras hacía con la otra un ademán de despedida a Doso, que se había levantado y, extasiada, murmuraba para sí: «¡Es un caballo de estrellas!».

(-El caballo pasó ante mis ojos como una visión, montado por el hombre oscuro, por Seidón, que volvió la cabeza para mirar a Doso por última vez, antes de meterse en el bosque. Y ella se quedó de pie en la hacina durante un rato, completamente inmóvil, con la luna ascendiendo frente a ella y todos los astros encima de su cabeza, y luego se tocó el rodete, para ver si todavía estaba húmedo. Yo esperaba que bajase de la hacina a fin de poder marcharme a casa, donde tendría que entrar por la puerta de atrás, sigilosamente, para no ser descubierta tan a deshora y dar lugar a que creyeran cualquier cosa de mí... Pero Doso no bajaba. La oía removerse, y murmurar sola, y ahuecarse entre las espigas, como buscando acomodo para pasar la noche allí... «Esperaré un poquito más todavía -pensé- y me

escurriré para casa; el -126- tiempo de comerme las semillas de girasol que quedan». Y cuando hube terminado todas las semillas, decidí esperar un tantito más, y me mojé con saliva los párpados, para alejar el sueño, y asomé la cabeza para que me diera un poco el aire fresco... Y vi el álamo, al borde del campo, erguido como un Seidón de sombra, que oscilaba dulcemente en la noche, y oí el canto de un mochuelo, y un matorral cercano estaba lleno de feos ruidos, y las formas extrañas de las piedras, en el suelo... Yo entonces era muy miedosa, y se comprende, porque apenas había cumplido quince años, mientras que ahora tengo dieciséis y dos meses, y he aprendido mucho, sobre todo de Doso, y un montón de cosas que antes no comprendía y me asustaban, ahora puedo tranquilamente enfrentarme con ellas... Volviendo a las piedras: una empezó a moverse, de un lado para otro, dando cortas carreritas, algo oscuro y vivo..., una gorda y asquerosa rata. ¡Oh, no sabes qué terror y asco me dan las ratas! Me mordí la mano, para no chillar, y permanecí un buen rato con los ojos cerrados, acurrucada dentro de la gavilla, pensando en el muchacho del cuento que encantaba a las ratas de su pueblo al son de su flauta, y las ratas lo seguían y terminaban por arrojarse al agua y morir ahogadas, porque no podían dejar de obedecer a la dulce música que yo me esforzaba en tocar en una flauta imaginaria -¡tiruti-tut; tiruri!-, soplando sin cesar y moviendo los dedos así... «¡Eh, barbiana! -gritó una voz al final de mi sueño-. ¡Despierta! ¿Has pasado la noche durmiendo aquí? ¡Despierta, que ya amanece!». Era Doso. Cuando abrí los ojos, dejó de sacudirme y, agachándose, me tocó los brazos. «¡Estás helada, criatura! ¡Vamos, sal de ese agujero! Dame la mano...». Medio corriendo por mis propias piernas, medio arrastrada por Doso, que me jalaba de las manos, llegamos al final del campo y nos sentamos sobre una piedra. Salía el sol. Los gallos se devolvían los cantos. Doso me hizo algunas preguntas, y yo estaba avergonzada, porque advertí que ella se dio cuenta en seguida de que yo... bueno..., de que yo había visto que Seidón y ella..., allá en la hacina... «¿Estuviste despierta hasta que llegó el caballo blanco?», me preguntó. Ruborizándome, afirmé con un movimiento de cabeza. No hizo ningún comentario: alzó levemente el hombro derecho y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. «Voy al río -dijo al cabo de unos momentos-. Me gustaría -127- que me acompañaras». Y, sin esperar respuesta, echó a andar, y yo tras ella. Porque sabía lo que me correspondía hacer. Y por eso, durante el camino, me detuve un par de veces para arrancar flores de saúco, sin que ella me lo ordenara. Como te he dicho, sabía muy bien lo que debía hacer. Y lo hice, en cuanto la alcancé en el río, en un lugar de árboles y de agua remansada, con huellas recientes de cascos de caballos en la tierra arenosa. Mientras tanto, Doso se había descalzado y entrado en el agua, medio vuelta hacia mí, iluminada por un ancho rayo de sol que se filtraba entre los troncos. Primero le deshice el rodete, rompiendo el tallo de espigas que la sujetaba, y luego le quité el vestido... ¡Doso tenía un cuerpo de diosa campesina! No sé cómo describirlo...: era una maravillosa cosecha convertida en cuerpo de mujer. Mojé en la corriente un puñado de flores de saúco y empecé a frotar con ellas todo el cuerpo de Doso, que se cubrió pronto de una ligera espuma aceitosa. Lo enjuagué después un par de veces, sin dejar de mirarla, llena de admiración. Doso era como yo deseo ser, o mejor, como desearía llegar a ser un día, con los

años... ¡Tener un cuerpo hermoso y fuerte para la vida! Mirándola, comprendía que en ella la vida era más poderosa que el dolor y el miedo. Aquellos brazos sabían que el amor era el trabajo más profundo, como sus senos afirmaban que la única vergüenza que existe para la mujer es ser seca; y si sus anchas caderas hablaban de fertilidad, su cintura era de doncella... Su rostro resplandecía, y en sus ojos, que de vez en cuando se volvían hacia mí, había una infinita serenidad y dulzura; pero en su boca la decisión iba madurando... Sosteniendo su vestido con las manos, bañado de sol, esperé que Doso saliera del agua...

-¿Volvió a la hacina Doso aquella noche? -preguntó Ulises.

-¿Por qué sonrías?

-¿Volvió?

-No...)

Al mediodía, Doso subió hasta la cumbre de la colina batida por el sol y por el viento que soplaba de las montañas. Como solía hacer en los últimos tiempos, se sentó en una pelada roca y dejó vagar sus pensamientos. A lo lejos, más allá de la mancha oscura de las dehesas, se columbraba el mar, la lontananza azul que nunca la había atraído. En alguna cala tranquila de la costa, invisible desde allí, debía estar anclada una nave que, desde aquella mañana, llevaba su nombre pintado en la proa... En letras del color del trigo. Su color. La embarcación esperaría ocho días... Los cincuenta caballos que Seidón había comprado serían embarcados seguramente la víspera de la partida; pero lo cierto es que a ella no se la vería nunca a bordo, aunque Seidón estuviera seguro de lo contrario. Como todos los hombres, no había entendido nada de ella: respondió a la gran llamada profunda y misteriosa, se sumió en el caos, temblor y maravilla de una hora de amor, y surgió de ella tal como había entrado: ciego y elemental, niño y tirano, como el rey desnudo de un sueño que nunca sería realidad. Ni siquiera duró tanto como la humedad de su rodete... El iluso había soñado en llevarse cincuenta caballos y una mujer. Por lo que se refería a los caballos, los tenía, con su oro los había comprado y podía hacer con ellos lo que se le antojara; a ella le importaba poco el asunto. Aunque, a decir verdad, le dolía que hubiese mercado el caballo blanco, el más hermoso de todos, la alegría de sus ojos en aquel país. Seidón, sin sospecharlo -como ignoraba tantas otras cosas-, se llevaba un símbolo...

Levantó los ojos para mirar el cielo. Un halcón. Círculo de acecho que se quiebra en vertiginosa caída. ¿Quién era, en verdad, la presa? ¿Lo que atrae desde abajo o bien el señero y alado esclavo de su propia vigilancia? ¡Oh el halcón del deseo y la tierra que permanece! ¡Oh el río que eternamente pasa y las inmutables orillas! El halcón del cielo sólo la fascinaba un momento; sus ojos se cansaban pronto de contemplar las evoluciones del ave en la altura, y volvía a las imágenes acostumbradas de la tierra. Instintivamente, sentía el cielo y el mar como dos absolutos hostiles a su ser. En cambio, allá abajo, hacia donde su mirada ahora vagaba de nuevo, estaba lo inmediato y concreto, lo que conocía y vivía: árboles y senderos, piedras y rostros y humaredas, nombres, palabras y gritos, animales y nidos, días y noches, todo el mundo de sus sentidos y de sus pensamientos, las inagotables sorpresas de la realidad...

Buscó con los ojos. Allá estaba el campo, intacto y empequeñecido por la

distancia, asediado en su insignificancia por la extensión de lo circundante, y sin embargo magnificado -129- también por el recuerdo -la hacina, semejante a un altar solitario, y las gavillas en torno, como arrodilladas vírgenes de sueltas cabelleras. La suya se le soltó antes de la llegada de Seidón...

Se volvió para mirar la montaña que se levantaba a sus espaldas, en la lejanía, como una mujer grávida durmiendo al sol. Las mujeres-montañas acariciadas por manos de lluvias, poseídas por ráfagas... Como ella. Porque no otra cosa que una ráfaga fue para ella Seidón. El odiado mar. Nunca tendría ella recuerdos del mar, ni de ninguna isla... Ella, Doso, no podía compartir porque era la dadora desde cuya profunda soledad sonreía el futuro. Sola, ingente y total. Eso era ella. ¡Oh las savias, las leches, el fuego y las auroras! Pero... ¿en qué estaba pensando? Lanzó una última y rápida mirada al cielo. El halcón había desaparecido. Era tiempo de descender. Y de huir del mar...

Poco después, al doblar un recodo del camino, vio al niño boyero inclinado contra el tronco de un árbol, que la miraba sonriendo. Se detuvo y gritó:

-¡Eh, zagal! ¡Ven!

(-Ella me esperaba bajo el árbol, adonde corrí acompañada por el pequeño yuntero de vivarachos ojos, que se marchó en seguida con sus bueyes, a una seña de Doso. Esperé que hablara, lo que hizo con su voz lenta y grave, aquella voz que tenía algo del ritmo, balanceo y seguridad de su modo de caminar. Comenzó diciendo: «He de salir para la montaña dentro de una hora. Necesito una cabalgadura, y quiero que sea precisamente la Dorada, ¿comprendes? No te preocupes por los arreos; puedo montar a pelo, en una carrera de sólo cuatro o cinco horas. Me esperas en el vado de las Águilas... Ya sabes dónde está. Tendrás que darte prisa». Al ver que yo no me movía preguntó: «¿Qué pasa, Calixta?». Y yo entonces le dije que había llegado un hombre que la buscaba para darle noticias de su hija Cora. Un hombre que había venido del País Alto y sólo estaría unas horas en el pueblo. «No puedo perder tiempo -contestó ella-. Lo que ahora importa es que dentro de una hora estés en el vado con la Dorada...». Y luego añadió que estaría ausente ocho o nueve días, hasta que hubiese zarpado la nave de Seidón, quien seguramente la buscaría -130- empeñosamente. En la montaña viviría y sería protegida por los hombres que calzan abarcas doradas, así dijo, los pastores y leñadores...

-¿Y Seidón? -preguntó Ulises-. Supongo que...

-Espera, hombre; no seas tan impaciente. Cada cosa a su vez. Hay que ir por orden. Así, pues, cuando llegué al vado con la Dorada, ella ya se encontraba allí esperándome. Mientras se ataba un pañuelo en torno a la cabeza, me dijo: «La yegua será devuelta mañana, sin falta... Y ahora escucha, Calixta, hija. Cuando Seidón haya partido en su nave, encenderás dos hogueras en este mismo lugar, una en cada orilla. Será la señal de que puedo regresar». Y, ya montada en la yegua, con la falda subida hasta la mitad de sus morenos muslos, añadió: «Ni me has visto ni sabes nada de mí ¿eh? ¡Adiós!». Poco después había cruzado el río, entre grandes salpicaduras, y se perdía en la otra orilla.

-¿Y Seidón?

-¡Ahora sí! Ha llegado su turno, ¡maldito sea! Cuando se presentó ante la puerta de la casa de mi padre, al día siguiente por la tarde, montado en

su caballo blanco, del que no se apeó, ya había estado preguntando aquí y allá, inútilmente. Ni mi padre ni nadie de nuestra gente sabían una palabra de Doso, ni daban importancia a su ausencia. No era raro que Doso anduviera por el campo sola durante algunos días, y nadie se mostraba inquieto a causa de ello, explicó mi padre a Seidón, con toda naturalidad; pero éste, enfurecido de pronto, lo interrumpió y preguntó por mí, pues se había enterado de que yo había estado con Doso la víspera. Salí de casa, temblando, y contesté a sus preguntas con balbuceos y encogimientos de hombros. Sus astutos ojos azules no se apartaban de los míos, mientras yo hablaba, hasta que me cortó la palabra con un denuesto, hizo caracolear su caballo y, amenazando con el puño, se alejó como un rayo. Pasó otro día. Supimos que Seidón y sus hombres, todos a caballo, recorrían la comarca de un extremo a otro, como una furia desencadenada, buscando a la fugitiva... ¡Ah, se me olvidaba! La Dorada regresó: la vi paciendo tranquilamente en el prado, cuando yo volvía de la fuente con el cántaro. Pero no llegué a casa: Seidón me atajó en medio del camino y, blandiendo el látigo, me gritó: «¡Ayer leí en tus ojos la mentira, mala pécora! Si alguien sabe algo de Doso eres tú. No menees la cabeza, que de nada te va a servir continuar negando. ¿Dónde se oculta Doso? ¡No te soltaré hasta que hayas hablado!». Entonces decidí no abrir más la boca. ¿Qué otra cosa podía yo hacer? Seidón se apeó del caballo de un salto y, tocándome la cara con el látigo mientras hablaba, prosiguió: «Si no hablas te voy a dar con esto hasta sacarte el alma. ¡Vamos, desembucha! Tú estuviste con ella la tarde de su huida. Te vieron con la Dorada por el lado del río, lo sé muy bien. ¡Habla, por todos los rayos del cielo! No pongas esa cara de mema... Escúchame: sé que quieres a Doso y que no le deseas ningún daño. Nada tengo que objetar a eso. Yo también la quiero ¿sabes? Y me interesa dar con ella para saber por qué ha huido de mí. No lo entiendo, después de... Si ella decide no irse conmigo, respetaré su voluntad, zarparé sin ella... Pero he de saber por qué ha huido de mí, ¿comprendes? ¡Por lo menos eso! Es la primera mujer que me ha hecho una cosa semejante; pero te juro que le voy a dar una lección que no olvidará en toda su vida..., si la encuentro. ¡Y la encontraré aunque tenga que revolver cielo y tierra! ¡Y a rastras la llevaré a bordo! La agarraré por los cabellos y... Sí, por los cabellos, por su larga... y... hermosa... cabellera... y... Bueno, ¿hablarás de una vez? No me apures la paciencia, ¿oyes, mocosa del demonio?». Yo seguía callando. Él prosiguió, fuera de sí: «Mira, no quiero perder más tiempo contigo: o hablas ya, sin más, y, para que veas que no soy tan malo como eso, te regalo esta monedita de oro, o bien, si sigues en tu empecinado callar, te entrego a mis hombres para que se diviertan contigo, ¿entiendes?». Meneé la cabeza, negando.

-¿Por qué no le decías que Doso se había marchado a la montaña? -preguntó Ulises.

-¡De gran cosa hubiera servido! Hubiera sido como no decirle nada. Para escudriñar toda la montaña se necesitan meses, y Seidón sólo disponía de unos pocos días. Además, se le había metido en la cabeza que estaba en algún lugar del llano... Por otra parte, yo cumplía la orden de Doso: no soltar una palabra a nadie. Entonces, Seidón, al ver que no sacaba nada de mí, me cogió brutalmente por la cintura y me tiró sobre su caballo blanco y montó de un salto detrás de mí... Cabalgué así con él durante dos días y

dos noches, casi sin descansar ni dormir. Recorrimos la llanura de norte a sur y de este a oeste, en el viento, la lluvia y el sol, deteniéndonos -132- en todas las chozas y casas que encontrábamos, preguntando él a todo el mundo por Doso, con amenazas, o astucia, o promesas, tenaz y enfurecido..., y yo desmadejada, muerta de cansancio y de sueño..., mezclándose todo en mi cabeza...: ladridos de perros, un bulto de mujer con una linterna, relinchos y voces airadas, el chirrido de la polea de un pozo y la canción de los grillos, nubes blancas que giraban, la montaña lejana que semejaba el rostro de Doso... ¡Y callada! Luego me desperté rodeada de una oscuridad que oscilaba..., y vi luz de sol filtrándose por las rendijas de unas tablas, sobre mi cabeza, y una suave voz dijo: «Soy Daimon...». Bebí agua de un cuenco y comí un mendrugo de pan... Y dormí..., y de nuevo desperté, y por la escotilla abierta entraba el sol a raudales y se veía un pedazo de cielo azul... Y, después, por la abertura de la escotilla, empezó a descender una forma oscura atada a unas sogas..., una sombra ventruda que se movía con el balanceo de la nave, y sólo recuerdo que grité de terror al oír el relincho encima de mí...

-Los caballos de Seidón -dijo Ulises.

-Sí... Seguramente fui izada a cubierta con una de las sogas de los caballos. Creo que fue Daimon quien me sacó, desvanecida, de la bodega de la nave. Me despertó una sensación de frío en la cara, y luego algo que ardía en mi garganta me hizo abrir los ojos. «Bebe un poco más...», dijo a mi oído la voz de Seidón, y un instante después vi su rostro, casi rozando el mío, enorme... Volví la cabeza a un lado, y, más allá de la borda, el gran mar en calma, azul y dormido... «Nada temas -dijo la voz, lenta y triste-. Daimon te llevará a tierra cuando quieras...». Balbuceé la pregunta: «¿Está Doso a bordo?». La voz contestó: «No -y añadió, tras una pausa-: Perdóname, Calixta, pequeña...». Abajo, en la bodega de la nave, se oyó un relincho. Volví a preguntar: «¿Está abajo el caballo blanco?». Seidón contestó: «No, hija...». Entonces levanté los ojos y los fijé en los suyos, tan serenos y tranquilos como el mar, y sonreí... Daimon me dejó aquella tarde en la playa.

-¿Te gusta el mar, Calixta? -preguntó Ulises.

-No -contestó la muchacha, sin vacilar-. ¿Y a ti?

-Prefiero la tierra. El mar es otro canto...

-No te entiendo.

-No importa.

-Si tú lo dices... Bueno, el caso es que Daimon me dejó en -133- la playa. Como en la barca me había dicho que la nave zarparía antes de la puesta del sol, porque así lo había dispuesto Seidón, decidí esperar en la misma playa, sentada en una arruinada embarcación que estaba con la quilla al aire en la arena, cerca del agua. A poco vi levar el ancla e izar las velas, entre los gritos de los marineros. Cuando la nave empezó a moverse, los caballos se pusieron a relinchar, asustados, y oí sus angustiosos relinchos durante un buen rato, cada vez más débiles, mientras la nave se adentraba en el mar, a todo trapo, y una hora después se perdía en el horizonte del atardecer, que brillaba como un ascua...

Calixta calló. Con la puntiaguda ramita de pino practicó otro agujero en el trozo de corteza, se cubrió con él el rostro, como si fuera una máscara, y soltó una extraña risita. Después, ladeando la cabeza, preguntó

a Ulises en voz baja:

-¿Oyes?

-Sí, desde hace rato. Trota por el prado. A veces lo sueltan al atardecer

-contestó Ulises.

Calixta dejó la máscara sobre la hierba y se alisó el pelo con una mano.

-Di la moneda de oro al niño yuntero -dijo.

-¿Se la birlaste a Seidón?

-No; me la dio él mismo. Me la puso en la mano poco antes que abandonara la nave. ¡Qué hombre más raro es! Con el niño yuntero me topé cerca del vado, y me ayudó a juntar leña para las dos hogueras. Prendimos el fuego a la vez, él en una orilla y yo en la otra, cuando nacían en el cielo las primeras estrellas. ¡La señal de regreso para Doso! Me la imaginaba allá en la oscura montaña, escrutando la llanura, y veía en su rostro nocturno el final de la espera, su boca entreabierta por una sonrisa de triunfo y a la vez de tristeza, y las dos pequeñas golondrinas rojas de mis hogueras brillando en sus pupilas.

Calixta volvió a callar. El ruido de los cascos del caballo se mezclaban ahora con el rítmico sonido del hacha de alguien que talaba un árbol en el bosque cercano.

-¿Te conoce? -preguntó de súbito la muchacha, tendiéndose sobre la hierba.

-¿Quién?

-El caballo blanco.

-Lo he montado algunas veces.

-134-

-¡Vaya! No lo sabía.

-¿Cuándo regresó Doso?

-Dos días después. Pudo ayudar todavía en la trilla. Vivió entre nosotros unos meses más. Se marchó en invierno, en diciembre, y sólo se despidió de mí. Porque llegó realmente a quererme, siempre a su ruda manera, hay que decirlo. En las faenas del campo formábamos siempre pareja y la acompañaba por todas partes. Por la noche, pasaba yo horas enteras en su estancia, y me embabiecaba escuchándola hablar. Pero tenía sus días raros, en que ni siquiera abría la boca, ensimismada, como escudriñándose el alma. Ni una sola vez mencionó a Seidón. Estoy segura de que ya lo había olvidado completamente. A las pocas semanas de su regreso, noté algunos cambios en Doso, en su carácter y hasta en su cuerpo. Sus ojos tenían una mirada más ancha y al mismo tiempo un no sé qué de vago y dulce, como si miraran más hacia adentro que hacia fuera; en su indumentaria y persona, advertíase cierto desaliño y despreocupación, que sin embargo no llegó nunca, ni mucho menos, a la dejadez, eso no; en cambio, ponía más cuidado y atención en lo que comía y menos ímpetu en el trabajo. A últimos de otoño desapareció durante diez días, porque quería estar sola, me dijo cuando regresó, al contestar a mis insistentes preguntas. Volvió a desaparecer en diciembre, y a poco de haber vuelto me anunció que había decidido marcharse por largo tiempo, y que partiría aquella misma noche. «Espera que cambie el tiempo -le dije, con un nudo de congoja en la garganta-. Sopla un fuerte viento y esta tarde ha llovido». Meneando la cabeza, como si acabara de escuchar un despropósito, me contestó: «Quien con viento y lluvia vino, con lluvia y viento puede partir. No llores...». No lloré. La voluntad de Doso era ley para mí, mandaba en algo muy profundo de mi ser,

no en una debilidad que accedía, sino en una fuerza que deseaba ser confirmada, ¿comprendes? Cuando hubo cerrado la noche, Doso se me acercó con una gruesa tea y me dijo. «Espérame en la encrucijada de arriba. Estaré allí dentro de media hora. Quiero que seas tú, Calixta, quien prenda en aquel lugar el fuego de mi viaje». Y salió. Poco después salía yo, a la noche y al viento, con una pequeña linterna y la tea apagada. Los dos perros, que andaban sueltos, como la noche en que llegó Doso, corrieron hacia mi sombra, ladrando furiosamente, pero callaron en seguida. El viento parecía también el mismo -135- de aquella otra noche, y me parecía ver la misma luna, y oír el mismo traqueteo lejano del carro... Sólo yo no era la misma. Doso me había cambiado; la consideraba como una madre de mi futuro. Con ella habían llegado sueños, habían llegado sueños con los brazos alzados y que sabían muchas cosas, pero ignoraban a dónde dirigirse, hasta que Doso me enseñó a acercarme a ellos con el pájaro de la alegría de la vida y a abrazarlos con las realidades de la tierra. En cuanto llegué a la encrucijada, me arrodillé en la hierba, entre la tea y la linterna, a un lado del sendero que ascendía, y esperé. El viento seguía soplando, se arrastraba por la tierra como una bestia sombría asustada de las estrellas. Doso no tardó en llegar. «¿Volverás alguna vez?», le pregunté, sin atreverme a levantar los ojos del suelo. Su mano me rozó una mejilla, en suave caricia. «Mientras tú quedas, no me habré ido -dijo-. Siempre vuelvo, Calixta...». Conmovida, besé la fimbria de su vestido y tuve que contenerme para no abrazarme a sus piernas. «Ahora prende la tea; moja el extremo con un poco de aceite de la linterna...», dijo. Así lo hice. La llama mordió en seguida la madera resinosa, y creció, chisporroteando, y luego se abrió bruscamente como una grande y viva flor roja... Sin levantarme del suelo, cogí la tea con las dos manos y, muy lentamente, comencé a alzarla. «Tu fuego...», murmuré.

Calixta se interrumpió de súbito. Ulises contempló a la muchacha acostada sobre la hierba, el hermoso cuerpo que empezaba a ser invadido por las primeras sombras de la noche. No se oía el trotar del caballo en el prado. «Algo resucita o nace de ella», pensó Ulises, cerrando los ojos. Cuando los abrió de nuevo, Calixta estaba arrodillada delante de él, con el rostro oculto tras la máscara de corteza, que sostenía con la mano derecha...

-¿Por qué te cubres el rostro?

-Tal vez para que no me veas llorar -contestó ella, con voz temblorosa.

-Termina.

Honda y lejana, la voz de la muchacha dijo:

-... «Tu fuego...», repetí, mirando la llama que brillaba, erguida y retorciéndose, cerca del cuerpo inmóvil de Doso. Y entonces, mientras yo iba alzando la tea encendida, en el mismo instante, una ráfaga hizo ladear a la vez la llama y pegó al cuerpo de Doso la holgada saya, y mis ojos vieron..., -136- mis ojos vieron lo que el viento hacía manifiesto y la llama iluminaba, entonces vi el bulto del vientre que encerraba una gravidez de seis meses... Y alcé un poco más la tea, con brazos temblorosos, y Doso la tomó y echó a andar rápidamente por el sendero; mas a los pocos pasos se detuvo y volvió el rostro para mirarme, al tiempo que describía un círculo por encima de su cabeza con la tea encendida... La

figura de Doso se fue alejando cuesta arriba, envuelta en viento y en sombra, y durante un largo rato la llama semejó un pájaro de fuego posado en su hombro derecho...; luego, cuando ya no distinguí la forma de su figura, mis ojos siguieron fijos en la llama que iba ascendiendo sola por el collado, se convertía en una lengua ardiente, en una baya roja, en una gota de sangre, en un punto cada vez más pequeño que terminó por desaparecer..., y sólo quedaron la noche, el viento, los ladridos lejanos de los perros y el palpitar de mi corazón...

Se oía el trotar del caballo y la luna asomó por encima de los árboles. Fascinado, Ulises tenía los ojos fijos en la máscara de corteza que brillaba como si fuese de hielo y desde cuyos huecos negros los ojos invisibles de Calixta lo miraban. Estremeciéndose, casi sin darse cuenta de lo que hacía, golpeó ligeramente el brazo de la muchacha, y la máscara se apartó de su rostro. Ahora Ulises vio los ojos, aún brillantes de lágrimas, y la boca abierta como en muda risa.

El caballo relinchó.

Calixta se acercó más a Ulises, le colocó la máscara sobre el rostro y arrimó su cuerpo al del hombre.

-¿Por qué no llamas al caballo? -oyó Ulises que la muchacha le murmuraba al oído.

No contestó. Miraba los ojos de Calixta que se acercaban a los suyos, escrutadores, y sintió en su pecho el contacto de uno de los firmes senos de la muchacha. Los ojos de Calixta estaban ahora tan cerca de los suyos que casi se tocaban...

-¿Por qué no lo llamas?

De pronto la mano de la muchacha soltó el trozo de corteza, pero ésta no cayó, porque su boca oprimía con fuerza la parte inferior de la máscara que cubría los labios de Ulises...

De nuevo la voz de ella, queda:

-Ahora te dejo...

-137-

Él preguntó:

-¿A dónde vas, Calixta?

La muchacha soltó una risita que sonó en los oídos de Ulises como un relincho en sordina.

-¿A dónde...?

Ella dejó de reír y dijo:

-A la hacina -soltando la máscara y echando a correr.

Ulises levantose y permaneció largo rato mirando en la dirección en que había desaparecido Calixta. Sobre la hierba, la máscara parecía tener fijos en él sus vacíos ojos de sombra. Cubriéndola con el pie, silbó al caballo, el cual apareció a poco, gigantesco en su estelar blancura.

Ulises se agarró a la larga crin con la mano izquierda, dudó unos instantes, y, de súbito, brincó sobre el caballo, que se encabritó relinchando...)

- III -

-[140]- -141-

Nausica

-142-

O por ventura es un dios que, accediendo a sus repetidas instancias, descendió del cielo y lo tendrá consigo todos los días. Tanto mejor si ella fue a buscar marido en otra parte y menosprecia al pueblo de los feacios, en el cual la pretenden muchos e ilustres varones.

-143-

(Acababa de salir el sol. Al principio, apareció como la cabeza de encendida sorpresa de alguien que hubiera estado tras el horizonte marino pugnando por asomarse, escalando la muralla poco a poco para llegar a lo alto en el momento en que se extinguía el último vestigio de sombra, así en el mar como en la tierra. El sol contempló a la nube blanca que se cernía adormilada y, súbitamente, un círculo de flores rojas, un cerco de pura incandescencia, ciñó a la nube como a una gavilla inmensa. Las olas, hasta entonces planas y grises, empezaron a henchirse y a corretear vestidas de oro pálido y coronadas de blancura, y entre ola y ola, en los surcos remolineantes, el agua se teñía ya de coloraciones violadas, ya de franjas amarillas que se alargaban hasta rozar los flancos de las oleadas, cada vez más vertiginosas, adhiriéndoseles como plumas efímeras. De pronto, una ola cedió rendida, la espuma cimera permaneció en suspenso unos instantes y vagó convertida en velo de polvillo rosado. Pero la ola, sólo en apariencia vencida, se enardeció de nuevo, espoleada por la cercanía de la costa; se precipitó contra el cantil cubriéndolo con su última transparencia y dejó en la boca de las hendiduras la risa trémula de su espuma...)

NAUSICIA.- ¡Ah el sueño en la hondura de las cuevas de mi ser!

HERMANA 1ª.- Veo la luz como guirnaldas que suben y bajan y oscilan.

HERMANA 2ª.- Veo un escarabajo negro, inmóvil, en la blanca pared del jardín.

LA MADRE CIEGA.- El mar llega hasta mí como el aroma de un bosque de sal. Y Nausica calla, calla como un árbol cargado de frutos,

durante la noche.

-144-

HERMANA 1ª.- Un rayo de sol atraviesa la jarra de agua que está sobre la mesa, y su reflejo lanza sobre la cabellera de Nausica un pez de cielo.

HERMANA 2ª.- Ahora el escarabajo se ha caído de la pared y semeja, sobre la arena, un hueso de albaricoque.

LA MADRE CIEGA.- Escucho el rumor del mar. Pero más claro oigo el silencio de Nausica.

NAUSICA.- Al principio, cuando recordaba el sueño, lo percibía como una voz desconocida cuyo acento me anunciaba felicidad. Desde la abierta ventana veía la luz matinal que agobiaba el verdor de las acacias y, más lejos, más allá de las azoteas, se erguían los mástiles de las naves, los palos donde parecía mecerse el más puro gozo del día. Chirrió la puerta del jardín y oí hablar a mis hermanas, mientras cortaban rosas. Hubiera querido poder apresar la única gaviota que volaba sobre el puerto y posarla sobre mi hombro. Presentía que en mí había nacido un misterio que no podía confiar a nadie.

HERMANA 1ª.- El día es ya como una barca llena de manzanas maduras.

HERMANA 2ª.- Ha pasado una golondrina y se ha estremecido una rama del almendro.

LA MADRE CIEGA.- Nausica está muy callada.

NAUSICA.- Mientras me peinaba, sola en mi estancia, reviví las imágenes de mi sueño... Era de noche y yo andaba por las calles del pueblo desierto llevando a la cabeza un cántaro rojo. No era ese pueblo el nuestro, sino algún otro que se le parecía, y eran verdes las puertas de todas las casas, menos la nuestra, que tenía el mismo color del cántaro que yo llevaba. A pesar de los remolinos del viento, no temía que el cántaro se me cayera, pero en cambio me sentía presa de un desfallecimiento que me doblegaba las piernas a cada nuevo paso que daba. Y las puertas cerradas de las casas me llenaban de pavor, y extrañas sombras de hojas caían sobre mi espalda, como manos... Al abrir los ojos, que el miedo me tenía cerrados, vi a mis pies una granada, una paloma y un ramo de azahar. Con la granada en una mano y en la otra los azahares, salí del pueblo, guiada por la paloma. Ya estaba el día avanzado y me hallaba al pie de una montaña muy alta de nevada cima. La paloma había desaparecido y yo había perdido la granada al atravesar un -145- río. Con el ramo hice una corona y me la ceñí. Entonces se me acercó un árbol y me murmuró algo que no pude entender. Después vinieron

una estrella, un animal del bosque y una canción. Tampoco pude comprender sus palabras y me dormí profundamente. Al despertar, dentro del sueño, corrí hacia mi casa. Todas las puertas estaban abiertas, menos la de mi estancia, donde vi a la canción que estaba colgando la corona de azahar. Al oírme, la canción se volvió hacia mí y me habló. Por eso, más tarde, fueron inútiles las preguntas de mis hermanas:

-Nausica, ¿qué has soñado esta noche?

-Nada, hermana.

-Entonces, ¿por qué tienes los ojos tan brillantes?

-Quizá se me han puesto así de tanto mirar los dorados palos de las naves.

-¿Por qué sonríes y te miras a menudo las manos?

-Quizás porque el aire me pone anillos en los dedos.

-¿Por qué no nos preguntas hoy lo que hemos soñado?

-Hermanas, ¿no habéis cortado ya bastantes rosas?

Todo había cambiado. Nunca, como en aquella mañana, había tenido el mundo una faz tan clara. Todo había cambiado. Parecía que los sonidos calzasen espuelas de cristal. Una fruta, sobre la mesa, se me aparecía como una islilla de color. La canción de las sirvientas volaba como una saeta de amapolas. En la hoja del cuchillo se copiaba un fragmento del día radiante. En el patio, la verde rueda del carro semejaba una flor monstruosa. Yo lo miraba todo y de todo recibía la misma respuesta, todo me confirmaba el mensaje del sueño: se acercaban mis bodas.

-Debiéramos ir a lavar la ropa -dije a mi madre.

-Hoy no es el día señalado, Nausica.

-¡Pero si ya tenemos cinco canastos llenos!

-Hoy no es el día, Nausica.

-Madre, en el patio está dispuesto el carro.

-Vuestro padre advirtió que lo necesitaría por la tarde.

-Hace un sol ardiente, madre; al mediodía ya estaríamos de regreso.

Y podrían venir mis hermanas y las sirvientas.

Al pasar el carro con las cinco doncellas, la gente se detenía y las miraba. Las hermanas y las dos sirvientas iban sentadas atrás; yo llevaba las riendas, y a mi lado venía mi madre, que a todo trance había querido acompañarnos. -146- Pero ese día, no me interesaba la plática de mis hermanas, ni las largas crines del caballo, de un negro azulado, ni las vides de pámpanos brillantes, que bordeaban ambas orillas del camino, ni el vuelo de los halcones... Sólo pensaba en mí misma, y sentía deseos de llegar en seguida. Cerrando los ojos, respiré ávidamente el tibio perfume de los retamares, y repetí las palabras de la canción del sueño, y volví a ver la corona de azahares colgada a la puerta de mi estancia... La madre quedó en el carro, protegida por la sombra del pinar, y tomando cada una de nosotras un canasto, nos dirigimos al umbroso lavadero. Cuando la ropa estuvo ya lavada y puesta a secar en las cuerdas o extendida sobre las aliagas, buscamos un remanso al abrigo de las rocas donde bañarnos. Al ver mi cuerpo reflejado en las soleadas aguas -un rayo de sol iluminaba en la hondura una piedra, las hojas parecían

pupilas al acecho-, el significado de mi sueño me encendió en sonrojos, y antes que alguien lo advirtiera, me sumergí. Al emerger, la luz del día me envolvió como una red dorada y tibia a través de la cual veía el río, los árboles y el cielo en completa quietud adormecida. El zumbir de mis oídos convertía en distante la canción de mis compañeras; fui acercándome despacio, precedida por amplios círculos huidizos, con las manos colmadas de espuma. Y ahora, el mundo era azul, como la alegría que brotaba a borbotones de mi alma, fundiéndose en la melodía que mis hermanas y las sirvientas entonaban, mientras sobre nosotras, inclinado al borde de una roca, un árbol añoso de retorcido ramaje parecía esperar. Salimos del baño y empezamos a enjugarnos unas a otras las despeinadas cabelleras. De pronto apareció él, y todas huyeron, lanzando gritos. Sólo yo me quedé...

HERMANA 1ª.- La polea del pozo rechina como un animal herido.

HERMANA 2ª.- El sol es como un botón encendido de una inmensa rueda azul.

LA MADRE CIEGA.- ¡Ah, Nausica!

NAUSICAS.- ... ante él, llena de sorpresa y de calma. Cubría a medias su desnudez con una hojosa rama, y de él se desprendía un aire de fuerza y de reposada nobleza, un acusado perfil de vigor y de gracia. Sus brazos y su espalda estaban cubiertos de arenilla salobre y, entremezcladas con sus negros -147- cabellos, lucían briznas de maleza. Lo había despertado un grito de alguna de nosotras... Y yo, ¿quién era? Yo era Nausica, vivía en el pueblo vecino y, por allí cerca, estaba nuestro carro, aguardándonos para regresar con la ropa lavada. Él era un extranjero, no sólo en la comarca, sino en el país. Y habló. Habló de una tempestad y de un mundo lejano. Y sonreía. Y sembraba que la luz descendiera sobre su cara con una dulzura desconocida, como si el día, con su claridad, aquel día y aquella claridad, hubieran estado esperándolo desde siempre para ungirlo, y como si él, a un tiempo, lo ignorase y lo supiese. La vestidura de uno de mis hermanos, que yo le fui a buscar, acentuaba su aspecto de extranjero. Iba de pie en el carro y el sol del mediodía caía vertical sobre su cabeza, como si sólo perteneciera a él, y su silencio, poco a poco, creó nuestro silencio. Y en la hondura de mi ser sentía que aquel paisaje, que ante su mirar profundo era sólo un desfile fugitivo, se adentraba en mí grávido de vida perenne, porque yo estaba penetrada de su presencia. ¡Extraño y conocido a la vez! Pero una parte de él, algo tumultuoso y terrible, parecía esconderse, ocultarse como la savia secreta de un destino que lo dominaba implacablemente. Yo podía leerlo en su frente y en su boca de labios apretados por la fuerza de sus pensamientos. Pero no; no era un extraño. Extraños eran los otros. Todo me era extraño, excepto él. Sólo él se asemejaba a sí mismo, y quizás por eso me parecía tan invulnerable y luminoso en

ese renacer de mi corazón... Hallado y, a la vez perdido. La canción del sueño me rodó por el alma con un crujir de hojas secas. De pronto, sentí en mí las raíces de la más áspera soledad... El techo de mi casa lo guareció durante unos días, y él habló de nuevo ante todos. Sus palabras eran la confirmación del rictus que su boca no perdía nunca. Yo adivinaba que cualquier techo le pesaba demasiado: era un hombre de astro único y de viento diverso. Y sentí el crepitar de su vida: negras llamas, un galope vertiginoso entre flores, un mundo de martillos enrojecidos por extrañas alboradas, un canto fraternal... ¿Qué poder tenía yo, envuelta en velos? ¿Qué podía yo contra un mundo encadenado de armadas tinieblas, de fuerza tenaz y trepadora que escalaba hacia la cima de una vasta canción? ¿Cuál sería mi poder si sólo contaba con mi -148- blancura? Todos lo escuchaban, pero yo sola sabía verlo como un invicto; yo era la única en saber que él sólo vivía para forzar el futuro. Su ley quería ignorar la paz y el orden que medran entre áncoras, humaredas y aleros con nidos...

HERMANA 1ª.- Como una virgen entre guerreros brilla la luna entre los árboles.

NAUSICA.- Después... He visto la proa bermeja de su nave y las velas henchidas. Y, desde aquel balcón, mi anhelo de brazos largos miraba... La tarde embriagada de jazmines me trajo el canto de los marineros. Las velas, como el albo corazón del adiós, me llenaban de inquietud... Y la proa... ¡Oh, se volvía más y más roja! Y era hoy. Solamente la tristeza es pasado... No más canción. Cae la noche. La canción es otra... Vendrán las lágrimas y aprenderé a vivir el secreto de las noches... ¡Ah, las estrellas azules! Sobre mi frente pesa la sombra de un gran pájaro... Como aquella flor que se me cayó al pozo, así es la soledad... Y él...

LA MADRE CIEGA.- Tengo frías las manos. Es la noche...

HERMANA 2ª.- Voy a encender un candil.

NAUSICA.- (Gritando.) ¡No! ¡No lo enciendas! ¡No lo enciendas todavía!

(La escena se ha ido oscureciendo poco a poco. Fuera se oye una canción de marineros, que se va apagando lentamente. Las cuatro figuras han quedado inmóviles, escuchando. En seguida, lejana, pero clara, se oye la voz de ULISES.)

LA VOZ DE ULISES.- ¡Deprisa! ¡Las drizas! ¡El viento ahueca la vela! ¡Soltad los remos! ¡Euri, a la cofa! ¡Aferrad de una vez el

ancla! (Después de una pausa.) ¿De qué me hablas, Euríloco? ¿Eh?
Sí, es posible... sí. Recuerdo que era la única de las tres que no
reía. Pero ¿cómo se llamaba...?

-149-

La canción de Nausica

-150- ¡Ojalá tal varón pudiera llamársele mi marido, viviendo
acá...!

-151-

Del gran recuerdo de Ulises
soy la esposa de blancor:
llanto de sal volandera
y mocador.

A un adiós vivo enzarzada,
el corazón sube al gesto.
¿Dónde volver la mirada
tan llena de Este?

¡Ay, qué áspera primavera
súbitamente ha estallado
en mi larga cabellera
de soledades!

De mi vida envuelta en velos
noche tras noche me evado
y subo al Carro celeste
de los siete astros,

en donde, horra de esperanza,
tiendo en todo el firmamento
el lienzo de mi añoranza
que tejió el viento.

¡Ay, cuántas sombras de abrazos
me esperan en mi rincón!
Con tintines de arracadas
digo que no.

-152-

La fiebre, cual liquen rojo,
por mis tobillos asciende;
ya prende en mis secos ojos
la imagen de él.

No ardió en mí el ala del fuego,
sin herida es mi dolor.
Pronto será oro viejo
mi puro albor.

Canción de odio cantarí
contra el mar que me venció:
el mar que lo trajo un día,
se lo llevó.

El alma mía descalza
como la lluvia, se va;
cuando en vilo el viento la alza,
rompe a llorar.

-153-

Circe

-154-

Eres sin duda aquel Odiseo de multiforme ingenio, de quien me
hablaba siempre el Argifontes que lleva áurea vara,
asegurándome que vendrías cuando volviesses de Troya en la
negra y velera nave. Mas, ea, envaina la espada y vámonos a la
cama para que, unidos por el lecho y el amor, crezca entre
nosotros la confianza.

-155-

(En la blanca luz meridiana se alzaban los claros muros del casal
roqueño: sólidos sillares de un agosto inmóvil. La hiedra trepaba
como un pólipo verde que al alcanzar las ventanas se dividía en
proliferaciones que, desde abajo, parecían delgadas hendiduras. En
la tierra endurecida del centro de la explanada había un círculo de
huellas de animales. En aquel lugar sin estatua parecía haberse
continuado un viejo rito de adoración. Allá en lo alto, en el

mirador, entre las columnas, los girasoles asentían a una orden del sol. Durante un rato, un halcón se cernió por el lado del mar; después voló hacia los bosques inmóviles. El mediodía tenía el color y el perfume de los retamares. De pronto, el halcón se hundió en la fronda...)

LA VOZ DE ELPÉNOR.-

(Lejana pero clara, cantando.)

Soy el grumete que sube
por jarcias de hiedra y oro.
Llevo una aguja de lluvia
clavada en mi corazón.

(Más cerca.)

Tras el luto de la noche,
velámenes de claror.
En la gavia de la aurora
soy el grumete del sol...

(ELPÉNOR entra en la estancia de CIRCE saltando por la ventana de la izquierda. Es un mozuelo entre los quince y los dieciséis años, delgado y ágil. En la cabeza lleva un gorro borlado.)

-156-

ELPÉNOR.- (Asomándose a la ventana por la que ha entrado.) ¡No me figuraba que esta cofa fuese tan alta! ¡Suerte que la hiedra estaba bien adherida al muro! Qué vista tan espaciosa: los bosques a los dos lados y el mar al fondo, tan grande, y la nave meciéndose allá en la cala... (Tarareando.) «Llevo una aguja de lluvia...». Nunca he podido entender eso de la aguja de lluvia clavada en el corazón. Pero es muy bonito, y si a mí me gusta, pues es que... No hay que darle vueltas: Ulises me dijo un día que era una linda canción, y él sabe siempre lo que dice. Me enseñó a cantarla él mismo, y me dijo que la había compuesto uno de su tierra, un tal Femio. Con Ulises yo sería capaz de ir hasta el fin del mundo, ¡pero lo que es con Euríloco! ¡Madre mía, qué tipo! Cazurro y desconfiado... Me repite continuamente que soy tonto de capirote, y por cualquier cosa me suelta un coscorrón. (Acercándose a una jarra muy grande que está arrimada a la pared.) ¡Eh! ¿Estará llena? Me apuesto la borla del gorro a que lo está. ¡Ay, madre mía, si estuviera llena de vino! ¡Con la sed que traigo! (Se agacha para sopesarla. CIRCE, desde el mirador, le proyecta a la cara un rayo de sol reflejado por un

espejo. ELPÉNOR se protege el rostro con el brazo.) ¿Quién me habrá tomado por una alondra? (Se oye la risa de CIRCE. El rayo de sol se desliza y ELPÉNOR, bajando el brazo, mira hacia el lugar de donde partió el reflejo. Queda unos momentos con la boca abierta, como hechizado.) ¡Oh! Rubios y largos, sus cabellos, y los brazos blancos, blancos... Y toda ella como... (Se oye de nuevo la risa de CIRCE. El rayo del espejo vuelve a caer sobre el rostro de ELPÉNOR, que retrocede y tropieza con la jarra.) Y toda ella como... (Levanta a pulso la jarra y, abrazándola, atraviesa la escena dando traspiés.) Como el sol sobre el mar...

(ELPÉNOR sale por la angosta puerta de la derecha que conduce a la azotea del casal. ULISES aparece por la puerta de la izquierda.)

ULISES.- (Gritando.) ¡Euríloco! ¡Elpénor! ¿Dónde estáis?

(CIRCE, que continúa invisible en el mirador, le proyecta el rayo sobre la cara. ULISES, sin bajar la cabeza, avanza un par de pasos y se detiene.)

-157-

LA VOZ DE CIRCE.- ¿No agachas la cabeza?

ULISES.- Ya ves que no.

LA VOZ DE CIRCE.- ¿Tan acostumbrado estás a mirar al sol?

ULISES.- Ulises está acostumbrado a no bajar la cabeza.

(CIRCE aparta el rayo de sol de la cara de ULISES.)

LA VOZ DE CIRCE.- ¿Me ves ahora? ¿Cómo?

ULISES.- Te veo.

LA VOZ DE CIRCE.- Acércate, Ulises.

ULISES.- He venido a buscar a mis compañeros. ¿Dónde están?

LA VOZ DE CIRCE.- ¿Te da miedo acercarte?

ULISES.- No he venido por ti.

LA VOZ DE CIRCE.- Te pregunto cómo me ves.

ULISES.- Y yo te he preguntado por mis compañeros.

LA VOZ DE CIRCE.- Contéstame, Ulises, si es que tienes también por costumbre no dejar que se agachen tus palabras. (Le proyecta de nuevo el rayo reflejado.)

ULISES.- (Lentamente.) El sol que me lanzas a la cara con tu espejo se agranda hasta formar una corona de luz que envuelve tu cuerpo desnudo. El cielo, sobre ti y detrás de ti, semeja un puro espacio creado solamente para que en él puedan oscilar los girasoles que te rodean.

LA VOZ DE CIRCE.- Sigue.

ULISES.- Sonríes, y es como si tú misma te enviaras un pájaro: es que te sabes bella. Pero tu cuerpo lo sabe mejor que tú... Ahora, dime por dónde anda mi gente.

(Corta pausa. Aparece CIRCE ciñéndose la vestidura.)

CIRCE.- No han subido hasta aquí.

ULISES.- Debes haberlos visto. Los envié hacia acá, para que me dieran noticias de esta casa y de los que la habitan. Sólo ha regresado Euríloco, y con él he venido a buscar a los otros. Debemos hacernos a la mar. ¿Dónde están?

CIRCE.- Dando vueltas por abajo, con los animales. No es cosa rara ver hombres y bestias mezclados.

-158-

ULISES.- ¿De qué bestias hablas?

CIRCE.- Dejemos por ahora las bestias y tus compañeros. Al fin y al cabo, son una misma cosa.

ULISES.- Es que sin ellos, yo no...

CIRCE.- (Interrumpiéndolo.) Antes que tú, llegaron aquí tu canto

y tu leyenda. Cuando te vayas, yo seguiré viviendo en el canto y la leyenda que te preceden doquiera. Pero eso no importa, Ulises. Porque yo no tengo alma, no tengo futuro... En cambio, para ti existen el día y la noche, la luz y la tiniebla, el ayer, el hoy y el mañana... ¿Te has dado cuenta de que mi cuerpo no tiene sombra?

ULISES.- Sí.

CIRCE.- Te quedarás aquí y te unirás conmigo, Ulises.

ULISES.- Vengo de muy lejos y he de ir muy lejos.

CIRCE.- La distancia que has recorrido no cuenta, y la que tienes por delante, la ignoras. Permanecerás aquí una hora o diez años: tu voluntad marcará el término. Porque yo he de tenerte sin retenerte.

ULISES.- Muy segura hablas, Circe.

CIRCE.- ¿Cómo podrías rehusar llevarte de mi recuerdos sin sombra?

(De afuera suben gruñidos y aullidos intermitentes, ya fuertes, ya débiles. ULISES interroga a CIRCE con la mirada. Ella sonríe.)

ULISES.- ¿Qué es eso?

CIRCE.- Las bestias.

ULISES.- Acláramelo de una vez.

CIRCE.- Son las bestias, abajo, en la explanada. Vienen todos los días y permanecen allí, esperándome.

ULISES.- ¿Esperándote? ¿Qué quieres decir?

CIRCE.- ¿No lo oyes? Hoy no me han visto ni me verán. ¿No oyes cómo gruñen y aúllan?

ULISES.- ¿Qué hacen en la explanada?

CIRCE.- (Como hablando consigo misma.) ¿Y no oyes algo más? Entre el rugir de las bestias, ¿no oyes como unos gritos roncós, como un estertor desesperado y anhelante que no es cosa de bestia? No, tú no puedes distinguirlo... Las bestias los toleran, cuando no son muchos... Hoy, como todas las -159- mañanas, han venido el oso, el ciervo, el onagro, el jabalí, el macho cabrío y el león, y también oigo al lobo y al perro. Olfatean mi cercanía y gimen

agazapados en círculo, con los ojos brillantes, jadeando. Cuando ven que aparezco en el ángulo del mirador con la cabellera flotante y el espejo en la mano, medio alzan la cabeza, todos a la vez, y callan. Y yo entonces, riendo, inclino el espejo y hago que cada bestia agache la cabeza deslumbrándolas con el reflejo del sol.

ULISES.- También reíste al verme a mí...

CIRCE.- Sí, Ulises.

ULISES.- ¿Por qué?

CIRCE.- Cuando te miré a los ojos por primera vez, Ulises, me pareció ver en ellos la mirada de todas las bestias.

ULISES.- ¿Y después?

CIRCE.- Después vi tu mirada. Un mirar con muchos recuerdos y una certeza.

ULISES.- ¿Cuál?

CIRCE.- La certeza de que la vida no es la felicidad. Y por eso te elegí.

ULISES.- Creo entenderte.

CIRCE.- Da lo mismo; no se trata de que me entiendas. De ti sé también que eres de aquellos valientes que no se avergüenzan de retroceder. Tus hechos lo proclaman. Te he dicho que he visto en tus ojos la mirada de todas las bestias. Pero entiéndeme: en ellos he visto la soledad intacta del animal, la profunda inocencia que no interroga porque sabe... He visto que tú eres tu exacta realidad.

ULISES.- A veces la realidad me parece una canción que oigo murmurar soterrada en los sueños.

CIRCE.- No hay sueños, Ulises. No hay sueños.

ULISES.- ¿Tan vacía estás de esperas?

CIRCE.- No hay sueños en mí, Ulises. No proyecto sombra sobre cosa alguna. El mundo es como una rueda radiante que comienza a girar cada mañana cuando abro los ojos. ¡Es todo tan sencillo! Un pájaro atraviesa el cielo: vuela, nada más. Una herramienta es brillante y dura: ha sido hecha por el ingenio y la fuerza, y la usarán la fuerza y el ingenio. El mar está siempre despierto; las piedras duermen siempre. Yo no sueño, Ulises, cuento: una brizna, las estrellas, el aroma del heno, la lluvia, los árboles. Y como no quiero -160- repetir nada, a nada le pido permanencia. La vida

es como el agua: tócala con la mano abierta y la sentirás vivir, siempre igual en su fuga. Pero si aprietas la mano para cogerla, la pierdes. Mucha gente ha pasado, de muchas leyes y distintos países, por esta casa a orillas del mar. Y en cada uno la felicidad tenía un nombre diferente; pero se trataba siempre de una vieja y arrugada historia que llevaban a cuestas. ¡Quédate, Ulises!

ULISES.- De extraño modo pides amor, Circe.

CIRCE.- Sólo te pido lo que puedes darme. ¡Ven!

(Entra ELPÉNOR. Carga a la espalda la jarra de vino, atraviesa la escena tambaleándose y la deja en su lugar cerca de la ventana. Sin advertir la presencia de CIRCE ni de ULISES, que se han quedado mirándolo, ELPÉNOR regresa, gesticulando, por donde ha venido. De pronto, se oye el rugir de las bestias. ELPÉNOR se detiene unos momentos, horrorizado, y escapa hacia la terracilla.)

ULISES.- Debiera ir en busca de Elpénor. En tierra, siempre hay que vigilarlo.

CIRCE.- (Empezando a dirigirse lentamente hacia la puerta de su estancia.) ¡Úneme a tu canto y a tu leyenda, Ulises!

ULISES.- (Sin moverse, como hablando consigo mismo.) ¡Esas bestias, abajo, en la explanada!

CIRCE.- (Andando, sin volverse.) Y yo te añadiré a la cuenta.

ULISES.- Y Elpénor cantando, arriba...

CIRCE.- (Abriendo la puerta de su estancia.) Podré decir: hierba, nubes, estrellas, aromas, lluvia, árboles y...

(CIRCE penetra en su estancia, cuya puerta deja abierta.)

ULISES.- Y Ulises.

(ULISES atraviesa la escena poco a poco y entra en el aposento de CIRCE.)

(La misma escena. Hora: la del alba, al día siguiente.)

CIRCE.- (Desde el umbral de su estancia, mirando hacia adentro.)
Voy a buscar el espejo y vuelvo en seguida, ¿oyes Ulises?
(Atraviesa la escena y desaparece en el mirador.)

ELPÉNOR.- (Saliendo, medio dormido aún.) El oso tenía los ojos y las manos semejantes a las de Euríloco. Sí, no eran zarpas, eran las manos de Euríloco... Y el vino, en sueños, me caía por el gáznate que daba gusto, a chorro tendido... Y, de repente, llega él y me arrea un cachete, y el vino me moja la cara y se me escurre por el pecho. Entonces despierto y, con el gorro, empiezo a secarme como si realmente me hubiera mojado... ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué tonto soy! El cielo era como una siembra de estrellas y, embobado, mirando como se columpiaban las siete hermanas brillantes, el dulce sueño me envolvió de nuevo y empecé a caminar por una vereda del cielo, y las siete hermanas brillantes siguen columpiándose, ahora bajo mis pies, y Orión se me engancha en la borla del gorro... y anda que te andarás, silbando, hasta que veo en el centro del cielo la gran jarra blanca de la luna, y corro hacia ella, porque sólo de verla se me aviva la sed. Pero antes de alcanzarla, la Osa, que está detrás de mí, lanza una pedrada que rompe la jarra, y el vino me vuelve a caer encima, y me despierto... (Advierte la jarra, que está junto a la ventana, se acerca a ella y le da un puntapié.) ¡Anda, que estás vacía! (Mirando a su alrededor.) No acaba de gustarme esta casa tan grande y silenciosa. Mejor sería regresar a la nave... (Escuchando.) Parece que las bestias aúllan otra vez. Lo que me disgusta es no saber nada de Ulises. No lo he visto desde ayer. ¿Lo llamaré? Más vale esperar un poco. ¿Ya vuelven? Sí, no hay duda de que son esos asquerosos animales. Diríase que rondan la casa, buscando quién sabe qué. ¡Si al menos Ulises estuviese aquí conmigo! A su lado, nada temo... (Parándose a escuchar.) Ahora parece que están abajo, arañando la madera de la puerta. Ojalá esté cerrada... Esta mañana lo estaba, me acuerdo bien... Pero ¿y si alguien...? A veces suceden cosas así. No quiero ni pensarlo. (Dirigiendo la vista hacia el mirador.) No, nadie está allí, ahora... ¡Era preciosa! Preciosa como un mascarón de proa, de oro. (Pausa.) Ya se han callado, -162- pero siguen arañando la puerta... ¡Y empujan! ¡Oigo el chirrido de las bisagras! ¡Las bisagras chirrían! (Tratando de serenarse.) No, es imposible. Yo estaba medio dormido y el miedo me ha trastornado. No, no se oye nada... Ni aúllan ni arañan la puerta... (Escuchando y echándose a temblar.) ¡Pero las

bisagras chirrían! Y el picaporte ha golpeado al cerrarse la puerta desde adentro. Las bestias han entrado... ¡Están dentro de la casa! (Recorre la escena de extremo a extremo, presa de pánico.) Poco a poco, escalón tras escalón, suben, suben... (Gritando.) ¡Las bestias! ¡Las bestias! ¡Las bestias suben! ¡Ulises, sálvame! ¡Ya llegan las bestias! ¡Aquí están! ¡Las bestias! (Aterrorizado, huye corriendo hacia el mirador. Se le oye caer y levantarse. Pausa.)

LA VOZ DE CIRCE.- (Desde el mirador.) ¡Ulises, corre! ¡Baja a la explanada! ¡Elpénor se ha despeñado! ¿Me oyes? ¡Se ha caído desde lo alto del mirador!

(Mientras, sin aparecer en escena, CIRCE habla, se abre la puerta de la izquierda y, uno tras otro, van entrando todos los compañeros de ULISES. Cada uno de ellos, por gesto y movimiento, ha de dar la impresión de que encarna una bestia. El más alto y fornido, por ejemplo, puede representar el papel de oso; el más bajo, el de perro. Sin embargo, ninguno de los compañeros ha de llevar aditamentos postizos que puedan conferirle un parecido concreto de animal; por su continente han de sugerir una impresión general de bestialidad y degradación.)

LA VOZ DE CIRCE.- (Gritando.) ¡Hacia el otro lado, Ulises! ¡Entre los laureles y las rocas! ¡Al pie de los muros!

(Los compañeros de ULISES se han ido colocando en semicírculo, vueltos hacia el mirador, y permanecen inmóviles. CIRCE aparece por el foro con el espejo en una mano y el gorro de ELPÉNOR en la otra. Con el cuerpo erguido, da un paso hacia adelante y al mismo tiempo levanta el espejo. Los compañeros de ULISES comienzan a agacharse. CIRCE avanza tres o cuatro pasos más, con majestuosa lentitud, mientras el grupo de hombres -163- sigue agachándose hasta dar con la boca en el suelo. CIRCE se detiene y lanza al centro de la escena el gorro de ELPÉNOR.)

CIRCE.- (Autoritariamente.) ¿Qué esperáis? ¡Fuera de aquí todos!

(CIRCE regresa al mirador. Los compañeros de ULISES se levantan y, en fila, silenciosos, del mismo modo que han entrado, salen. En el centro de la escena queda el gorro de ELPÉNOR.)

LA VOZ DE CIRCE.- Ulises lleva en sus brazos el cuerpo ensangrentado de Elpénor. Tras él, cabizbajos, van los compañeros...
¿Qué es aquello? ¿Una gaviota? No... es una vela que se acerca.
(Con alegría.) ¡Es una vela!

-[164]- -165-

Calipso

-166-

Al cuarto día ya estaba todo terminado, y al quinto despidióle de la isla la divina Calipso, después de lavarlo y vestirle perfumadas vestiduras.

-167-

(La claridad, dentro de la estancia, era más que claridad como si la sombra de la noche hubiese ido cayendo presa de un lento desfallecimiento. La tiniebla se iba rasgando, pero la luz no asomaba aún. Se presentía su inminencia en todo el ámbito de la estancia de enjabelgados muros. Todas las cosas -el viejo arcón de olivo, el desorden del lecho, el hacha, el candil de dos pabilos, el lío de las redes- participaban de una realidad aún no adquirida y de un misterio que no se había desvanecido del todo.)

(Desde la ventana se veía el cielo -donde las estrellas empezaban a palidecer- y el Mediterráneo. Apareció una gaviota: voló un rato sobre la caleta, describiendo amplios círculos; después permaneció inmóvil durante unos instantes, como si se hubiese posado sobre la rama de algún árbol invisible, y se lanzó hacia abajo, hasta rozar las olas que iban a romper contra los oscuros cantiles.)

(Bruscamente, el cielo se quedó sin estrellas, y cantó un gallo.)

CALIPSO.- (De pie ante el espejo.) Ulises...

ULISES.- (En el umbral de la puerta, de espaldas a CALIPSO.) «El alba que me agobia los hombros, y que siento como una piedra tibia sobre la nuca, debe iluminar por completo la figura de ella, que se ha quedado inmóvil frente al espejo... Por la ventana abierta penetran los chillidos de las primeras gaviotas... El alba se deslizó en el mismo momento en que yo daba a Calipso el beso de despedida, y fue a tenderse, silenciosamente, como una esclava de brazos de oro, en el rincón donde está la alcuza, levántose -168- después y, de puntillas, anduvo por la estancia, de acá para allá, recorriendo con sus dedos impalpables las paredes encaladas, el arcón de olivo, el hacha, de la que arrancó reflejos azulados que después depositó a los desnudos pies de ella...».

CALIPSO.- ¡Adiós!

ULISES.- «No es preciso que me vuelva para saber que ella sigue con los brazos medio en alto, tal como quedó después del beso de adiós: inmóvil, estatuaría y a la vez evanescente, con la cabeza ligeramente inclinada, como si escuchase ya las palabras que ha de pronunciar, no a mí, sino a mi partida, a mis espaldas roqueñas y abruptas, que ve reflejadas en el espejo, junto a su erguida figura, con el rostro atónito, de trágica aceptación en los ojos y pesantez de silencio en la boca. Tiene que haber dos rostros: el del espejo y el otro, el contemplado, el que no se ve a sí mismo, el que se ignora, porque vive en una profunda lejanía interior...».

CALIPSO.- Ya sabes dónde está la barca. En ella encontrarás pan, vino y queso.

ULISES.- «¿Por qué no me voy de una vez? ¿Por qué permanezco aquí, sin moverme? Todo está dispuesto desde anoche. La barca se balancea en un rincón de la cala, con las blancas velas hinchadas, y a bordo me aguarda mi destino. Pero ¿cuál es mi destino? Por los caminos perdidos del mar y de la tierra siempre he escuchado la misma voz insistente. Durante los últimos diez años, mi vida ha sido un inextricable regresar, y mi paciencia astuta ha tendido tan sólo a convertirme en el Llegado... ¿Por qué no me voy de una vez? No puedo quedarme con Calipso, y ella lo sabe, lo ha sabido desde aquella tarde lluviosa, cuando entré en esta estancia, esquivando una persecución tenaz, y la encontré ante el espejo, casi en la misma posición en que está ahora, pero bañada en luz de poniente, no en la del alba...».

CALIPSO.- Entraste aquella tarde, después de lanzar un fuerte puntapié a la puerta, que imaginabas cerrada. Pero no lo -169- estaba. Desde la ventana te vi entrar en el jardín, corriendo, y luego oí el resonar de tus pasos en la escalera -al llegar al segundo tramo tropezaste-, y el crujir de la madera bajo tus pies...

Yo hubiera podido correr el cerrojo, pero no lo hice, porque te había visto y sabía... Te detuviste en el umbral, en este mismo umbral donde estás ahora, y que tantas veces hemos atravesado juntos desde entonces. Como hoy, no necesité volverme para verte: te envié la sonrisa al fondo del espejo, cara a cara por primera vez.

ULISES.- «Sí, cara a cara por primera vez... En aquellos momentos me pareció que mi huida, el azar y los peligros de todos aquellos años, terminaban en su sonrisa. Todo parecía empezar y acabar en el rostro de aquella mujer desconocida, de pie ante el espejo, que me recibía con un sonreír suave y tranquilo en esta sencilla estancia de paredes en caladas... 'Entra -me dijo-, y cierra la puerta'. El silencio empezó realmente después de estas palabras. El sonido de mis pisadas por el mundo, el fragor de las luchas, el rumor del mar que resonaba en el latido acelerado de mi corazón, cesaron bruscamente, y me sentí invadido de una calma inmensa. Cerré la puerta despacio. Avanzando hacia ella, me estremecí ligeramente: sentía húmeda una pierna. 'Habría sido al rozar los crisantemos del jardín, empapados de lluvia', pensé. Me detuve tras ella, de forma que no se reflejara mi imagen en el espejo. La nuca, sobre la cual caía la sombra de su pesado moño dorado, era blanca y ligeramente carnosa. Lentamente, ella se volvió...».

CALIPSO.- Lo leí todo en tus ojos. Los ojos nunca engañan. Siempre están desnudos.

ULISES.- «¿Los ojos...? ¡No, el ojo! Eso es lo que yo había recordado al ver los crisantemos: morados, con una gravidez carnal, como atónitas pupilas monstruosas que me mirasen de hito en hito desde el fondo de mis recuerdos. ¡El ojo! Siempre el mismo ojo acechante, el ojo que me seguía por doquier, omnipresente; el ojo que no miraba, sino que me seguía y perseguía sin tregua y daba a mi huida un ritmo alucinante de locura. De noche, lo veía en sueños, pegado, como un sol sucio, a un cielo...».

-170-

CALIPSO.- Te miraba, y hubiera gritado, Ulises. Hubiera lanzado un grito tremendo. Pero sentía mi boca tan pequeña para el grito inmenso que se removía en mi sangre...

ULISES.- «... de roca: en medio de una frente de piedra, el inmóvil, vidrioso ojo sin párpados... Hasta que una noche, al ser acorralado, tuve que enfrentarlo, y en la lucha lo cegué con una piedra puntiaguda. Pero antes de hacerlo, antes que mi mano engarfiada cayera, tuve tiempo de ver todo el horror de aquel ojo sin conciencia, lleno tan sólo de un odio neutro y distante, dentro del cual brillaba una diminuta luna irrisoria, como un blanco insecto muerto...».

CALIPSO.- ¿De dónde venías, Ulises? Sólo sabía que llegabas de mil

partidas y que en mí se habían acabado, de pronto, todas las esperas. Yo era como la amplia bahía, tranquila y soleada, donde habías desembarcado hacía pocas horas. Pronto supe, también, a dónde ibas... Pero el gozo mío de haberte encontrado era como la espuma que cubre los cayos. Permaneciste. A tu lado yo me sentía como un ovillo de algas a los pies del mar...

ULISES.- «Tú fuiste el valle florido después del desierto...».

CALIPSO.- Yo te sentí como siente la hierba el peso del viento que hace caer la fruta tardía.

ULISES.- «Fuiste como un altozano con luminarias en medio de la noche en que me perdía...».

CALIPSO.- Para ti, Ulises, mi piel se vistió de enjambres y mi alma se despojó de miedos virginales.

ULISES.- «Cuando el candil besó tu desnudez con su boca de llama, la sombra de tu cuerpo tembló sobre el muro...».

CALIPSO.- Me complacía subir por la mañana a la atalaya y, con un cuerno marino, lanzar tu nombre al eco de los cielos.

ULISES.- «Mi brazo ha sido el vencejo que ha atado tu cintura y tu cabellera...».

-171-

CALIPSO.- De noche, si te ibas, tu ausencia pesaba -como pesa una piedra- en la honda negra de mi tristeza.

ULISES.- «Te vi anoche, por última vez, en el lecho del amor. Eras blanca como una espiga de nieve y mi deseo te segó como una guadaña de fuego. Pero el amor tenía para mí extranjeras distancias...».

CALIPSO.- Yo no sabía esperarte tejiendo... ¿Aún estás aquí? ¡Oh, vete, Ulises! Deja que te lo diga gritando: ¡vete! Debes irte, no haré nada por retenerte, pero déjame gritar ahora, antes que el grito se petrifique dentro de mí. Yo misma he cosido a la sombra trémula de la parra las velas que te llevarán lejos de mí. ¡Vete! Nunca te hice, ni te haré, reproches; pero yo no podía esperarte tejiendo... He horneado el pan, he envasado el vino y he cortado el queso... ¡Oh, vete! Yo sólo he sido para ti... Un día, ¿te acuerdas?, me lo dijiste: «Como reposar sobre un carro de heno después de una fatigosa jornada». Sí, para ti he sido blanda y tibia, Ulises; he sido como un carro de heno que avanza sin traqueteos, y me ha complacido saber que tú ibas arriba, arrebujado, contemplando la bóveda estrellada... Una noche, no hace mucho, me puse a afilar el hacha, y después te la tendí sin decir una palabra. No hacía falta. Aquella misma noche, ¡y cuántas noches más!, te oí

calar en el bosque, al otro lado de la loma... ¡Oh, vete! Yo no he sabido esperarte tejiendo...

ULISES.- «La piedra de afilar larga y estrecha, era en sus manos como un pez negro. Había apoyado en el suelo la larga empuñadura del hacha, y con las dos rodillas sostenía la ancha hoja. Con gesto rítmico y pausado deslizaba la piedra por el filo enmohecido, sin parar mientes en lo que hacía. En la penumbra, la hoja del hacha parecía la cabeza de un arúspice...».

CALIPSO.- Yo no he sabido esperarte tejiendo, como la otra... No quería hablar de ella, pero... Todo da lo mismo, ahora que te vas. Tú nunca me has hablado de ella, pero, al no decirme nada, lo que has hecho es levantarla cada vez más viva en mis pensamientos... ¿De qué hablaba, hace un momento? -172- ¡Ah, sí! Del hacha. Estaba enmohecida por no haberla usado durante quién sabe cuánto tiempo... Pero a ella, a la otra, no la ha enmohecido el tiempo, no. Hace años que te espera, tejiendo y destejiendo... Sí, yo debía darte el hacha, sino, la hubieras tomado tú mismo... De tu silencio, poco a poco, la he ido arrancando, a la otra, y he afilado su imagen con la piedra oscura de mi impotencia dolorosa, tal como aquella noche afilé el hacha...

ULISES.- «Corrí por el sendero que bordea la loma... Croaban las ranas, salía la luna y el cielo era un inmenso granero de astros. Corrí tras de mi sombra, con el hacha al hombro. 'Es la llave del mar', pensé...».

CALIPSO.- Oí los primeros golpes... Sonaron lejanos, como si alguien arañase el gran silencio de la noche, como si un pájaro picoteara el antepecho de la ventana... Mi imagen, blanca de luna, me miraba desde adentro del espejo. Me levanté a cerrar los postigos. En las tinieblas, los golpes se oían con más claridad, siempre a un mismo ritmo. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! De vez en cuando, el golpear cesaba por un corto tiempo: se oía un frotar de hojas, el crujir de las ramas y el ruido sordo del tronco al chocar contra el suelo. Después, otra vez: ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! Era como si estuvieran astillando mi inmóvil corazón. ¡Tran! ¡Tran! El golpe resonaba cada vez más profundo, más agobiante dentro de mí, como un fúnebre timbaleo. Me tapé los oídos con las manos, para no oírte. Pero fue peor. ¡Tran! ¡Tran! ¡Tran! El hacha, en tus poderosas manos, parecía calar la noche. Pero no solamente oía el hacha... La lanzadera, ¿sabes?, también tejía, como cada noche... De un lado a otro: Tric-trac, tric-trac... Siempre está tejiendo, ella; tejiendo y destejiendo siempre la misma labor: la escena de tu regreso. Tejiendo lo único que podía tejer: el momento en que ella podría dejar de esperarte. Es su encarnizada esperanza lo que ha ido creando tu regreso, porque aquello que el anhelo contempla desde el fondo de su ardiente soledad, acaba por convertirlo en cosa real. Ella me ha vencido en ti, Ulises... No; no es eso. No me ha vencido

en ti, porque en la hondura de tu alma jamás ha habido lucha, no has tenido que -173- escoger entre ella y yo. ¡Oh! ¿Por qué no te vas? ¿Qué esperas? ¿No me oyes?

ULISES.- «Ya sale el sol. La voz del mar me llama, como me ha llamado tantas veces. Las olas danzan como doncellas alrededor de la barca. Los chillidos de las gaviotas... En el mástil de mi alma rechasca la vela roja de la partida. Todo se sume en la gran voz del mar. No hay adiós. El sol...».

CALIPSO.- No me hagas caso, Ulises. No sé lo que digo. Vete sin remordimientos. Esta vez el mar será camino llano para ti. Yo me quedaré aquí con mis recuerdos y con...

ULISES.- «¡El sol! La gran voz del mar...». (Desaparece del umbral y empieza a bajar la escalera.)

CALIPSO.- (Mirando hacia la puerta.) Te has ido para siempre. Yo quedo aquí con mis recuerdos y con tu inmortalidad... Huyes de mí. Te oigo tropezar en el mismo escalón, como la primera vez... Ahora, seré yo quien teja. De día y de noche, tejeré en el telar de mi alma, con hilos de sol y de sangre, escenas de nuestro amor, todas las horas vividas entre tu llegada y tu marcha. Pero tú no lo sabes, porque yo no poseo la esperanza... Entre el hacha y el espejo, tejeré día y noche... y seguiré sintiendo en mi vientre el latido de la inmortalidad que ignoras, el latido que sentí por primera vez aquella noche, cuando afilaba el hacha... Mis entrañas latieron al ritmo exacto de tu golpear... Curvada, en la oscuridad, aniquilada por la maravilla y el horror, te oía doblemente: mi vientre se convertía en el eco de los golpes que asestabas... Pero tú no oías nada, Ulises, no sabías ni sabes nada... (Escuchando.) Ya estás abajo, huyes de mí y tus pasos resuenan como resonaba el hacha. Y yo tejeré, tejeré... Mojaré con salobre de lágrimas los hilos de sol y torceré con besos los hilos de sangre... Entre el hacha y el espejo, seguiré aquí... El hacha... (La coge y acaricia el mango.) Tus manos la han pulido y brillantado... (Levanta la herramienta sobre su cabeza.) Y en la hoja brilla el primer sol de mi soledad... (Sorprende su imagen en el espejo y retrocede gritando.) ¡No! ¡No! ¡No quiero que se repita la imagen mía que te has llevado! ¡Me bastará la -174- sombra de mi cuerpo en el muro! (Bruscamente decidida, golpea con el hacha el espejo, que se hace añicos.) ¡Yo también talo! (Agarrada al mango del hacha, CALIPSO va cayendo lentamente hasta quedar arrodillada. Después, escuchando, murmura.) Te oigo correr, Ulises... Ahora te detienes... (Junto a ella cae un crisantemo, lanzado por ULISES desde afuera.) ¡Oh! Ya corres otra vez... ¡Adiós!

-175-

Penélope

-176-

No te enojés conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres, y las deidades nos enviaron la desgracia y no quisieron que gozásemos juntos de nuestra mocedad, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora tan luego como estuviste en mi presencia.

-177-

(La era, bajo la luz estelar, semejaba una enorme luna que hubiera caído de una desmesurada noche perdida fuera del tiempo terrestre, de un cielo bruscamente frustrado, de una desolación meteórica. El rueda aparecía con tan aguda nitidez, tan desprendido de todo el paisaje nocturno que lo rodeaba con árboles, cultivos, ribazos, sombras de cerros, que su realidad adquiría, como por exceso de afirmación, una categoría fantástica de lugar fuera del espacio, y el arado y el bieldo que se entreveían allá en el lindero del reino concreto de la noche, parecían una realidad absurda.)

(De vez en cuando se oía, lejano, el relinchar de un caballo. Cada nuevo relincho se hacía más sostenido, más anhelante, como un alargamiento doloroso y ardiente, vibrante de deseo sin esperanza.)

(El aliento del otoño olía a magnolia pútrida...)

PENÉLOPE.- Me habéis mandado aviso de que viniera aquí. ¿Por qué? ¿Qué queréis? ¿Quién sois?

ULISES.- Ya lo sabes.

PENÉLOPE.- Mi corazón no me asegura nada. No os conozco. ¿Quién sois?

ULISES.- Soy aquel que ha dejado de ser Nadie.

PENÉLOPE.- No os entiendo.

ULISES.- Desde aquí te he visto salir del casal, con el candil encendido. La llama te ponía una máscara temblorosa en el rostro. Te has detenido un momento bajo el soportal, antes de tomar el sendero de la era. ¿Por qué has salido con el candil si el cielo está estrellado, la luna llena se alza sobre el horizonte y conoces de sobra el paraje? Has caminado -178- hacia acá con paso lento, erguido el cuerpo pero inclinada la cabeza, como ahora. El caballo, en el establo, ha relinchado tres veces, y tres veces el candil ha oscilado en tu mano. Ahora estás ante mí y no me miras, pero la sombra de tu cabeza cae sobre mi hombro y las estrellas de esta noche de otoño esperan bajar a tus ojos. ¿Por qué has salido con el candil encendido?

PENÉLOPE.- Para mí no ha habido más que espera. Dentro del círculo de la luz del candil me he sentido segura, como rodeada de una muralla. ¿De dónde venís?

ULISES.- Vuelvo de mi destino... ¿No oyes otra vez el relincho? La sombra del chopo se extiende a tu lado.

PENÉLOPE.- Es como la desmesurada sombra de mi alma solitaria. ¿De dónde venís? Habladme de él, pues sin duda lo habréis visto.

ULISES.- Eres dura, Penélope. Vuelvo de mi destino, y ni siquiera levantas los ojos para mirarme, ni me das la bienvenida. Pero yo he aprendido a saber que todo es justo y que la vida acaba siempre triunfando del destino. Todos mis caminos, todos mis azares, todo aquello que me ha gastado y perdido, todo aquello que me ha enriquecido en llama y dispersado en ceniza, cuelga ahora como una vieja red en el fondo de mi alma. Durante estos largos años de ausencia, muchas veces he imaginado el momento de mi regreso, pero yo sabía que la única certeza era lo imprevisible, y procuraba armarme contra mí mismo... Ayer, al desembarcar, me pareció que reanudaba, intacto, un viejo sueño familiar. La luz era tan diáfana como la de aquella mañana de primavera en que te vi por primera vez, sacando agua del pozo de tu casa, ¿te acuerdas? Fingiendo no advertir que me acercaba, te inclinaste sobre el brocal y, tomando rápidamente la gruesa cuerda de esparto, empezaste a izar el pozal. Sin decirte una palabra, me puse a tu lado, esperando... Cansada, o comprendiendo que cuando el cubo llegase arriba algo tan confuso como la primavera se mezclaría en tu sangre, tus tirones se fueron espaciando. Te miré la boca: inmóvil, secreta, como una herida sin dolor. Aquel día todos los prodigios eran posibles, pensaba yo, porque al salir de casa, hacia los cultivos, se levantó a mi derecha una bandada de pájaros y el humo del hogar ascendía recto como un remo... Y así fue. Cuando el pozal apareció, sobre el -179- agua azul de cielo flotaba la sonrisa que te había caído de los labios al inclinarte sobre el pozo, después de haberme visto...

PENÉLOPE.- ¿Y no sabéis qué ha habido entre la virgen del pozo de entonces y la mujer del candil de ahora?

ULISES.- Al pisar de nuevo la tierra nativa, una alondra levantó el vuelo y la fumarola...

PENÉLOPE.- Ha habido el endurecimiento de la espera. Ulises se marchó, y eso fue para mí como ensordecer al principio de una canción grandiosa que no podía olvidar. Ser fiel ha sido endurecerme. Los primeros tiempos fueron de desgarró y sollozo. Después, su ausencia fue creciendo en mí como una tempestad silenciosa, como un acechar constante de recuerdos y de imágenes. Todo me hablaba de él: el arado, en medio del campo, que permanecía aún en un surco empezado, los pastos, sembrados de luciérnagas, por donde yo vagaba por la noche, los ojos del hijo niño, en los cuales se repetía la mirada del padre... La caída de una fruta, detrás de mí, me hacía lanzar un grito absurdo, y el regreso de las golondrinas me helaba el corazón...

ULISES.- Sigue, Penélope, sigue...

PENÉLOPE.- (Como si no hubiese oído las palabras de él.) El caballo relinchaba en el establo, como esta noche. No, era de otro modo... El pan se me hizo amargo y los caminos no conducían a ninguna parte. Me daban arranques extraños: creer que cierto roble se le parecía, salir sola a tomar la lluvia y, después, avergonzada, deslizarme a mi estancia... Al ver las primeras claridades del día iluminar poco a poco las gruesas vigas del techo, pensaba en lo que Ulises me dijo cuando nos despertamos, en la mañana de nuestras bodas...

ULISES.- (Lentamente, como soñando.) El alba tiene el color de un campo de piperigallos floridos.

PENÉLOPE.- (Después de una corta pausa, casi gritando.) ¡Y tú no volvías!

ULISES.- Los horizontes retrocedían siempre ante mí. Todas las rutas me llevaban a ti, pero en mi destino no había atajos, Penélope.

PENÉLOPE.- (Empezando a dar vueltas alrededor de la era con el candil en la mano.) Pasaban los años y tú no volvías, Ulises. Después de la desesperación, vino el hábito de la tristeza. -180- Sentada en la estancia de arriba, tejiendo, los días eran como un interminable desfile de bueyes de ceniza y las noches pesaban como inmensos graneros de silencio. Me sentía como un hito de piedra al margen de un extraño camino del que ignoraba a dónde iba y de dónde venía. El tiempo se hizo fabuloso. ¿Por qué no volvías? La guerra

había terminado y yo te sabía vivo. ¿Qué te retenía? ¿Dónde estabas?
¿Qué hacías?

ULISES.- Para encontrarme era necesario perderme. Cuando te dejé era un joven esposo, pero sólo debía regresar convertido en Ulises.

PENÉLOPE.- ¿Y yo? Yo había muerto como mujer, y no podía ser de nuevo la virgen del pozo. ¿Y yo, Ulises?

ULISES.- Eras la segura meta al final del hondo camino.

PENÉLOPE.- Entre el telar y el candil, armé mi soledad. La llama del candil brilló cada noche y, a su alrededor, los recuerdos se agazapaban como bestias cansadas... Estaba sola, siempre sola, como una estatua rodeada de viento. Pero lo más terrible era sentirme hermosa, tener conciencia de mi inutilidad radiante. Antes de acercarme a un agua de tersa superficie, le arrojaba una piedra, para que no pudiese reflejar mi imagen, mi belleza. ¡Tú no volvías! ¿Qué hacías? ¿Dónde estabas?

ULISES.- Un mismo destino nos modelaba.

PENÉLOPE.- ¡Siempre hablas del destino!

ULISES.- Que es de donde vengo. Estoy avezado a difíciles despertares y he sabido convertir en una paciencia serena y gigantesca la prisa de los azares. Los hombres, a esto, lo han llamado astucia. En realidad, lo único que hice fue dejar que todo me hablara, hombres y cosas, y después me levantaba a contestar con unas palabras o un gesto que pareciesen venir -y realmente venían- de muy lejos, de un gran anonimato misterioso, y caminaban hacia la certeza de un futuro soñado. A veces, se hacía necesaria la acción. Pero más que de conquistar, se trataba de no dejarse vencer, de no doblegarse ante la fuerza de lo efímero. Mi fidelidad, Penélope, ha consistido en no permanecer; la tuya, en esperar.

PENÉLOPE.- ¡Y cómo te he esperado! Pero lo terrible es que ahora que estás aquí siento que todo ha sido inútil. ¿Qué -181- harías tú sin adioses? ¿Qué haría yo sin espera? ¡Has tardado demasiado, Ulises!

ULISES.- ¡Ven, Penélope! ¡Deja de dar vueltas con el candil encendido!

PENÉLOPE.- ¡No, no puedo! (Escuchando.) ¡Otra vez el relincho!

ULISES.- ¡Ven, Penélope!

PENÉLOPE.- ¡No, no puedo! (Escuchando.) ¡Otra vez el relincho! ¡Oh, este relincho enloquecedor! ¿Por qué relincha tanto el caballo

esta noche?

ULISES.- Pesados aromas flotan en el aire de la noche de otoño.

PENÉLOPE.- Nosotros también somos otoño.

ULISES.- ¡Ven! ¡No des más vueltas con el candil encendido, Penélope!

PENÉLOPE.- Aquí en esta era, dando vueltas y más vueltas con el candil encendido, año tras año, durante miles de noches, mi añoranza de ti se hizo tan grande, me sobrepasó tanto, que creí haberme convertido en una de esas piedras ante las cuales pasamos sin advertirlas, pero que más adelante, un día o un año más tarde, se levantan en nuestro espíritu, porque súbitamente comprendemos que el cielo las había escogido para desplomarse en ellas. Pero decir añoranza es no decir nada. Ha sido un dolor sin nombre. ¿Cómo decírtelo para que me entiendas? Ha sido como un alumbramiento en frío, sin sangre, sin grito triunfante. ¡Oh, Ulises! ¿Por qué has tardado tanto?

ULISES.- Estás enferma de pasado, Penélope. Apaga el candil y empezará el futuro.

PENÉLOPE.- Aquí, dando vueltas y vueltas... A veces, el viento me apagaba el candil y, llena de pavor, corría a refugiarme en el casal, porque detrás de los árboles, espiándome, sentados en los márgenes o merodeando por los caminos, siempre había hombres extraños, acechando...

ULISES.- Con hoz y honda los he alejado esta mañana. ¡Vamos, Penélope!

PENÉLOPE.- ¿A dónde podríamos ir, Ulises? ¿No me has mirado?

ULISES.- ¿Me has mirado tú a mí?

PENÉLOPE.- Lo que a ti te ha engrandecido a mí me ha marchitado.

ULISES.- Eres Penélope.

PENÉLOPE.- No quiero ser hiedra seca adherida a tu tronco.

-182-

ULISES.- Fuiste la estrella de la mañana y serás el astro de la tarde.

PENÉLOPE.- Hermosas son tus palabras, pero no me devolverán el oro que huyó de mis cabellos.

ULISES.- ¿Qué temes, Penélope?

PENÉLOPE.- El otoño.

ULISES.- Todo empezará de nuevo.

PENÉLOPE.- No todo, Ulises. Volverán el trabajo, el orden y la paz. Tu fuerza tranquila y tenaz levantará cosechas, tu sensatez será ley y tu valor alejará las calamidades; de nuevo serán rectos los surcos y numerosos los rebaños. Pero ¿podrás resucitar en mi alma la canción grandiosa?

ULISES.- Conmigo vuelve la vida.

PENÉLOPE.- Soy tu mujer y te obedeceré...

ULISES.- No, serás el recobro sereno.

PENÉLOPE.- Al pie de la montaña de tu vida sólo podré ser dos brazos de niebla.

ULISES.- Serás el gozo que perdura.

PENÉLOPE.- (Deteniéndose, pero sin levantar la cabeza.) Ulises...

ULISES.- Di.

PENÉLOPE.- ¿Recuerdas nuestro lecho de bodas, el lecho que construiste del tocón de un viejo olivo?

ULISES.- ¿Cómo quieres que lo haya olvidado? Bajo la sombra verde del árbol te besé por primera vez y dentro de su tronco labrado fui tu esposo.

PENÉLOPE.- Y alrededor del olivo...

ULISES.- Levanté cuatro muros, sobre los cuales construí una techumbre.

PENÉLOPE.- Pero no antes de haber...

ULISES.- Cortado el árbol a ras del tocón. «Porque un lecho de raíces -te dije- será el gran símbolo de nuestra felicidad».

PENÉLOPE.- Escúchame, Ulises. La noche anterior a tu llegada soñé que del tronco cortado empezaba a salir una rama. La veía crecer poco a poco, cada vez más fuerte y nudosa, hasta horadar el techo y salir a la luz del día y convertirse en un inmenso arco argentado, donde fue a posarse un águila blanca...

ULISES.- ¿Y después?

PENÉLOPE.- Cuando por la mañana vi una nave meciéndose en la bahía, comprendí que habías llegado. (Después de una corta -183- pausa, casi gritando.) ¡No me obligues a armar el antiguo lecho de nuestras bodas! ¡No podría hacerlo, Ulises!

ULISES.- No lo encontrarías.

PENÉLOPE.- ¿Qué quieres decir?

ULISES.- Me he pasado la tarde astillando el lecho y sus raíces. Convertido así en un gran haz de leña, lo he llevado hasta la loma desde donde se otea el mar y le he prendido fuego. Por mucho rato, la humareda se ha alzado negra y delgada, como una grieta en la urna azul de la tarde. No se veía ningún pájaro. He bajado hasta la playa por la senda de los tamariscos. Desnudo, dentro del agua, la faz vuelta hacia el cielo, me he dejado mecer por las olas. Luego he mirado la humareda. Colgaba del azul como una túnica desgarrada. Ni un pájaro. Ni a la derecha ni a la izquierda. Pensaba en ti. Al salir del agua, el poniente ensangrentaba el horizonte, sobre la línea oscura de los pinares. A lo lejos, chirriaban las ruedas de un carro. De pronto, recordando, me vuelvo hacia la columna de humo: modelada por el viento, había tomado la forma de un gran árbol que llenaba el cielo con la profusión de sus ramas. En la más alta, como una flor abierta, brillaba la estrella de la tarde. Mi corazón quedó extasiado ante la maravilla. Lentamente, a medida que el cielo se oscurecía, las ramas se iban constelando; cuanto más se acercaban las sombras, más se alargaban y brillaban las ramas... ¡Apaga el candil, Penélope! ¡Levanta la cabeza! ¡Mira cómo reluce nuestro árbol de estrellas!

PENÉLOPE.- (Muy lentamente.) ¡Lo has astillado todo, hasta las raíces!

ULISES.- ¡Ven, Penélope!

PENÉLOPE.- (Levanta el candil a la altura de los labios y lo apaga de un soplo.) ¡Qué claridad baja ahora a la era!

ULISES.- (Empezando a andar, despacio.) La voz del mar ha enmudecido en mí y la tierra canta bajo el gran arco de estrellas. ¿Oyes, Penélope? ¡La tierra canta!

PENÉLOPE.- (Detrás de ULISES, con la cabeza levantada hacia el cielo.) ¡Sí, la tierra canta!

(Se oye de nuevo el relincho de un caballo.)

- IV -

La muerte de Laertes

I

La doncella de la alondra

Cuando apareció la hija de la mañana, la aurora de
rosáceos dedos...

El sonido de cascos que había empezado a oírse poco ha, cadencioso y cada vez más cercano, llegaba del otro lado de la colina y diríase que avanzaba en derechura a la cumbre. De pronto, cesó.

Pero nadie apareció en la cumbre, dispuesto a descender por ese lado de la hondonada, ni ningún rumor indicó que la caballería regresara por donde había venido o se desviase por las laderas: la de la derecha, cubierta de pinares ralos y retamares, se extendía en suaves ondulaciones hasta el mar cercano; la de la izquierda, abundante en viñedos y olivos, terminaba en el cauce seco de un ribazo. La noche seguía igual -leves tinieblas como líos de redes abandonados bajo los árboles de más espesa fronda, súbitos y cortos rumores dentro de los zarzales, croar de ranas y flauteo de sapos por el lado de la alquería de Laertes, la brisa meciendo un cañaveral y, arriba, en medio de la corriente inmóvil del cielo, la noria rutilante de las estrellas. El secreto de la noche parecía dormir en los árboles.

Pero algo había cambiado. Algo ya no era de la noche. Las sombras continuaban siendo las mismas bajo la luz de las estrellas de primavera, ningún pájaro piaba y todo era aún de su paz y sueño. Había los mismos árboles inmóviles con su idéntica armadura de sombras, y otros que diríase poseídos por la brisa y adornados de guirnaldas estelares. En medio de todo lo que dormía y de la noche aparentemente intacta en su esplendor de silencio y misterio, detenida en hordas oscuras de arboledas, colinas y roquedos que parecían sucederse en una inmutabilidad dulce e intensa, la señal premonitoria -cambio tan esperado como imprevisto, anuncio de inminencias infinitamente repetidas -192- en el tiempo- había escogido su efímera estadía en la hoja más alta y sola del algarrobo de la cumbre de la colina: brillaba con una claridad disidente y nueva, y tenía un temblor que la noche acataba...

Volvió a oírse el sonido de los cascos, como si el jinete se hubiese apeado y el caballo marchara al azar, y perdióse abajo, por el lado de la llanura. De súbito, la claridad de la hoja se desvaneció y una mano de oro se posó sobre el tronco.

Un pájaro pió, leve y frágil y seguido, a ras del suelo, y el sonido fue propagándose poco a poco, aquí y allá, como si alguien sembrase a manos llenas cascabeles diminutos en los retiros más ignorados y sombríos. El primer gallo alanceó a la sombra; cuando el segundo contestó, la noche ya había muerto en el firmamento.

Entonces ella empezó a descender de la cumbre de la colina. Bajaba con los brazos levantados y la cabellera esparcida detrás, hasta la cintura, lenta de movimientos y tardo el paso, más aérea que terrestre aún y con los ojos fijos en la huida de los astros. A poca distancia de la cumbre se detuvo unos momentos para escuchar, ladeando la cabeza, solicitado el oído por el rumor, aún levemente perceptible para ella, del caballo que se alejaba y, a la vez, por los pídidos que ahora se propagaban de un árbol a otro...

Dejando de escuchar, siguió descendiendo, pausada, entre troncos, y, sin frenar el ritmo de su marcha, miró al cielo y sonrió al advertir que iba cobrando el color de sus manos, de la misma manera que el agua, cuando ella la miraba, tenía un pasmo dorado que se alargaba como si quisiera copiar su cabellera. Ella sabía todo eso desde siempre. Como sabía que era necesario avanzar, lanzada y rauda al principio, por los anchos caminos movientes que ella misma iluminaba en la colina, empezaba el sonar de las esquilas.

Ella era más de allá hacia donde iba que de donde venía. Y venía del mar. Se levantaba en el horizonte marino y sólo sabía que le era necesario avanzar, lanzada y rauda al principio, por los anchos caminos movientes que ella misma iluminaba, hacia las caletas y promontorios de los cuales, cuando llegaba, las gaviotas levantaban su vuelo de palpitante blancura; y después, tierra adentro, más cautelosa y vacilante, como entregada a una lenta conquista de las cosas, una a una, -193- hasta que podía alzar brazos triunfantes entre halcones y humaredas.

Era una extraña y sencilla mensajera. Todo lo que tocaba y miraba nacía bruscamente a una realidad gozosa y radiante. Nunca había visto, ella, la gloria de la que no solamente era anunciadora sino también origen, y que, aun cuando la creaba, la perseguía y acababa aniquilándola. Pero en el último momento, siempre tenía tiempo de volverse para una breve despedida a todo lo que, en distancia sobre la tierra y en altura por el cielo, era un testimonio de su propia epifanía luminosa.

Si ahora volviese la cabeza vería el árbol de la cumbre -cuya hoja más alta había sido la primera señal de su llegada- completamente rojo, recortándose en el cielo áureo. Pero no se volvería. Aunque quisiera hacerlo; no podría, y por otra parte, tenía que proseguir hacia adelante, haciendo retroceder y desvaneciendo las sombras que, tercas o indolentes, se aplastaban contra el suelo, como bestias al acecho, se agarraban a los troncos o trataban de escabullirse, medrosas, hacia la espesura. Un gesto de ella bastaba: caricia de brusco y total aprisionamiento o dardo que se ahilaba hacia una lenta agonía. De vez en cuando, sin embargo, se demoraba un instante, para tocar levemente una hormiga que subía por el tronco de un pino, y se encendía como una gota de rocío, o bien para sacudir de un

soplo la fina red de una telaraña calada entre dos arbustos, o coger una mariposa de alas mojadas y prendérsela en el pecho como una flor viva... Cuando topó con el buey, el casal de Laertes estaba aún envuelto en la sombra, pero en el ruedo del cielo que se extendía encima del casal se hundía una tenue y recta humareda color de agave. La bestia, que la había visto desde lejos, se detuvo bruscamente y la esperó, bulto de sombra en la sombra.

¿De qué color era el buey?, se preguntó. Si pertenecía al corral de la masía de Laertes, y era de los pujantes, tal vez... No; era de los de labor, pardo, color de tejado, como podía ver ahora que le había iluminado bruscamente las pezuñas, las cortas patas, el pecho y la testuz. Color pardo; es decir, no pertenecía a ninguna de los dos yuntas de menor alzada -194- y blancuzcos, que eran los que le gustaban. Por aquel, y sin esquila, no valía la pena perder el tiempo. Sin embargo, rozó rápidamente con las puntas de los dedos las dos astas cortas, de una brillante lisura, sin ni siquiera mirarlas, y siguió adelante, hacia los sembrados, que atravesó por la mitad hasta dar con los álamos de hoja temblorosa del otro lado.

Tenía que apurarse. Al casal de Laertes estaba segura de que llegaría; pero justo, porque ya había en todas partes aquel ensanchamiento de luz que marcaba el umbral de su alegría y peso y expansión a la vez... Miró hacia la era, que surgió súbitamente de la sombra, así como los viñedos, a la derecha. Ahora avanzaba con la misma rapidez que su propia luz, como siempre, pero su impaciencia mezclada de temor se abalanzaba más allá, a lo lejos, cada vez más ávida de distancia, y ya columbraba los dos granados donde Euriclea había tendido un ancho y blanquísimo lienzo, y era cosa de un instante que su mirada alcanzase el poyo de la puerta del casal, de piedra roja y gastada por el uso en el centro...

Pero bruscamente se detuvo y, agachando la cabeza, dulcificado el rostro por una sonrisa de ternura, empezó a inclinarse hacia lo que había estado a punto de pisar, y no se dio cuenta de que la mariposa que llevaba prendida en el pecho emprendía el vuelo y desaparecía en el azul de la mañana.

Mientras se erguía de nuevo, soltó el aliento tres veces sobre lo que llevaba en sus manos ahuecadas, que había levantado hasta la altura de la boca, sin dejar de mirarlo ni de sonreír. Hecho esto, se puso las manos entre los senos y, casi maquinalmente, dirigió sus pasos hacia el casal. El rojo poyo brillaba, allá, pero la puerta permanecía oscura, invisible, y, al advertirlo, corrió hacia ella con una prisa súbita y asustada. Llegó delante de la puerta, que ahora podía tocar alargando la mano. Pero al ir a hacerlo, recordó lo que llevaba y, lentamente, con un medroso y tierno cuidado, se agachó para dejarlo sobre el poyo. De nuevo erguida, vio la fina y esbelta sombra proyectada sobre la puerta resplandeciente. Llamó con los nudillos de los dedos, dos veces...

-¿Quién? -preguntó la voz de Euriclea dentro de la casa.

Y momentos después, desde detrás mismo de la puerta:

-¿Quién? -repitió.

A pesar de que no hubo respuesta por segunda vez, la puerta -195- se abrió y la vieja Euriclea apareció en el umbral. Miró a derecha e izquierda, extrañada de no ver a nadie, y se disponía a regresar adentro

cuando vio que el disco del sol aparecía por encima del algarrobo de la colina. Entrecerrando los ojos, lo contempló unos momentos, con la cabeza ligeramente ladeada, hasta que la inclinó hacia el suelo al oír los piídos quejumbrosos de la pequeña alondra que había en medio del poyo...

-[196]- -197-

II

Dolio

-198- Dolio se fue derechamente a él, con los brazos abiertos...

-199-

-Todos sabíamos que Ulises había vuelto; y él, Laertes, también. Pero no lo mentó. No sé quién debió decírselo. En todo caso, no fue ni la vieja Euriclea, ni tú, ni yo, ni ninguno de los nuestros. Desde hace años nos tiene acostumbrados a su talante cazurro, tan poco dado a hablar. Pero ahora se me ocurre que tal vez oyó los ladridos del perro. ¡Pobre Argos, tan tullido por la vejez que ni fuerzas encontró para moverse del poyo en que tomaba el sol! ¡Pobre Argos! Hubieras tenido que verlo, ante Ulises, al que había reconocido súbitamente, a pesar de la traza extraña de su antiguo amo, y de que éste, de momento, permaneciera silencioso. El perro estaba allí, tendido, meneando la cola y mirando a Ulises con sus ojos turbios y legañosos, mientras ladraba, o mejor dicho, emitía de cuando en cuando y cada vez con menos fuerza, unos gruñidos plañideros que partían el alma. Quizás oyera al perro, o quizás, más tarde, oyó el zumbido de la honda y las carreras de los intrusos por los senderos y atajos... Buen recaudo de certeras pedradas les arrojó, y ellos huían como bandada de pajarillos asustados por el halcón. Ya era hora de que terminaran las orgías... ¿Qué iba a decirte? Te hablaba de Argos, ¿verdad? ¡Espera! Nos hacemos viejos; todos hemos ido envejeciendo sin advertirlo, y a veces nos falla la memoria; no podemos levantar nuestros pensamientos, como Argos no pudo levantar la cabeza. Argos, digo, fue el primero que lo reconoció; y después, cosa rara, nadie lo ha visto más... Bueno, no hablemos más del perro. El caso es, como te he dicho, que Laertes lo sabía. Lo comprendí en el mismo momento de verlo, cuando me llamó, como cada día, al atardecer. Yo había llegado de coger zarzales para hacer la valla de la era de arriba, cuando el chico mayor vino a decirme que -200- Laertes quería hablar conmigo en seguida y que lo encontraría bajo el roble que hay más allá de los corrales. Lo vi de lejos, apoyado en el tronco, vuelto el rostro hacia las tierras de labranza y al encendido poniente. «¿Debe saberlo? -me pregunté mientras me acercaba-. No, no sabe nada; de lo contrario se habría mudado de ropa». Porque has de saber que llevaba puesta la misma chaqueta pringosa y remendada que no se ha quitado de

encima desde que se fue Ulises, ¡fíjate los años que hace!; y llevaba sus grebas de cuero, llenas de barro, atadas a las piernas, e iba tocado con el bonete hecho de piel de cabra que no se quita, creo yo, ni para dormir. Así, pues, yo iba acercándome dándole vueltas a si lo sabría o no lo sabría, cuando, de pronto, pensé: «¡Hombre, claro que lo sabe! ¡Dolio, eres un badulaque por no haber caído antes en la cuenta, con tenerlo como lo tenías ante los ojos!». Laertes se hallaba bajo el roble, como tantas veces lo he visto allí, pero se apoyaba en el tronco, ¿comprendes? Apoyado, te digo, ¿entiendes? ¿No? No me extraña, pues siempre has sido un poco torpe de entendederas para comprender las cosas... ¿Has visto alguna vez que Laertes se apoyara en el tronco de un árbol, en una pared o en lo que sea? Laertes es viejo, muy viejo; los años, el trabajo y la ausencia de Ulises han debido minarlo, pero su temple no ha menguado, sus pasos no vacilan ni le tiembla la voz. Siempre ha llevado las riendas con mano firme, y por eso nadie ha podido meter mano en su hacienda, bien al revés de lo que pasó con la de Penélope. Claro que una mujer sola... Laertes nunca pregunta nada, pero lo sabe todo. Mirándote a los ojos te dice: se ha de hacer esto, aquello, y lo harás tú o lo harás hacer de determinada manera, y todo se cumple de acuerdo con su mandato. Mira, aquel año que se hundió la techumbre del establo de las vacas... Pero no viene al caso, ahora. ¿Qué te decía? Paso de una cosa a otra sin ton ni son... ¿Me escuchas? Aún tienes los pies helados. Sí, los míos también lo están, no es preciso que me lo digas, mujer. Me parece que ya no llueve... Euriclea tendría que ir a descolgar... ¡Oh, pero qué tonto soy! Ya no es preciso, porque... Pues, continuando con lo que te decía, Laertes estaba apoyado; no a dos o tres pasos del árbol y con los brazos cruzados, como tenía por costumbre, sino, como te he dicho, apoyado y con los brazos caídos. «Lo sabe, no hay duda que lo sabe. Ahora ya no hay lugar a dudas», -201- pensé echándome a temblar. Laertes debió advertir mi llegada, pero no se movió; continuó mirando al sol que se hundía tras las montañas. No sabiendo qué hacer, miré también hacia el poniente. Jamás el disco solar me había parecido tan enorme como aquél, como el de ayer tarde; y era de un color rojo anaranjado. Jamás, tampoco, había contemplado una puesta de sol tan lenta; parecía que se hubiese atascado a medio hundirse y que iba a permanecer de aquella manera para siempre. De reojo miré a Laertes: parecía un dios de arcilla roja, o que se hubiera vestido de amapolas... El mechón de pelo que se le enmaraña a cada lado de la cabeza tenía el color de las mazorcas secas y sus ojos parecían dos ascuas. Seguía inmóvil, sin parpadear, como ausente de este mundo. De pronto, la luz rojiza desapareció de encima de Laertes, como si se la hubieran arrancado de un tirón; y no tuve que volver la cabeza para saber que el sol se había puesto. Entonces, y sin mirarme, Laertes empezó a hablar con voz lenta y segura. Me volvió a coger el temblor de antes. Tenía miedo, un miedo que provenía de aquella voz de Laertes que, con todo, no sonaba como siempre. Tenía que hacer un esfuerzo para no perder el significado de lo que me decía. Mañana debía hornear, sacar el estiércol del establo y cambiar de sitio los sacos de algarrobas, porque las ratas habían agujereado un par de ellos... Dejé de temblar. La voz de Laertes seguía dándome órdenes, y yo notaba que una gran tristeza me invadía, como si bruscamente el mundo hubiese dejado de tener sentido. ¿Por qué no me miraba, Laertes? Mientras

hablaba, sus ojos continuaban fijos en el lugar por donde se había puesto el sol. En lo alto, muy arriba, del lado de las montañas, volaba un águila y se oía un gran concierto de grillos. Laertes habló entonces de los bueyes... No sé lo que dijo acerca de los bueyes; no lo entendí y no me atreví a hacérselo repetir. No hacía falta: yo había comprendido, finalmente, por qué Laertes no se atrevía a mirarme y por qué una tristeza tan profunda se había apoderado de mí. Laertes me daba órdenes por última vez, y él lo sabía... Tras unos momentos de silencio, me dijo: «Avisa a Euriclea que venga a encontrarme aquí. Ya puedes irte, Dolio». Y lo dejé sólo, allí, apoyado en el tronco del roble. Ante él, la noche empezaba a oscurecer las montañas, y yo sentía que mi tristeza me pesaba sobre el corazón como una losa negra. Euriclea bajó del -202- casal de Penélope; tú misma te habías acercado a avisarla, porque yo, antes que anocheciera, tenía que preparar el pienso para los animales. Euriclea, cabizbaja y andando con su paso menudo, como siempre, fue en busca de Laertes, bajo el roble. Al cabo de un rato, era noche cerrada ya, volvió a pasar hacia su casa; y después, casi detrás de ella, llegó Laertes. Y hoy, al rayar el alba, Euriclea ha vuelto, con un hatillo bajo el brazo. Sin decir palabras, ha entrado en el aposento de Laertes y lo ha lavado y ungido. Pero Laertes, en vez de vestirse, se ha vuelto a meter en la cama, desnudo. «Ve a abrir de par en par la puerta del casal, Dolio», me ha dicho, mirándome derecho a los ojos, esta vez. «Y deja abierta también la puerta de la habitación. Esta mañana vendrá Ulises». Desde el portal he visto cómo Euriclea tomaba el camino del azud, y después la he oído batir ropa. No ha tardado mucho en regresar, para tender en la cuerda que hay entre los dos granados la pieza lavada, un lienzo blanquísimo de lino: el sudario de Laertes, tejido por Penélope. Apenas lo acababa de tender, ha llegado Ulises. En verdad, lo he encontrado algo cambiado: más alto y robusto, sí, un hombre de buen ver, con el rostro, ¿cómo te diré?, el rostro de un hombre que ha pensado mucho en las cosas, que lo sabe ver todo de una manera distinta a como lo ven los demás, ¿entiendes? Y él a mí también me ha encontrado cambiado, claro; no en balde han pasado veinte años desde que se fue, porque al verme ha tenido de pronto un momento de vacilación, no me ha reconocido de golpe. Lo he acompañado hasta el dintel de la habitación de su padre, y lo he visto entrar y arrodillarse a la cabecera del lecho, y besar las manos del viejo; y antes de marcharme he podido darme cuenta de que desde la ventana de la habitación se podía ver el sudario tendido. Yo no sabía qué hacer; no tenía ánimo de hacer nada. Pensaba en Laertes, acabándose en su lecho, en Ulises que había vuelto y en el sudario que no me atrevía a mirar, allá delante de mí, secándose al sol, entre los dos granados. Pero cuando no miraba al sudario, pensaba en él; parecía que estuviera tendido también dentro de mí... Con él amortajarían a Laertes aquella noche, o al día siguiente, pues si el viejo se había metido en cama es que se sentía acabar, y no era hombre para equivocarse en las cosas del vivir y del morir. No, Laertes no se había equivocado nunca, ni en las personas ni en los animales. -203- «Me acercaré a ver a Penélope; así quizás me sacuda un tanto la tristeza y el encogimiento», me dije. Pero desistí inmediatamente, pensando que si Laertes me necesitaba y yo no estaba allí... ¡Oh, aquel sudario! Del extremo de un dobladillo se escurría un goteo muy tenue, como una hebra de

agua, que caía sobre una piedra... La sombra de un pájaro atravesó, veloz, el lienzo blanco; y de pronto me vino a la memoria que al llegar Ulises y salirle yo al encuentro con las dos manos tendidas, nos habíamos detenido precisamente ante el sudario y su sombra había permanecido en la tela un instante, en toda su altura. ¡La sombra del hijo sobre el sudario del padre, y en el día de su regreso! Estaba con estas cavilaciones, cuando Euriclea se acercó al lienzo y lo tocó: estaba húmedo, aún, y se fue, no sé dónde. El sol estaba muy alto; hacía una mañana de luz templada y amplia que más parecía de primavera que de otoño. Entré en el casal. La puerta de la habitación de Laertes seguía abierta y yo podía oír la voz monótona y opaca del anciano que hablaba a Ulises. «Eras un chiquillo -decía- y quizás no te acuerdes. Habíamos salido juntos a pasear por los campos y la huerta y me preguntabas a propósito de cada cosa que veías; y yo te iba diciendo sus nombres, e incluso te dije que te daba diez manzanos, trece perales, cuarenta higueras y cincuenta tiras de cepas de diversas clases. '¿Qué voy a hacer de ello ahora?', me preguntaste. 'Consérvalo para cuando seas mayor'. Pero quien lo ha conservado, y no te hago ningún reproche por nada, Ulises, he sido yo. Yo te lo he conservado todo para que tú lo continúes... Porque la tierra sólo tiene una ley: continuar...». Andando de puntillas, entré en la habitación para recoger las grebas de cuero y el bonete que Euriclea había dejado en un rincón. Ulises estaba sentado encima del lecho, con una mano de Laertes entre las suyas. Un rayo de sol caía sobre el lecho. El anciano seguía hablando: «Y no espera... Yo sólo sé que existen los soles y las lunas, muchos soles y muchas lunas... y que hay las piedras y las hierbas infinitas, los animales innumerables y las semillas de donde todo procede... Después hay también la lluvia y los vientos, y en el centro de todo, señor y esclavo, hay el hombre, y la voluntad del hombre... La tierra quiere ser tocada. El hombre se inclina, la toca y, cuando se levanta, es más fuerte. Tú me dirás que también existe el mar. Sí, pero tiene otra ley...». Y de esa manera seguía hablando el -204- viejo, con éstas y otras palabras llenas de sabiduría, y Ulises lo escuchaba con la cabeza ligeramente inclinada y aquella expresión en el rostro de cuando, siendo niño, veía por primera vez una cosa que le llamaba la atención; y yo ronceaba por la habitación, con las grebas y el bonete, hasta que, temeroso de que mi presencia pudiera enojarlo, salí afuera por la puerta trasera y di a una de las nueras, que estaba desgranando mazorcas, las grebas y el bonete, diciendo que encendiera en seguida una hoguera y lo quemase... ¿Te has dormido? ¿No? No sé por qué te explico todo eso... A mediodía el sudario estaba aún tendido, allí, entre los dos granados, pero ya no goteaba. Euriclea se había sentado bajo el granado de la derecha, esperando... «Sí, el dobladillo de abajo aún debe estar húmedo», pensé yo. Poco tiempo después, Penélope bajó del casal. Pasó junto a mí, sin verme, y entró en la habitación de Laertes. Tenía una mirada extraña, profunda y brillante, y parecía rejuvenecida. Me llegué hasta el cerro desde el que se divisa el mar: era un inmenso sudario azul. Ya sabes que a mí nunca me ha gustado el mar. No sé por qué. El mar no es de nadie... Volví en seguida. Euriclea permanecía sentada bajo el granado, con las manos en el hueco de la falda. Penélope, desde el interior, abrió la ventana de la habitación de Laertes. Fui a sentarme en un banco, caliente del sol; y pensaba en las palabras de

Laertes sobre el sol, la luna y la tierra. ¡Qué manera especial de decir las cosas tenía! Femio, cante o hable, posee en verdad una manera propia y hermosa de expresarse, pero sus palabras son un mundo incomprensible; vuelan o huyen, son bellas e irreales. En cambio, cuando Laertes habla, sus palabras son aquello de que está hablando, ¿me entiendes? Te lo diré de otro modo. Pongamos por caso que Laertes te dice: «Los bueyes...». Pues bien, al decirlo, sólo por el hecho de decirlo él, tú adviertes que en sus palabras pesan y alientan los bueyes. Hundido en estas cavilaciones, mi tristeza se había condormido y el tiempo iba pasando. El sol empezaba a inclinarse hacia poniente. De vez en cuando, por la ventana abierta, salía el murmullo fatigoso de Laertes. El lebeche ponía un temblor en el sudario. Euriclea se levantó y empezó a descolgarlo. Yo entonces volví a la habitación de Laertes y me apoyé en la pared, porque una gran debilidad se había apoderado de mis piernas. Detrás de mí entraste tú. Telémaco ya estaba allí, sentado en el lecho, -205- junto a su padre. Penélope se hallaba al otro lado, de pie, frente a la ventana abierta de par en par. Laertes se estaba acabando: su respiración era cada vez más sibilante y tenía los ojos cerrados. Daba la impresión de no sufrir. De vez en cuando, sus labios se movían, pero las palabras que no llegaban a nuestros oídos parecían hacer más denso el silencio de la habitación. De pronto, con un gran esfuerzo, se incorporó a medias y, abriendo los ojos, dijo: «Ulises... ponte allí... que te dé el sol... te veré... mejor». Ulises se levantó de la cama y, lentamente, moviéndose como si se apoyara en el silencio, fue a colocarse en el centro de la habitación, donde el sol daba de lleno. Por primera vez, advertí que los cabellos de las sienes habían encanecido. Estaba con la cabeza baja y los hombros caídos, como si el peso de los brazos los tirara hacia abajo. Laertes sonreía, mirándolo. Y dijo: «Recuerda que el año próximo... se han de devolver a Neri... cinco fanegas de trigo... y que... la yegua...». El cansancio lo obligó a detenerse. Luego prosiguió: «Todo está bien... ahora. La mar enemiga... ¿Dónde está Argos?». Sin cerrar los ojos empezó a desvariar. Penélope tenía los ojos arrasados de lágrimas. Nuestra gente comenzó a entrar, uno tras otro. Primero entraron las tres nueras, y después la anciana sirvienta de Laertes, que había venido de las islas tantos años atrás; y todas se sentaron en el suelo, en torno del lecho, y ocultaron el rostro con las manos. Luego entraron nuestros hijos. Y aunque Laertes había vuelto a tenderse en el lecho y sus ojos ya no podían ver, Ulises permanecía en el espacio iluminado por el sol. Euriclea fue la última en llegar, y no entró en la habitación: se quedó a la parte de fuera de la puerta, con las manos cruzadas a la altura del vientre y, encima de las manos, doblado y colgando, el sudario. Un buey mugió en el establo. Miré por la ventana: en la cuerda tendida entre los dos granados había un pajarillo; más allá, en la explanada, el pajar; y más allá aún se extendían las eras, los campos de cultivo, los prados y los viñedos y, al fondo de todo, las montañas que se iban azulando... El jadeo de Laertes menguaba, pero la sonrisa no había desaparecido de sus labios. El buey tornó a mugir, más fuerte que antes, con un mugido que parecía salir de la tierra e invadirlo todo con la plenitud cálida, profunda y vasta de una gran ráfaga vernal. Cuando cesó el mugido del buey, una de las nueras que estaba sentada -206- en el suelo prorrumpió en sollozos. Laertes

levantó el brazo derecho: «La tierra no llora... nunca». Dichas estas palabras, el brazo cayó pesadamente y la sonrisa desapareció de sus labios. Entonces Euriclea entró; y todos salimos... Ahora vuelve a mugir el buey, ¿oyes?... ¿Te has dormido?

-207-

III

Argos

-208- Al advertir que Odiseo se acercaba, lo halagó con la cola y dejó caer ambas orejas, mas ya no pudo salir al encuentro de su amo.

-209-

Primero fue el olor.

Argos, tendido en el poyo del casal de Penélope, con la cabeza entre las patas estiradas, levantó los ojos hacia el cerro que tenía frente a sí, más allá de la alameda, y envaró la cola. Siempre y en todo lo primero era el olor. Esta vez le había llegado después de una mezcla de olores de madreSelva, de mosto y estiércol. Oler era recordar y conocer. El olor que llegaba del cerro, antes de traer a su instinto la seguridad de la aparición que anunciaba, fue para él como un deslumbramiento doloroso, como una cabalgata de imágenes y sones procedentes de su propio pasado y de reminiscencias ancestrales de la raza: hombres sombríos cubiertos de pieles que humeaban bajo los aguaceros, rayos de sol que caían como lluvia de oro de las ramas de gigantescos árboles en selvas interminables, cuchillos que brillaban como relámpagos, el sonido de los cuernos de caza que subía como sonora humareda, el olor de la sangre encima de una piedra que los sacrificios habían consagrado, el perfume del hinojo, las patas y los colmillos del jabalí que, en la agonía, se revolvió contra Él y lo alcanzó en el talón...

Era Su olor. No había duda.

Sin apartar la mirada del camino que dividía la cima del cerro, Argos, presa de una alegre certidumbre, intentó levantarse del poyo. Se removió sobre las patas, dos o tres veces, pero al cabo se desplomó. Era inútil. Nunca se había notado las patas tan tullidas como aquella mañana, ni una debilidad tan grande se había adueñado de su cuerpo. ¡Tan hermoso que habría sido poderse lanzar, corriendo, por aquel sendero, y llegar a la cumbre al mismo tiempo que Él, que ya subía por la otra vertiente! Los olores de madreSelva, de -210- mosto y de estiércol se perdieron en una vasta ráfaga que empezó a soplar del lado del mar. ¡Oh, el olor del salobral que postergaba todos los demás olores! Pero, cosa rara, el de Él se mantenía quizás más intenso aún, más evidente. Argos emitió un gemido

lastimero, y de igual manera que en las ráfagas marinas se habían desvanecido los olores, se apagaron en su interior las imágenes de los hombres sombríos, de las selvas, de los cuchillos, de los jabalíes, los olores de sangre y el hinojo y el sonido de los cuernos de caza... Argos esperaba, jadeante y con los ojos muy abiertos. El paisaje se reflejaba, mínimo e intacto, en las oscuras pupilas del perro: la delicada línea del sendero que comenzaba después del puentecillo de madera y subía serpenteando hasta la cima del cerro, los álamos medio desnudos de follaje, el maizal, a la derecha, como un cañaveral esclarecido, la nube blanca que, tras haber pasado ante el sol, huía hacia el este... Y todo ello frágil, infinitamente minúsculo, pendiente de un movimiento de la cabeza del perro o de que cerrara los enrojecidos y lacrimosos párpados. Pero los párpados no se cerraban. De pronto, en cada una de las pupilas de Argos el arco de la cumbre se quebró y apareció Su figura, nítida e irrisoria, como un insecto prendido en el borde de una hoja, recortándose en el cielo matinal. Lentamente, alzó el brazo derecho, puso la mano a media frente, a guisa de pantalla, y permaneció así un rato. Su olor lo alcanzaba ahora como una flecha. Argos volvió a gemir y cerró los ojos... Cuando volvió a abrirlos, Él iba descendiendo hacia el casal con paso lento y seguro. En los ojos del perro, todo el paisaje parecía ir cambiando y ordenándose de una manera distinta en torno a la pequeña figura viva. Dijérase que los árboles, el sol, el cielo, el sendero, todo cuanto, poco ha, habían sido imágenes definidas en ellas mismas, existía ahora solamente porque la presencia de Aquel que seguía avanzando lo exigía y justificaba; y que si Él no estuviera allí, todo se derrumbaría irremediablemente, volvería a desligarse de toda significación y a aflorar en la conciencia contemplativa de Argos tal como había estado durante años y años...

Cuando sus pasos se oyeron próximos, Argos ya no cesó de gemir, con la cabeza gacha.

-¿Me has reconocido, Argos? -dijo la voz.

E inmediatamente después de la voz, el perro notó que -211- unos dedos le cogían la piel flácida que le colgaba bajo la mandíbula y, tirando de ella suavemente, lo forzaba a levantar la cabeza. De momento sólo vio los ojos de su antiguo amo, unos ojos que se clavaban en los suyos como dos oscuros soles; la antigua mirada, entendedora y difícil, que ordenaba y acariciaba; luego vio la frente alta y lisa, surcada por aquellas tres profundas arrugas que le daban un aire pétreo, la nariz recta, de anchas aletas y, finalmente, la boca, grande, levemente caída, con una soledad propia, de la que parecía colgar una sonrisa de compasión. Mas cuando Él se hizo atrás y Argos pudo ver la totalidad del rostro, vasto y escrutador, sintió que un estremecimiento de felicidad recorría todos sus miembros. Y Argos ladró.

Argos ladró una vez, se detuvo y volvió a ladrar. La mano de su dueño, lenta y acariciante, se deslizó desde las orejas hasta el comienzo de la cola. Y Argos ladró por tercera vez. Después, jadeante y agotado por el esfuerzo, dióse vagamente cuenta de que Él se levantaba y con paso largo entraba en el casal. Entonces cerró los ojos y, en medio del sopor que se iba adueñando de él, el eco de los cuernos de caza se mezclaba con un graznido lejano...

Un cuervo cruzaba el cielo.

A media tarde había una bandada. Iban y venían, describiendo anchos círculos encima del casal, sin dejar de graznar. Desaparecían de pronto, sus ásperas voces dejaban de oírse, pero Argos sabía que no estaban muy lejos y que no dejaban de observarlo desde el ramaje de un árbol o desde lo alto de una roca. Argos sabía.

Argos continuaba tendido en el poyo del casal, y esperaba que llegase la noche. Euriclea salió a sacar agua del pozo. Después Argos la oyó que entraba en la cocina y cogía un barreño. El sol empezaba a alargar las sombras de las mazorcas colgadas en la fachada de la casa. Dentro, Euriclea y Él hablaban en voz baja. Los cuervos seguían volando. Cuando se encendió la estrella de la tarde, Él salió y se dirigió hacia las eras. Más tarde, ya noche cerrada, salió Penélope, con la linterna encendida... Los cuervos ya se habían marchado. Empezaron a cantar los grillos y a encenderse las luciérnagas. Había llegado el momento para Argos: se dejó -212- caer del poyo y comenzó a arrastrarse hacia el olivo, fuera del recinto.

Escondido dentro del tronco del olivo, Argos, aun antes de abrir los ojos, supo que era de día por los chillidos de los cuervos. Ya podían graznar cuanto quisieran, que no saldría nunca. Llegar hasta allí le había costado arrastrarse casi toda la noche, batallando con sus patas tullidas y tirando con todo su cuerpo. Más de una vez había temido que las fuerzas le fallasen, en cuyo caso hubiera tenido que morir en descampado, donde su cuerpo, al día siguiente, sería fácil presa de los cuervos. Ya podían graznar, que no lo habrían. Ahora ya podía morir. Se hallaba dentro del tronco hueco del viejo olivo y, además, Él había vuelto. Ahora, pues, todo estaba bien. Por una rendija del tronco, miró afuera. En el suelo, en torno al olivo, giraban rápidas, una en pos de otra, como arcaduces de una enorme noria, las sombras de los cuervos. Abajo, más allá de los viñedos de la ladera, bajo el sol matutino, se veía el casal de Laertes, que le era tan familiar como el suyo. Una sábana entre los dos granados. Junto al de la izquierda, hacía mucho, muchísimo tiempo, había conocido por primera vez el amor con una perra del pueblo, en una noche de viento. Nunca más, en toda su vida, había hallado un olor como el que dejaba aquella perra con manchas negras... El amor se había repetido, pero aquel olor, no... El graznar de los cuervos parecía haberse alejado. ¿Es que los pajarracos volaban más alto o era que...? Percibía los olores más débilmente: tenues hilos de olor que se enredaban unos con otros, se quebraban y volvían a anudarse... Su mirada también se enturbiaba; del casal de Laertes sólo veía la sábana blanca, revoloteando al viento. Sí, quien lo mezclaba todo era el viento, como siempre. Y los cuervos, ¿habían huido? No; sus sombras seguían rodando, rodando, allí, en frente... Como los olores y como las imágenes. Todo venía de todas partes, de dentro y de fuera. El olor de la perra se mezclaba al olor de la sangre en la piedra de los sacrificios. ¡Otra vez el sonido de los cuernos de caza! Los hombres sombríos cubiertos de pieles humeantes estaban al acecho en la selva oscura y las bestias huían perseguidas por la jauría... No, los cuervos no lo habrían. El sonido de los cuernos de -213- caza ahogaban sus graznidos, como el olor del salobral ahuyentaba los demás olores. Los hilos de olor iban adelgazándose. El balumbo hirsuto del jabalí atravesaba un claro y se

perdía en la espesura. Los cuernos de caza sonaban cada vez más altos... ¿Por qué, de pronto, todo se entenebrecía? Del casal de Laertes, cubierto por las tinieblas, subía el olor de los bueyes... Las sombras de los enmudecidos cuervos giraban en torno al olivo, rutilantes como una rueda de luz, girando en las tinieblas... Los cuernos de caza seguían sonando. Ya no había olor, ahora. Sólo tiniebla exánime, tendida. Pero el sonido de los cuernos, como si brotara de la tierra, se alzaba como una orden de partida, y toda la sombra comenzaba a levantarse como una silente tempestad que al agigantarse tomaba la forma de Su figura... La sombra inmensa se movía hacia adelante, levemente curvada, empujada por el brusco viento que procedía de los astros, mientras Argos, hecho ya sombra también, comenzaba a seguirla, sin advertir que el eco de los cuernos se confundía con el murmullo del mar...

-[214]- -215-

IV

Euriclea

-216- ... a la cual había comprado Laertes con sus bienes en otro tiempo, apenas llegada a la pubertad, por el precio de veinte bueyes; y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó con ella, a fin de que su mujer no se irritase.

-217-

Euriclea, al oír las palabras de Laertes, cayó de hinojos. Él dijo aún:

-Harás cuanto te he dicho. Y ahora, vete.

Ella alzó lentamente la cabeza. Sus ojos fueron recorriendo el cuerpo de Laertes que, casi umbroso, se confundía con el grueso tronco del roble contra el cual se apoyaba, y se detuvieron en la testa, iluminada por el resplandor de las estrellas. Y ahogando los sollozos, murmuró:

-Así lo haré...

Y se alejó del árbol y de Laertes. Al llegar a un recodo del camino se detuvo bruscamente, cogió con ambas manos la espesa y larga cabellera que se le había deshecho al caer de rodillas ante él, la arrolló rápidamente en un flojo rodete y prosiguió su ruta. «¿Se habrá dado cuenta él?

-pensó-. ¡Oh, no! Ni siquiera me ha mirado. No es posible que se acuerde, después de tantos años».

Muchos años habían transcurrido, en verdad, desde aquella noche en que sus cabellos se habían deshecho también bajo el mismo roble. Mas a pesar del tiempo, ella no lo había olvidado. Fue poco después de haber entrado al servicio del casal. La gente dijo que Laertes había pagado a su padre veinte bueyes, tantos bueyes como años tenía entonces Euriclea. Pero nunca lo creyó, y no porque no los valiera, ella, veinte bueyes, en aquel

entonces. Pocas doncellas había en la comarca que fuesen tan bellas y tan hábiles en toda clase de menesteres como ella. Cuando llegó al casal, Anticlea, la mujer de Laertes, la había recibido de pie en el umbral, con Ulises, un rapaz que no tendría más allá de tres años, agarrado al muslo. Anticlea le preguntó de dónde venía y qué gente era la suya. Ella se lo dijo prontamente. Y Anticlea sonrió, -218- porque desde el primer momento había hallado gracia a sus ojos...

Euriclea andaba en pos de su delgada sombra. A un lado y otro del sendero los plátanos se estremecían en un gran temblor de hojas. Lejos, en los aguazales, croaban las ranas.

Sí, había hallado gracia a los ojos de Anticlea, igual que a los de Laertes. Había llegado en la época de la siega; las eras rebosaban de gritos y risas. Ella espigaba, ataba gavillas y cuidaba de Ulises, que Anticlea le confiaba a menudo...

Cesó por unos instantes el croar de las ranas y se dejó oír la nota breve y líquida de los galápagos. Euriclea caminaba por el borde de una acequia.

Sucedió una noche, después de la vendimia, una noche tan clara como la de hoy. Ella regresaba al casal llevando en la mano una esquila que había encontrado sobre la hierba, en un campo próximo. Laertes se hallaba bajo el roble. Al verla pasar, la detuvo con un ademán. «Querrá el cencerro», pensó ella, acercándose al roble. Pero Laertes no se percató de que su mano se la ofrecía, la esquila; y Euriclea había permanecido ante él, inmóvil y asombrada, presa de un vago temor. Él la miraba a los ojos, fijamente, y callaba. Por encima de su cabeza, el roble elevaba su copa y, más allá, el cielo ensanchaba un gran fulgor de estrellas. Cuando él extendió la mano hacia el cuerpo de la joven sirvienta, ella cayó de hinojos. La mano de él le acarició primero, la cabellera, que se le había deshecho. «No temas -le dijo-; levántate, Euriclea».

Las ranas reanudaron su monótono croar. La luna temblaba en el agua de la acequia.

Y ella se había levantado sin atreverse a mirarlo. Ya había percibido las manos de él encima de su cuerpo. Unas manos lentas, cálidas e inmensas que le acariciaban el rostro, el cuello, los pechos... Y, de pronto, había cesado su temor, porque acababa de comprender que pertenecía a aquellas manos, como les pertenecía cuanto la rodeaba. Aquellas manos no le arrebatában nada, antes la consagraban a aquel lugar para siempre; y era como si la acariciara el horizonte. A partir de aquel momento ella viviría doblegada bajo su autoridad y amparo, y, pasara lo que pasara, todo sería para su bien. Cuando ella alzó la cabeza, Laertes ya no la miraba, pero percibía aún sus manos encima de su cuerpo...

-219-

La vieja Euriclea, dejando tras de sí el casal de Laertes, tomó por la estrecha vereda que conducía al de Penélope en la cumbre del cerro. Ahora Euriclea andaba ante su sombra, con los brazos pegados al flanco. Andaba sin ruido, como una sombra viviente entre las inmóviles sombras de los dormidos árboles. Abajo, en la alameda, un ruiseñor rompió a cantar. Cuando Laertes apartó sus manos y se fue, un repentino terror se apoderó de ella. Entre la inmensidad de la tierra llena de sombras y ruidos y el cielo tan vasto de silencio y astros, una angustia de soledades la había

herido y una extraña emoción había soliviantado lo más profundo de su alma. Con los ojos arrasados miró a las estrellas y a aquel cielo que para ella se había engalanado aquella noche y que jamás volvería a ser igual, ya que Laertes jamás volvería a acariciarla. Sí, sola bajo el roble, aquella noche se inclinó por primera vez a la fidelidad de aquella tierra y de aquella gente, en una voluntaria y profunda servidumbre. Y cuando, fijos aún los ojos en las estrellas, sonó la esquila en su mano temblorosa, sorprendiéndola con su inesperado son, su ensimismamiento terminó: con la cabeza gacha, haciendo sonar de vez en cuando el cencerro, había regresado al casal por las sendas de la noche, como animal que vuelve al aprisco. Y ahora... ¡Ay, ahora!

La vieja Euriclea dio la vuelta al casal y entró por la puerta trasera. En la cocina las sirvientas reían ruidosamente; pero ella, sin mirarlas, se dirigió a la oscura escalera que conducía a la habitación de Penélope. Y una vez allí sacó de uno de los estantes altos el sudario de Laertes.

Al rayar el alba, Euriclea bajó a lavar el sudario al azud. Más tarde, mientras lo tendía entre los dos granados, vio los cuervos. Calmosa, alisó los pliegues que se habían formado al ponerlo en la cuerda y estiró las cuatro puntas que colgaban. Cuando hubo terminado, volvió a subir al casal, del que salió poco después en dirección al olivo.

Haciendo caso omiso de los cuervos, se inclinó a mirar en el hueco del tronco carcomido y, apartando las moscas con una mano, dejó caer la esquila con la otra sobre el cuerpo yerto de Argos. Después, poniéndolas una a una, llenó la oquedad de piedras, se enderezó y, con los ojos fijos en el espacio de cielo que los cuervos circuían, alzó los brazos lentamente...

-[220]- -221-

V

Una hormiga en el sol

-222- ... a fin de que tenga sudario el héroe Laertes cuando le alcance la Parca...

-223-

Al llegar cerca del poyo del portalón del casal de Laertes, una de las tres nueras de Dolio, la más joven, se detuvo, inclinándose hacia su hijo pequeño, que llevaba agarrado a las faldas, y le dijo:

-Tú no puedes entrar. Quédate jugando por ahí.

-Quiero ir contigo -lloriqueó el chiquillo.

-No puede ser -contestó la madre. Y añadió:- Toma, límpiate las narices -mientras apresurada y nerviosa tendía un pañuelo y, sin esperar, entraba en el casal.

El niño permaneció unos momentos con el pañuelo en la mano, sin saber qué hacer, entre extrañado y temeroso. Después se sonó maquinalmente y, de pronto, decidió que lo mejor sería ir a atisbar por el agujero que había en la puerta del establo, ya que Argos, el perro, con el que tenía deseos de jugar no se veía por ninguna parte. Cuando fuese mayor entraría solo, en el establo, y no tendría miedo de los bueyes, esas grandes bestias que cuando sueltan el ¡muuuu! diríase que todo se pone a temblar. Pero mirar adentro desde fuera, acercando un ojo al agujero, y con la puerta cerrada, claro está, era realmente una cosa que le gustaba, aunque no podía decir que se sintiera demasiado seguro, porque los bueyes tenían mucha fuerza con la testuz, según había oído decir a la hija de Mesaulio, y la puerta quién sabe si aguantaría una fuerte embestida... Pero iría. Al principio, como cada vez, tendría un poco de miedo, pero sólo en las piernas, y era una suerte de miedo que pronto pasaba...

No obstante, la hormiga hizo que se olvidara de los bueyes. La vio subiendo por el tronco del granado, y pronto le entraron deseos de cazarla, para entretenerse un ratito con ella. Pero no llegó a tiempo: cuando alargó la mano para atraparla, -224- no la alcanzó, aunque se puso de puntillas y hasta sopló con la intención de hacerla caer.

¡Condenado bicho! Se le había escapado tronco arriba, hasta perderse de vista, y ni siquiera le quedaba el recurso de trepar por el tronco, porque ¿quién puede encontrar una hormiga, una cosita tan pequeña, y que no cesa de caminar, entre tantas ramas y hojas? ¡Maldita hormiga! Después de jugar con ella hubiera podido encerrarla en la jaula del grillo... ¡Oh, no! ¡Qué tonto era! ¿Cómo podía habersele ocurrido la idea de encerrar una hormiga en una jaula hecha de tronquitos, separados, de manera que no pueda escabullirse un grillo, que es un bicho cien veces más grande que una hormiga...? En todo caso, podría guardarla en el bote donde tiene la rana. ¡Tampoco! ¿Dónde tenía la cabeza, aquella tarde? Caería al agua y se ahogaría... Pero ¿se ahogan las hormigas? Eso es algo que tendría que averiguar. Era necesario, también, pensar que la rana podría zamparse la hormiga, dentro del bote... Aunque también ignoraba si las ranas comen hormigas, de la misma manera que las gallinas comen gusanos. De momento, lo que podría hacer era procurarse otra hormiga y, después, ir a casa a buscar el bote... Porque hallar hormigas era una cosa fácil. Hay muchas, debajo de las piedras, en hileras caminando hacia los hormigueros, y podría escoger una, que fuese gorda, como la que se le había escapado tronco arriba...

El pájaro le distrajo de las hormigas. Había ido a posar se justamente en la cuerda que sostenía el gran lienzo tendido entre los dos granados. Tenía una pequeña mancha en medio del pecho, redonda como un guijarro, y le brillaban los ojos y el pico. Sabía que el pájaro huiría en cuanto se le acercara, pero de todos modos avanzaría hacia el lienzo, poco a poco, balanceando ligeramente el cuerpo, como cuando caminaba por la palanca, sobre el río, sabiendo que aquel pájaro, como todos, aunque no le miraba, presentía su proximidad, esperando a cada momento el brusco vuelo y el corto susto que seguiría, como si su corazón saltase en pos de pájaro y mirada...

Pero no fue él quien hizo huir al pájaro, sino el súbito crujir de la ventana de la estancia de Laertes, que acababan de abrir desde dentro. El

niño se volvió, al oír el ruido, y vio a Euriclea, que en aquel momento salía del casal. Sin hacer caso de ella, el niño fue a sentarse sobre la hierba cortada, -225- delante mismo del lienzo tendido, y se quedó unos momentos mirando el sol poniente que se transparentaba exactamente en el centro, redondo y rojo. «A través del lienzo no deslumbra. Y es más grande que mi cabeza», pensó.

Euriclea se detuvo a su lado, callada.

-¿Dónde está Argos? -preguntó el niño.

-No lo sé -contestó la vieja, avanzando unos pasos hacia el lienzo.

-¿Por qué lloran las mujeres, allá dentro?

-Por Laertes...

Al cabo de unos momentos de silencio, el niño volvió a preguntar.

-¿De veras que no has visto al perro?

-No.

Euriclea se detuvo muy cerca del lienzo y su figura cubrió completamente el disco rojo del sol. Empezaba a levantar los brazos para descolgarlo de la cuerda, cuando, de pronto, volvió a bajarlos, dio dos pasos hacia la derecha y se quedó mirando la hormiga que, después de haber pasado por la cuerda, empezaba a bajar por un ángulo del lienzo, en diagonal, hacia el centro, sin detenerse, como atraída por el círculo de resplandor, por aquel pan de luz hacia el cual se apresuraba.

En el mismo momento en que el buey mugió, en el establo, la hormiga entró en el sol, donde se detuvo. Entonces Euriclea alargó lentamente la mano hacia el insecto, lo cogió cuidadosamente con el pulgar y el índice e iba a soltarlo, cuando la voz del niño, desde abajo, junto a sus pies, dijo:

-¡Dámela!

Antes de hacerlo, sin embargo, Euriclea se volvió hacia la ventana abierta de la estancia de Laertes, de donde salía, cada vez más alto, el coro de llanto de las mujeres. Cuando descolgó el lienzo, el sol se había puesto.

-[226]- -227-

- V -

-[228]- -229-

El remo negro

-230-

Cuando encuentres otro caminante y te dijere que llevas un
aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el
manejable remo...

-231-

El ramalazo en la rodilla -en el lugar donde el jabalí lo hirió

muchos años ha-, un ramalazo mortecino al principio, un dolor sordo que había estado al acecho en la tiniebla y el silencio de su cuerpo de anciano, acababa de despertarlo, después de un dormir que, más que dormir, había sido una espesa modorra de los sentidos. El ramalazo en la rodilla y el piar de los pájaros. No era necesario abrir los ojos -y prefería no hacerlo, para no sentirlos vivos en la oscuridad exterior de una noche que le sería ajena- para saber llegada la hora antes del alba. Escuchaba el piar de los pájaros y la punzada lancinante atenazada en su rodilla. Había la memoria del cuerpo, pensó Ulises encogiendo ligeramente la pierna, el dolor siempre en vela como un huésped sombrío y armado, y había la memoria del espíritu con sus imágenes, sus espejos y sus pozos de recuerdos. Siempre los dos rostros: la luz y la sombra. La luz y la sombra mezclándose, enlazándose, completándose y rechazándose, difíciles de separar, porque las sombras del espíritu asaltaban a veces la luz del cuerpo, y las sombras del cuerpo asediaban la luz del espíritu. El dolor, hoy, había llegado con las imágenes y sensaciones conocidas de la muerte del jabalí: el hocico ensangrentado y espumante, el cuerpo macizo de la bestia revolcándose sobre la hojarasca, los agónicos ojos feroces, los gruñidos intermitentes, su vaga repugnancia a hundir el cuchillo en la garganta de la fiera, el clamor de los cuernos de caza, los gritos de sus compañeros y el ladrar de la jauría. La escena tantas veces evocada desfilaba de nuevo por su memoria, intacta, con la misma luz y los mismos detalles, hasta el momento en que él, después del cuchillazo, volvió para mirar el calvero, y había visto a Argos corriendo y, más allá, destacándose sobre la línea oscura de los árboles -232- del lindero del bosque, una hilera de abedules ligeramente inclinados... Y fue entonces, mientras se incorporaba con el arma en la mano, cuando el jabalí, en un brusco y postrer retorcimiento, lo alcanzó con su colmillo. Pero de todas las imágenes de aquellos momentos, la que surgía con más nitidez, y la única que ahora recordaba con placer, era la de los cuatro abedules inclinados por la furia de las tempestades, con su escaso ramaje, sus blancos troncos salpicados de manchas negras y sus ramitas curvadas, secas y sin hojas. Sin embargo, más que esta pura imagen real que sus ojos contemplaron en un fugaz momento, lo que había llegado a cobrar profundo arraigo en su vida interior era la contraimagen que su espíritu creó más tarde: cuatro mujeres peinando al sol sus largas cabelleras. Esta radiosa visión había alcanzado, por repetida fijación, casi ensombrecer lo demás, todo aquello que había sido tan concreto y evidente, tan sin sueño y efímero, que, al recordarlo, había llegado en cierta manera a sentirlo como ajeno a él. ¿Qué eran, pues, los recuerdos? ¿En el flujo y reflujo de la conciencia sólo flotaban algunas señales luminosas, algunos símbolos que se referían a una gran unidad perdida, naufragada en las aguas del tiempo o desvanecida en ignotas tinieblas? Recordar lo era todo: volver a crearse, para volver a morir en el umbral de nuevas resurrecciones. Y era, también, como soñarse desde las cumbres. Sentía la tiniebla pesar sobre él, acumulada y densa, extraña y

estéril; una tiniebla dentro de la cual la suya propia palpitaba temerosa, presa de la terrible conciencia de la Nada, de la vastedad de una noche sin espacio ni estrellas, sin pasado ni futuro, como una infinita muerte inmóvil flotando en la abolición total del tiempo, o peor aun que la muerte, el rígido silencio primordial sumergido en un sueño que no había tenido principio ni tendría fin... ¡MADRE!

¿De dónde provenía aquel grito? ¿Era él quien había gritado? ¿Había sido su pequeña y aterrorizada tiniebla la que había chillado retrocediendo? ¿O bien era el piar de las golondrinas que anidaban bajo el alero del casal? No, no eran las golondrinas. El leve piar llegaba del exterior, y lo oía caer en el silencio de la noche terrestre como migajas de sonido, mientras dentro de su alma se extinguían los últimos ecos del grito que había subido de los abismos. ¡Oh, por fin reconocía la voz! Todo el misterio, alegría y terror de su primer grito en la tierra -233- había vuelto a él desde las tinieblas de su infancia, desde aquella noche en que él, después de haber salido sigilosamente del casal, con las primeras sombras, se perdió en los trigales y, más cansado que empavorecido, buscó cobijo bajo las espigas y quedose dormido. Lo despertó la voz de su madre llamándolo. Pero él no se movió: un extraño y tranquilizador hechizo lo había inmovilizado. Sólo sabía que si contestaba todo terminaría inmediatamente: tendría que levantarse y correr al encuentro de aquella voz que lo buscaba por la noche inmensa, aquella voz que acabaría por hallarlo, porque era el heraldo de unos ojos y de unos brazos que lo veían todo y lo palpaban todo en su búsqueda inevitable. Y él, inmóvil bajo las inclinadas espigas sólo sabía que no debía moverse. «¡Ulises!». Su madre lo llamaba a intervalos regulares, en voz no muy alta, y después de una corta pausa, añadía: «¡Hijo!». Él continuaba acostado, con los ojos abiertos y el corazón latiéndole dolorosamente, y le parecía que la voz, después de haber salido de la boca de su madre, se prolongaba, viva, en el silencio de la noche, oscilaba en cada una de las espigas del trigal y huía hacia las montañas... «¡Ulises!», se volvía a oír, como si fuese el eco exacto de la llamada anterior que volvía a los labios de su madre. Él pensaba con tristeza en el momento en que ella lo hallaría y se lo llevaría de nuevo hacia el casal, hacia la vida cotidiana y varia que había de compartir con seres y cosas extraños a ambos, hacia el mundo que los separaba y en el cual la voz, los ojos y los brazos de su madre no eran para él solo. «¡Hijo!». La luz de la linterna enrojeció un instante las espigas encima de él; oyó un ruido seco de tallos pisados y otra vez la luz enrojeció las espigas. Su madre avanzó unos pasos y se detuvo. Sobre él oscilaba la mancha roja de la linterna. «¡Ulises!». Enmarcada por el espacio que la mano había abierto, Ulises vio la parte derecha del rostro, iluminado por la luz de la linterna que ella mantenía alzada por encima de su cabeza. Su madre aún no lo había visto: miraba más allá del ruedo de la luz, como si la mirada fuese en pos de la palabra que su boca acababa de lanzar, escrutando y escuchando, con la cabeza ladeada y el ojo muy

abierto y fijo. Sólo duró un instante, pero Ulises advirtió el contraste entre la voz dominada por la inflexible voluntad de no traicionarse y el rostro tenso, desfigurado por la angustia y la alerta, crispado por el terror, la incertidumbre y la decisión. Vio la profunda soledad del -234- rostro de su madre, la máscara trágica que su alma desesperada le había puesto: la boca entreabierta por donde se exhalaba el jadeo, la mejilla sumida en la sombra del pómulos, la guedeja de pelo negro que bajaba de la frente como una ancha grieta que terminaba junto a la comisura de los labios, el ojo que había perdido su fijeza y se movía sin parpadear, con una mirada que retrocedía lentamente de las últimas distancias de la noche, segando el espacio por encima de las mieses, moviéndose ora a la derecha, ora a la izquierda, buscando la esperanza o la fatalidad que pudieran ocultar las tinieblas, la ávida, inflexible mirada que deseaba y a la vez temía saber, y que continuaba retrocediendo, se acercaba ya al ruedo de luz temblorosa que arrojaba la linterna... «¡Hijo!», gritó de súbito. Y Ulises vio la boca abierta por la alegría y, más allá, la instantánea mutación -como si desde abajo alguien hubiese arrancado de un tirón la máscara que, en un instante, se había convertido en una corteza inútil-, las facciones ensanchadas por el grito y la risa y la canción posible, la alegría nueva y el alivio, el rostro inclinado de su madre con los ojos llenos otra vez de la imagen del hijo, brillantes e inmediatos, bajando hacia él con todas las estrellas del cielo... ¡MADRE!

El dolor -localizado ahora a un lado de la rodilla-, un dolor agudo y fibrilar, le sensibilizaba todo el cuerpo, desnudo bajo la áspera manta de lana. Abrió un momento los ojos y volvió la cabeza hacia la ventana abierta: noche aún, pero la aurora era inminente; las golondrinas habían cesado de piar y las estrellas palidecían. Como siempre, el día vendría del mar. «Hace meses que no me he acercado al mar. Hoy iré», díjose, volviendo a cerrar los ojos. Llevaba en la sangre el rumor del mar y el silencio de la tierra. Cuando todos los azares se agotaron, regresó a la tierra, a los árboles, a las bestias, a los lentos retoñares, a la paz variable de las estaciones. Pero el mar había continuado viviendo en su espíritu como una inmensa presencia, como un rumoroso pensamiento sin eco. Y, bruscamente, el himno del mar levantábase de nuevo convertido en visión-

¡Oh, el yunque del mar!
¡Oh, el azul, infinito yunque del mar bajo los áureos
martillos,
-235-
bajo los soles de la raza,
con la forja incesante de mitos y mareas y dioses
percederos,
y risas a la sombra de los pórticos, y arcos iris
uniendo horizontes y arenales!

¡Oh, los aludes de soles,
la radiante simiente colmando la eterna matriz de la
mar!

Y la luz y sus danzas
en los oteros diurnos: el núbil cuerpo desnudo de las
mañanas
temblando dentro de las calas donde duermen la gaviota,
la vela y el pino:
la esbelta virgen que huye
haciendo sonar címbalos de cielo, salpicada de espuma,
riendo y chillando,
con las miradas llenas de cumbres
y los cabellos resplandecientes de garbino.
¡Oh, la luz del mediodía que se inclina como un gran
torso de trigo
atravesado por saetas de sal,
y que al atardecer se tiende a morir sobre las
tranquilas dunas
con un ramo de coral en el vientre!
¡Oh, la cuna del mar!
¡Oh, las líquidas eras,
la gran ágora eterna donde el viento, el adalid de los
astros, extiende la sombra
gigantesca del ciego que nació en siete ciudades!...

En su duermevela, Ulises vio alzarse del mar y avanzar la sombra
augusta. Pero él no estaba en el mar. Él no estaba en el mar ni en
la tierra. Él era un anhelo oculto dentro de las jadeantes montañas
que una lenta aurora coloreaba; él era el sueño que surgiría de la
paciente y astuta sabiduría de una raza que ya saltaba de las
hogueras a las proas... Él no estaba en el mar aún: dormía fuera del
tiempo, pero sabía que estaba durmiendo, se sentía dormir, y quería
despertarse y no podía. La sombra inmensa del anciano seguía
buscándolo inútilmente -236- por el mar. Él dormía como el metal
duerme, disperso, dentro de la roca. Y la sombra lo llamaba,
cantando. Toda la sombra, agigantándose en la marcha, íbase
volviendo sonora, y, a medida que se acercaba, las olas se amansaban
como en torno a un pastor se tiende un rebaño medroso, y la tierra
aprestaba un vasto florecer. Pero la sombra no era la música
heroica: ésta brotaba de arriba, en un chorro continuo, bajaba de
las tres cuerdas enmarcadas por los cuernos de la lira que la mano
alzada sostenía como un trofeo e inundaba el alma vagabunda del
anciano aeda que buscaba a Ulises para entregarle el sagrado mensaje
de las bodas de la tierra y el mar-

¡Oh, naciones de naves y arados, claros litorales de
esperanza!
¡Qué alegría de húmedas axilas alrededor de las pétreas
atalayas!
¡Oh, qué diosa con hondas y espuma despierta ante las
aras!
¡Qué leyes dentro de las ánforas,
oh, futuro de ayer,
oh, pasado de mañana!

¡Oh, países del sol!
¡Oh, divino Vigor de unos pueblos que descienden de un
grito de oréade:
gente de siega y vendimia,
gente de red y timón,
intérpretes de los pájaros y del fuego,
sacerdotes entre los pámpanos y los astros,
caudillos de una épica ilustre donde triunfan
la corona,
la rueda,
y el pan!
¡Oh, países de mar y de sol
donde se levantan las águilas que irrumpen en el Canto!

Él se sentía ahora encadenado a la música que había brotado del
mensaje del aeda ciego, de la música que se había -237-
precipitado contra las playas y las rocas. Él había nacido de
aquella música divina que lo rodeaba con su radiante potencia, con
su fuerza elemental y maravillosa. Él era el hijo diurno de aquella
música que se desbordaba con una furia calculada, de aquella música
que no tendría fin porque, de tanto sobrepasarlos, sus orígenes se
habían fundido en la fragosidad del tiempo. Él vivía en ella: en las
estaciones ascendentes y descendentes de los años, en la luz que tan
nítidamente rodeaba a un héroe como a una fruta, en las caídas de
las olas junto a las rocas agrietadas, en la torrencial fluencia de
una poesía que vivía como un acto grandioso bajo los cielos
despiertos de águilas y gaviotas. Desde la tierra, él se veía en el
mar, coronado de solsticios, y se sentía mecido por el vaivén de las
aguas, se veía perdido entre nieblas inmóviles, y oía los aullidos
del viento y, más allá, siempre en una anhelada lontananza, el
cántico de las islas...

Una súbita sensación de despeñamiento, seguida de pánico, hizo presa
en él. Abrió los brazos para aferrarse, aunque sabía que un vacío
absoluto lo rodeaba, y trató de abrir los ojos. Pero los párpados no
llegaron a despejarse, porque la voluntad de abrirlos fue barrida
por la fuerza irresistible de la vertiginosa caída vertical. El
miedo de los primeros momentos fue menguando, como tragado también

por el abismal vacío. Ulises tenía la vaga sensación de que, arriba, muy arriba, en una distancia perdida de la que cada vez se alejaba más, quedaba el ramalazo doloroso de su rodilla, de donde pendía el tenue e interminable hilo de su caída. La punzada -tan lejos de él ya- latía con el redoble rítmico y sordo de un tambor ritual... De súbito, cesó de caer, osciló de derecha a izquierda, una y otra vez, en un ancho movimiento pendular, y se detuvo. Abrió los ojos: el hilo por el cual había descendido deslizándose colgaba ante sus ojos como una delgada grieta iridiscente. Empezó a andar lentamente, sin dejar de mirar el hilo de luz que rayaba los ámbitos de tiniebla. Ya no oía la punzada. Avanzaba flotando, como si hollara su propio silencio, poseído de una incorpórea ligereza. Como hilados por arañas invisibles, de arriba abajo empezaron a caer hilos luminosos, que formaron una espesa cortina... Y anduvo por un gran valle de penumbra, corrió por un angosto -238- camino bordeado de almiarés de sal y se detuvo junto a una inmensa era en el centro de la cual se levantaba una horqueta, clavada al suelo por el mango: arriba, colocada entre las dos puntas, la máscara del rostro de su madre, inclinada hacia el suelo, movía los labios lentamente, repitiendo el nombre de él, que no se oía, mientras de las cuencas vacías manaban lágrimas de sangre... Huyó. Montañas invisibles repetían su nombre, lo llamaban con el mismo acento de voz de su madre, y unos brazos gigantescos trataban de rodearlo... Abrió una puerta de arena húmeda, se halló dentro de un corredor formado por dos muros de algas chorreantes y entró en una espaciosa estancia submarina en cuyo centro Oriala danzaba ante las sombras acostadas de Euri y Elpénor. Siguió adelante, pero su marcha íbase haciendo tan penosa que tenía que ayudarse moviendo los brazos, ya dentro de una glauca y sólida fosforescencia cruzada de rojos relámpagos y de oscilantes sombras vegetales. De repente, se detuvo: ante él, en una explanada de luz casi blanca, se alzaban los cuatro abedules que vio el día de la cacería del jabalí. Separándose poco a poco de los otros tres, uno de los abedules avanzó, y Ulises atónito, advirtió que el árbol, a medida que se le iba acercando, cobraba la forma de Nausica. Y Nausica pasó por delante de él encarnada en el momento más alto de su tristeza, silenciosa y frágil, con los ojos colmados de lejanías y el brazo levantado en un gesto de adiós y de plácida renunciación que ascendía hacia los astros. El segundo abedul se transfiguró en Calipso: pasó con la cabeza ladeada, escuchando aún los dos latidos diferentes de su destino, y las dos manos puestas sobre el vientre. El tercer abedul era Circe de Eea, con sus senos erguidos, su enmarañada cabellera luminosa y la boca llena de sol. La última fue Penélope, quien antes de marchar en pos de las demás, dio una vuelta alrededor de Ulises, agachada la cabeza y la mano derecha aún levantada, con el índice y el pulgar unidos, como si sostuviera el gancho del candil. Y cuando todas hubieron pasado, Ulises, poseído de un vehemente anhelo, quiso correr tras ellas; pero sus movimientos, en vez de hacerlo avanzar, lo hacían ascender, remontar el abismo de agua cada vez más transparente y rumoroso. La ascensión, como la caída anterior, era vertical. Ahusado e

ingrvido, presa de la profunda alegría del retorno, henda las aguas, volaba hacia la superficie, acariciado por oleadas -239- tibias, rodeado de verdes claridades jaspeadas de amarillo, y sonreía, tanto al sueño que había dejado atrás como al dolor, que volvía a aferrarse a su rodilla, y al nuevo día inminente...

Lo despertó la tibieza del sol sobre su cuerpo desnudo. Aún sonriendo, se levantó de la cama, fue a abrir las ventanas y, después, empezó a vestirse. Afuera, Neria cantaba.

La luz de la mañana de junio se había asentado sobre la tierra como una muralla de oro sobre la cual el cielo liso colgaba como una curvada ala de cristal. Pero a medida que el día avanzaba, la parte alta de la muralla se iba disolviendo, desintegrando en partículas flotantes, mientras en la parte baja, a ras del suelo, la luz se volvía cada vez más estable, ancha y compacta y como independiente del sol, que aparecía como una bola irrisoria lanzada en el azul por azar. Todas las cosas, dentro de la amurallada y baja luz terrestre, parecían hallarse dentro de hornacinas, desde donde velaban las lentas transfiguraciones de las sombras propias que yacían tendidas en el suelo. Al pie de las colinas, la evanescencia del rocío daba una calidad metálica al verdor de la hierba acostada en suaves ondulaciones.

Ulises se hallaba de pie a la puerta del casal. Neria, la hija de Telémaco y Doria, seguía cantando, moviéndose, bulliciosa, entre la magnolia y las alheas, detrás del pozo. Entre el follaje y las ramas, la figura de la muchacha se movía rápidamente, como si danzara la canción que cantaba. La fimbria de la vestidura revolo entre las piernas en un rizamiento de corola marchita, un brazo desnudo fulguro un instante en el relámpago de un gesto, dos manos se juntaron sobre la nuca... Ulises escuchaba, pero la canción le era desconocida. «Oh, nubes! Oh, Laos!...», cantaba la voz de Neria. Y después: «Oh cielo, cielo, y verde hierba, y sol...! Oh, Laos!», seguía cantando. Ulises comprendo que Neria, su nieta, cantaba el gozo de que estaba colmada enumerando sencillamente las cosas que sus ojos veían, las cosas que la rodeaban. Pero quen era Laos? No conocía a nadie que llevase este nombre. «Debe ser un joven segador forastero que ha venido para la siega», pensó. La canción fue interrumpida por una breve risa, pero al punto prosiguió: «Oh, montañas azules! -240- Hoja y rocío...! Oh, Laos!». Y la voz sin dejar de cantar, fue bajando de tono hasta que dejó de oírse. Disponase Ulises a trasponer el umbral, cuando su atención fue atraída por un gorrión que acababa de posarse en el pretil del pozo. El pájaro dio un par de cortos saltos y se detuvo. Ahuecado e inmóvil, con el cuerpo no mayor que una bola de plátano, enhorcado por las dos frágiles y encanijadas patas que se articulaban en el diminuto pavor de sus cuatro dedos ligeramente encogidos y de sus uñas que se curvaban como minúsculas hoces, aquel gorrión suscitaba a Ulises la idea de un extraño juguete y le producía un vago malestar. Quizás, pensó, aquello era debido al contraste entre la inmovilidad del pájaro y la viva y radiante alegría que vibraba en la luz matinal. De repente, advirtió que el gorrión tenía la cabeza

ladeada y lo estaba mirando con un ojo que brillaba como una gota helada. El pájaro lo miraba. Ulises sintióse hechizado por el penetrante fulgor que irradiaba aquella pupila misteriosa que lo espiaba desde una cabeza de gorrión. Pero no comprendía aún. Sin parar mientes en ello, Ulises transpuso el peldaño y dio un paso. El pájaro, asustado, voló hacia el cercano olivar. Ulises siguió con la mirada el vuelo recto y zumbante del gorrión, y lo vio posarse en la rama cimera de un viejo olivo, desde donde el ojo siguió mirándolo con la misma fijeza obsesionante. Pero esta vez, comprendiendo Ulises que estaba bajo la mirada de la diosa de ojos azules, empezó a andar hacia el olivo.

-¿A dónde vas, abuelo?

Sorprendido, Ulises volvió el rostro. Neria reía, sentada en el pretil del pozo, en el mismo lugar donde unos momentos antes había estado el pájaro.

-Y tú, ¿de dónde vienes? -preguntó él, sonriendo-. Hace un rato, te oí cantar.

-Vengo del prado... El potro andaba suelto. ¡Lo que he tenido que correr para alcanzarlo! Ahora está amarrado a un chopo.

Ulises miraba a Neria en silencio. Un rayo de sol caía sobre su hombro. Era como un puñado de hormigas amarillas. «Es hermosa. Su rostro resplandece. Todavía está jadeando por la carrera. ¡Cómo se parece a Penélope! Es hermosa y huele a árbol», pensó Ulises.

-Esta madrugada llegó más gente -dijo Neria.

-241-

-¿De dónde?

-De Cimdaura. Dos cuadrillas de segadores.

-Sí...

«Huele a árbol y su voz suena como agua entre piedras. Está llena de amor. ¡Cómo se parece a Penélope joven! Allá abajo, el potro amarrado salta como si quisiera descargarse del peso de la luz. Salta, y su sombra salta delante de él. Ahora se encabrita, y su sombra, durante unos instantes, se detiene y se enrosca como una serpiente negra. Neria me mira, sonriendo, pero ignora que su sonrisa no es su sonrisa. Ahora levanta la cabeza, donde la luz del sol parece una corona de abejas. Ya no jadea. Huele a árbol...».

-¿Te duele hoy la rodilla, abuelo?

-Ahora, no. Esta mañana me llegaré hasta el mar.

-¡Ah! Se me había olvidado...

-¿Qué?

-Había olvidado decirte que ha vuelto aquel hombre extraño que vino ayer. Salía yo, al apuntar el alba, y lo he visto parado delante de la puerta, como esperando.

-¿Estás segura de que es el mismo de ayer?

-Sí, llevaba la misma capa oscura y, por otra parte, he reconocido de inmediato su rostro enjuto y sus ojos inmóviles. Además, me ha hecho la misma pregunta: «¿Podría ver a Ulises?». Le he contestado que te encontrabas todavía en la cama y que, si así lo deseaba, podía esperarte. Pero el hombre, sin contestar, se ha marchado. No sé quién debe ser.

-Ya volverá. ¡Adiós, Neria! -dijo Ulises, marchándose.

-¡Adiós, abuelo!

Ya en el camino que conducía al olivar, Ulises se detuvo y, volviéndose, gritó:

-¡Neria!

Ella, sentada aún en el brocal del pozo, lo interrogó con la mirada.

Ulises dijo:

-¿Quién es Laos?

Neria saltó al suelo y, después de un corto silencio, mirando a

Ulises que había emprendido otra vez la marcha, contestó:

-Es él...

La rama cimera del olivo oscilaba ligeramente. En una horcadura, el ojo brillaba como una pequeña moneda azul. Cuando Ulises llegó bajo el olivo, miró hacia arriba: la rama -242- seguía balanceándose, pero el pájaro había desaparecido. Dio un par de vueltas alrededor del árbol, examinando una a una las retorcidas ramas, y luego sentose en el tocón, que crujió bajo su peso. Junto a sus pies había un leve temblor de hojas. Una noche de otoño, hacía muchos años, las hojas de aquel mismo olivo hicieron temblar luz de luna sobre él y Penélope, en la reanudación del amor. Aquella noche la tierra cantó para ambos, y después la canción se prolongó durante algunos años, hasta que Penélope cerró los ojos para siempre, a principios de primavera. Por voluntad de ella, su cuerpo permaneció toda una noche en la era, con el candil encendido a su lado. Y él la veló, solo, dando vueltas alrededor de la difunta, que parecía dormir sobre su yacija de heno, bajo las estrellas de siempre, que también rodaban y de donde parecía descender el perfume de los almendros en flor. Aquella fue su primera noche de viejo. En la soledad de aquellas horas pasadas junto al cuerpo de Penélope, comprendió que sus recuerdos desmesurados se convertirían en la ley de su vivir, y lo aceptó sin rebelarse porque su alma era valerosa. Y cuando la aurora extendió al lado de Penélope yacente la sombra inclinada de él, y él lo advirtió, agachose a apagar el candil y luego, irguiendo todo su cuerpo, se encaminó hacia el casal y entró en él, y lo sintió infinitamente vacío y silencioso...

Antes de levantarse, alzó la cabeza. El pájaro había volado; la rama ya no se movía. El mar... Se hacía tarde. El mar... No era hora de melancolías. Sus ojos anhelaban contemplar el mar. Iría en seguida. Puso ambas manos sobre el tocón, para levantarse. Crujiendo, la madera seca se sumió. Sin curiosidad, casi sin quererlo, Ulises miró hacia la oquedad del tronco... Así, Laos, era él, y Neria era una muchacha que olía a árbol y a amor. La tierra cantaría para ellos. La mirada azul había huido con el pájaro... Después, el día que siguió al entierro de Penélope, él regresó a la era y quemó la yacija de heno. La humareda trepó como una madre selva. No había pájaros. Ni a la derecha ni a la izquierda. Ni uno solo. El sol ascendió y se hundió como un escudo de hielo rojo. Roturó la era, a fin de que desapareciese para siempre, con el viejo arado de su padre, bajo una tibia llovizna, y percibió otra vez el perfume de los almendros, el perfume de una dulzura nostálgica que se volvía

líquida con la lluvia y penetraba en la tierra abierta. Y no había habido pájaros. Ningún pájaro. -243- El mar... El mar... ¡Oh, el mar! Pero ¿qué era aquello, allá dentro, blanco...? El mar... El mar... Se hacía tarde. El potro, más allá del hombro de Neria, brincando por el prado, el blando trueno de sus pezuñas y sus saltos para librarse del jinete del sol... Aquello blanco, allá dentro... El mar, el...

De un tirón arrancó una penca de la cepa, y vio el esqueleto de Argos rodeado de piedras. Ahogando un grito, retrocedió. Luego volvió a acercarse, lleno de horror, sorpresa y ternura. El pobre Argos había sabido escoger el lugar donde morir. Una a una, Ulises fue sacando las piedras de la oquedad. Blanco, de una fragilidad calcárea, el esqueleto del perro se conservaba entero, con su costillar menguante como las cuerdas de un arpa, el cráneo como una luna deforme entre las dos patas, las vacías cuencas, que no eran otra cosa que una ceguera ausente, feroz y abstracta, las vértebras de la cola colgando como un témpano, y todo minuciosamente labrado por el tiempo, pulido por los dedos de la lluvia, perfecto y acabado con una perfección geométrica que se había desprendido de todos los vivientes y pútridos avatares, como si la vida y la forma que existieron en otro tiempo sólo hubiesen sido un juego y una estancia provisional.

Pensando en Argos vivo, Ulises regresó hacia el casal por el camino rocoso. Se detuvo un momento ante el portal, dio media vuelta y se dirigió hacia el cobertizo que se levantaba adosado al final del patio. Entró. Momentos después salía llevando sobre el hombro su remo, del que colgaban algunos hilos de telaraña.

Pasó por delante del olivo, sin mirarlo. Al llegar al primer recodo del camino, en medio de la cuesta, detúvose para cambiar el remo de hombro. Siguió andando, pero poco después deteníase de nuevo. Lentamente, al mismo tiempo que volvía a cambiarse el remo de hombro, dio una vuelta y regresó. Al llegar junto al olivo dejó el remo apoyado contra el tronco y, advirtiéndolo las telarañas, las sacudió con la mano. Hecho esto, se agachó, cogió una piedra esquinada y con ella empezó a abrir un hoyo. Pero a la mitad de su faena, soltó la piedra y fue a buscar el remo, con el cual, manejándolo como si fuera una pala, terminó un hoyo de dos codos de largo por uno de ancho. Sin moverse de sitio, volviéndose a medias, alargó el remo hacia la oquedad del tronco rajado y con la punta de la pala alcanzó algunos huesos del esqueleto y los -244- arrojó dentro del hoyo. Al repetir el movimiento, advirtió que, prendido entre los huesos de dos costillas, había algo que tenía la forera de un extraño fruto capsular. Movié el remo y oyó un sordo retintín. Sorprendido, sacudió el remo de nuevo, y la esquila cayó al suelo...

De pie junto al camino y cogiendo el remo con ambas manos, Ulises levantó los ojos y estuvo contemplando durante un rato las dos enormes nubes blancas que el viento guiaba hacia el oeste, hacia las montañas que habían cobrado un color de humo azulado. Dos nubes que venían del mar. Lentas y pesadas como la yunta de bueyes que se

acercaba. El viento pasaba alto -un continuo desgarro sibilante o el zumbido de mil hondas-, como un adalid de azules lontananzas. A ras del suelo, no se movía ni una brizna. La nube delantera arrojó a la llanura una isla de sombra clara, sin contornos, un simple enturbiamiento de sol que suavizó las recortadas sombras de los árboles. Ulises volvió el rostro hacia los bueyes. Destacándose sobre el horizonte, la yunta seguía avanzando con un ritmo letárgico y macizo, como un solo cuerpo y una sola testa de cuatro astas, halando dulcemente su marcha con la misma facilidad que arrastrarían una nave, con la misma fuerza muda y resignada -como más allá del dolor y el esfuerzo- con que arrastraban su destino de humildad y silencio entre el cielo que se apoyaba en su oscura cornamenta y la tierra donde dejaban la huella de sus pezuñas.

De súbito, Ulises vio aparecer detrás de los bueyes la pequeña figura de una niña con un palo en la mano, la cual, al advertir que Ulises la estaba mirando, bajó la cabeza. No la conocía, no la había visto nunca. Pero sin saber por qué -quizás por su manera de andar apoyándose sobre la punta de los pies- pensó en Euriclea. Los bueyes pasaron. La chiquilla, al llegar ante Ulises, se detuvo, sin levantar la cabeza. Un harapo cubría su desmedrado cuerpo e iba descalza. Una gran salpicadura de barro se secaba en una de sus piernas.

-¿Quién eres? -preguntó Ulises.

En vez de contestar, la niña se volvió hacia él, sin levantar tampoco la cabeza. Su rostro ancho y atezado por el sol irradiaba una serena dulzura, una tranquila seguridad que -245- sorprendió a Ulises. El rostro correspondía al de una niña de nueve años, pero la expresión -a pesar de que mantenía los párpados tan cerrados que los ojos no se veían- no tenía nada de infantil.

-¿Quién eres? -repitió Ulises.

Como si no hubiese oído la pregunta, ella avanzó unos pasos, hasta colocarse dentro de la sombra que el cuerpo de Ulises proyectaba sobre el camino. Entonces, casi sin mover los labios, dijo:

-La hija de Mesaulio.

Ulises se le acercó y, prendiendo la esquila en la punta del palo que ella llevaba en la mano, dijo:

-¡Ve! Los bueyes están lejos...

Ella levantó la cabeza, lentamente, y miró a Ulises con los ojos muy abiertos. Y Ulises, estremeciéndose, reconoció en las claras pupilas de la hija de Mesaulio el divinal fulgor que tantas veces lo había guiado.

-Los bueyes...

Pero ella ya corría por el camino, al acoso de unos bueyes invisibles, mientras en la altura, muy arriba, como siguiéndola, volaba un águila...

El mar se hallaba cerca: ya se oía su rumor. Al salir del pinar, dejó el camino que llevaba a la caleta y dobló hacia la izquierda, hacia el sendero abrupto que terminaba en el promontorio. Empezó a subir entre rocas, y con él subía el perfume de los pinos, que el bochorno del mediodía avivaba, y el estridor incesante de las

cigarras.

A mitad del camino se sentó sobre el borde de una roca. Sentíase infinitamente cansado y se arrepentía de no haber bajado a la caleta, donde hubiera podido descansar a la sombra de los tamariscos. Había escogido la peor hora para ir a ver el mar. Quizás sería mejor retroceder, regresar a casa... ¡Oh, no! Nunca ni en nada se había quedado a mitad del camino, ni había temido las despedidas.

Lenta y penosamente, Ulises subía, apoyándose en el remo. La luz parecía amasada con cal viva, y el perfume de los pinos, cada vez más intenso, se le pegaba a la garganta. El rumor del mar se mezclaba con el canto de las cigarras. Cada nuevo paso que daba -y más ahora que le dolía otra vez la -246- rodilla- era una victoria precaria sobre el paso anterior. Poco antes de llegar arriba cayó. De bruces sobre el remo, cerró los ojos, casi feliz de sentirse tan agotado que no podría levantarse y continuar la marcha. Dentro de él, el rumor se hacía blanco y se despeñaba hacia la caleta tranquila, hacia el agua verde y silenciosa del sueño, hacia la sombra de los tamariscos, donde la niña de los bueyes lo esperaba con sus ojos azules y una esquila... Pero, despabilándose, levantose y continuó subiendo. Una vez arriba y antes de volverse para mirar al mar, Ulises respiró el tenue y meloso perfume del retamar. La retama siempre había sido un placer para sus ojos y su olfato; pero ahora, después del capitoso perfume de la resina que había tenido que oler en la subida, el goce era suavizador como un bálsamo. Acostado sobre una roca en declive alisada por la lluvia que se hallaba en la punta del promontorio, junto al acantilado, Ulises contemplaba el mar de los dioses y los hombres, el mar inmortal y solo como un pensamiento inagotable, y una beatitud infinita, una serena paz nostálgica iba invadiendo su alma. Mirando hacia abajo, a su derecha, podía ver la cala, con una vieja barca abandonada cerca del rompiente, y, más allá de las rocas, la mancha verde de un pinar. A la izquierda, allende el acantilado, se abría la bahía, rodeada, por el lado de tierra, de un gran anfiteatro de montañas soleadas. Aquel día el mar era azul, de un azul gris de agave al alba, pero hacia el horizonte la neblina se argentaba ligeramente. La marejada lo rizaba en olas rápidas y cortas que, cerca de la costa, se encrespaban de espuma, la cual se deshilachaba al llegar a los arenales y se prendía a la base de los peñascos con arracimamientos que se diluían poco a poco. Ulises escuchaba el vasto jadeo del mar, la respiración total de las movientes aguas, y, más próximo y concreto, debajo del lugar donde se hallaba, oía el retumbo de las gruesas olas avanzando y retrocediendo dentro de las cuevas y cavernas o rompiendo contra los muros de roca, y aún, los chillidos de las gaviotas en sus nidos. Y ora dejaba que su mirada vagase por toda la anchura del horizonte, ora levantaba los ojos hacia el cielo, que era de una pureza resplandeciente y de donde parecía llover el aroma de la retama...

Colmado de mar, cielo y perfume, Ulises sentíase inmerso en un éxtasis de los sentidos en el que el tiempo no existía y -247-

la realidad se diluía en una calma aniquiladora. Su espíritu, toda la sensible profundidad de su ser, sumergíase en una paz sin recuerdos y sin anhelos, en la pura conciencia de la destrucción, del reposo sin límites en la luz torrencial de la muerte. Y para que aquellos instantes se prolongaran, sentíase tentado a dejarse deslizar por la roca donde se hallaba acostado, a despeñarse para siempre en el balanceo del mar sonoro, a flotar en el fresco oleaje, oliendo eternamente aquellos efluvios embriagadores de la retama... Pero no se movía. Las gaviotas seguían chillando. ¿Las gaviotas? ¿Era de las gaviotas aquel chillido que atravesaba la quietud del aire y la luz, de aquella luz cada vez más diáfana, más radiante, pero que no turbaba su maravilloso arrobo? Ahora una de ellas volaba rozando las olas y desaparecía mar adentro, para reaparecer después, lejana, en la altura, y borrarse de nuevo engullida por el horizonte. Casi no se oía el chillar de las gaviotas, y la luz, gradualmente, iba adquiriendo la transparencia que él anticipaba en su sueño extasiado. Escrutando el horizonte, Ulises esperaba... Pero sabía que no esperaba a la gaviota, la gaviota que ya regresaba, blanca y única, de la lontananza. No esperaba: presentía. El rumor del mar íbase trocando en la cadencia del deliquio que lo embargaba. En sus nidos, las gaviotas habían callado. El perfume de la retama se eterizaba, y respirarlo era como respirar la luz... ¡Oh, deslizarse, abrazado al remo, volver al mar inmenso que llenaba su corazón y sus ojos, flotar al azar de las olas y un día resucitar convertido en el sueño de la tierra! Ser en el mar el sueño de la tierra, y en la tierra el sueño del mar... ¡Oh, la gaviota, allá, sobre su cabeza!

Sobre su cabeza, en lo alto, la gaviota volaba describiendo anchos círculos lentos, cerniéndose con las alas completamente extendidas, inmóviles y refulgentes. Cerníase y descendía lanzando, de vez en vez, un chillido corto, como embriagada por la inmensidad del cielo y del mar. Mas para Ulises -que con la cabeza levantada seguía las evoluciones del ave- el mar ya no existía: sólo veía la pureza absoluta de un firmamento que era el simulacro de su paz y la gaviota que se cernía en el azul trazando rápidos círculos, la gaviota que, chillando, se había súbitamente convertido en una noria de blanca que giraba vertiginosamente dentro de su alma, donde -248- una oréade huía gritando... El girar de la noria iba amenguando poco a poco, y amenguaba también el eco del grito que resonaba por los ámbitos de una luz más gloriosa, en la que Ulises veía surgir las imágenes de su presentimiento convertido ya en visión. Primero, como si se hubiese acercado al lugar desde la altura, Ulises vio una ancha bahía detrás de la cual se extendía una llanura de verdes olivares, cerrada, al fondo, por una barrera de montañas de nevadas cumbres. En la playa, gente de las islas cercanas saltaba ágilmente de las barcas de labradas proas y blancas velas, para ir a reunirse con una multitud congregada al pie de una colina sin árboles. La luz ungía los cuerpos armoniosos de los jóvenes; en los viejos resplandecía una serena grandeza. ¿Quién era aquella gente?, se preguntaba Ulises con el corazón latiéndole de

alegría. ¿Qué rito o qué fiesta los juntaba en los cantos y en la gloria de aquella mañana en que todo parecía nimbado por una claridad de epifanía? ¿Era aquello un sueño que provenía de un pasado perdido para siempre o era una visión premonitoria del futuro reinado de los hijos del sol? En la cumbre de la colina, sola, una doncella coronada de olivo danzaba desnuda alrededor de un remo clavado en el suelo. Danzaba lentamente, agachada la cabeza y sin mover los brazos, que mantenía abiertos y alzados como dos ramas secas; danzaba inclinando ligeramente el cuerpo ora a un lado, ora a otro, avanzando con el paso lento y largo de la niebla, y sobre ella parecía pesar el cielo gris, el silencio y la muda espera del invierno. De súbito, después de una pausa, levantó la cabeza para mirar una de sus manos, que había empezado a temblar levemente, dio una rápida vuelta y precipitose hacia los puros espacios que acababan de abrirse ante ella, hacia las despiertas lontananzas, con la cabellera deshecha y los ojos esperando las primeras golondrinas, y giró y danzó como el viento en los valles que reverdecen bajo la dulce sombra de las montañas. Y después danzó el verano. En sus movimientos hubo el pródigo tumulto, el peso y el maduro abandono de los días tendidos bajo ramas curvadas; y sus manos subieron hasta sopesar los dos frutos de sus senos, y continuaron ascendiendo hasta detenerse más arriba de la cabeza, como si sostuvieran un plenilunio, y después cayeron hacia abajo, como si buscaran, dentro de un agua que fluía dormida, la imagen de su cuerpo, el cual no estaba en el agua sino que -249- corría ya, como una estatua viva alrededor de una gavilla. Y, finalmente, para su sombra, que iba delante de ella, huía y esperaba, danzó el otoño: fue mariposa agonizante, gris llovizna, hoja que cae...

El grito de la oréade, agudo e insistente, dejó oírse de nuevo, y la visión fue desvaneciéndose con la luz que retrocedía hacia el mar. Sólo el remo se recortaba aún en la cumbre de la colina iluminada, y, alrededor del remo, una gaviota volaba, remedando el grito de la oréade.

-¿Adónde vais con ese remo? -preguntó Eumeos sin levantarse del banco de piedra del casal donde estaba sentado.

Ulises, que se hallaba de pie delante de su antiguo porquerizo, pareció no haber oído la pregunta. Sus ojos seguían fijos en la pequeña figura que, bañada de luz crepuscular, alejábale lentamente por los campos, detrás de los bueyes.

-La hija de Mesaulio... -murmuró, señalando con un gesto del brazo en la dirección hacia donde miraba.

-¿La hija de Mesaulio? -dijo Eumeos, extrañado-. Que yo sepa, Mesaulio no ha tenido nunca ninguna hija. Pero...

Ulises se volvió y, con el rostro iluminado por una sonrisa, dijo:

-¿Qué decías, Eumeos?

Eumeos fijó durante unos momentos sus ojitos astutos en el rostro de su amo y con el índice y el pulgar de su mano derecha empezó a retorcerse los ralos pelos que formaban su barba. Después, cogiéndose la rodilla con ambas manos y levantando el pie de modo que no tocara el suelo, dijo, más hablando consigo mismo que

contestando:

-¿Yo? Nada... Me ha extrañado que mencionarais una hija de Mesaulio, cuando sabéis tan bien como yo que no tuvo ninguna hija. El pobre Mesaulio sólo tuvo dos hijos: Alfio, que marchó hace años y de quien nunca se ha sabido nada; y Onétor, que no se ha movido del lugar y que es quien mejor sabe domar las bestias para el trabajo. En eso es como su padre, quien, aunque era un poco lirón, entendía en las cosas del ganado... Pero ¿qué iba a decir? ¡Ah, sí! Onétor, el hijo de Mesaulio, se encuentra en los campos dirigiendo la siega. Él y Laos, quien este año ha bajado de Cimdaura, se habían -250- hecho muy amigos, a pesar de que son tan diferentes como el sol y la luna. Onétor, como sabéis, tiene un carácter más bien retraído, habla poco y rehuye el jolgorio; en cambio, Laos tiene un espíritu vivaz, es un gallardo y locuaz mozo, amigo de todo el mundo, volandero, a quien le cuesta tan poco embarcar como desembarcar. No sé de quién debe haber heredado su afán por el mar, porque su familia pertenece a la gleba. Laos se mueve como una veleta. Yo lo vi nacer, poco antes de entrar al servicio del casal; pero eso no significa que yo esté siempre de acuerdo con su conducta. Yo soy un hombre que antes de hablar de las cosas lo piensa tres veces. En lo tocante a esos dos, por ejemplo, creo que Laos tendría que ser un poco más cuerdo y Onétor un poco menos. ¿Por qué andan a la greña, ahora? Creo que Neria... Nada sé ni nada he visto, yo; es sólo una suposición y me guardaría muy mucho de afirmar algo que no me consta. Pero uno tiene oídos y, aunque no quiera, a veces se entera de lo que habla la gente, especialmente las mujeres, que para esas cosas tienen el olfato más fino que un perdiguero. Después de todo, Neria ya no es una niña. Claro que yo no me meto en eso, pero... Eumeos calló durante un momento, el tiempo justo para soltar la rodilla y coger la otra con las dos manos juntas en forma de cazoleta. La sonrisa había desaparecido de los labios de Ulises, pero no de sus ojos.

-Sí; Neria ya no es una criatura -prosiguió diciendo Eumeos-. Los años han pasado rápidamente y los dos casales se han ido vaciando. Es triste pensar en ello. Yo vivo solo, en éste, y vos en el de arriba, con Neria. Diríase que aquí el invierno no se va en todo el año. No me quejo, ¡eso no! ¿Qué puedo esperar, yo? De viejo no se pasa, es cierto; pero yo quisiera llegar a muy viejo y poder seguir viniendo a sentarme aquí durante muchos años más, y contemplar los campos, y ver pasar las bestias y la gente, y charlar un poco... Las palabras son el vino de la vida, díjome un día no sé quién. Quizás lo dije yo mismo... Por cierto, ahora recuerdo que ayer pasó por aquí un forastero que preguntó por vos. Era un hombre alto, de rostro enjuto, y llevaba una capa gris. Sé por Neria que esta mañana ha vuelto, y unas espigadoras me han dicho que lo han visto rondar por los campos. No sé quién puede ser. Causa una impresión muy extraña, ese hombre... ¿Cómo decíroslo? Es como si fuera de todas partes y de ninguna... -251- Volvamos a Onétor y a Laos. Pero antes, pues creo que viene al caso, contaré la historia de Mayala, una mujer de Cimdaura. Mayala, de joven, era muy hermosa, una de las

doncellas de más linda cara de la comarca. Tenía una belleza de índole tranquila y suave, ojos azules y brazos muy blancos. Entre las muchachas más lindas, a primera vista no parecía ser la primera, y entre las feas su belleza, como ocurre a menudo, no parecía insultante. Llegado el tiempo de casarse, Mayala, contra el parecer de la familia, se decidió por un hombre sin oficio ni beneficio y más dado a la jarana y a holgar que al trabajo. Mayala se levantaba cada día al rayar el alba, cuidábase de los hijos, llevaba el trajín de la casa y se alquilaba para las más rudas faenas del campo. Pero a pesar de todo eso, no parecía desgraciada. Un día, una vecina le dijo: «¿Cómo es posible, Mayala, que puedas vivir con un hombre como el tuyo? Tú llevas una vida arrastrada, y él, en cambio, es un gandul que no sirve para nada, excepto cantar, beber y vivir de balde. Te compadezco, Mayala». Pero Mayala, levantando la cabeza y mirando con sus ojos claros, contestó: «No hay caso. Sí, yo trabajo y me afano, pero él me alegra la vida». Dicho esto, tal vez huelga hablar más de Onétor. Por otra parte, parece que Neria se ha decidido ya. Desde hace algunos días, cada mañana la oigo cantar mientras saca agua del pozo. Lo que importa es estar dispuesto, como Mayala, a pagar la alegría, el vino de la vida. Cuando se sabe dónde hallarlo, ningún precio es caro. Mayala sabía el precio. Comprendido esto, quizá tampoco sea necesario hablar más de Laos. De él, sin embargo, bueno será que sepáis una cosa, y es que es el hijo de Mayala... ¿A dónde vais, Ulises, con ese remo?

Después de una pausa, Ulises preguntó:

-¿Por qué no te casaste con Mayala?

-¿Eh? ¡Vaya pregunta! Ella no me hubiera aceptado...

Dicho esto, Eumeos, que había estado hablando con los ojos bajos, levantó la cabeza y miró fijamente a Ulises. Y Ulises, esta vez, no se asombró al advertir que los ojos del viejo porquerizo brillaban con un resplandor azul en el que se reflejaba la imagen del águila que volaba por encima del casal.

-252-

Cuando Ulises llegó a la cumbre de la colina el sol acababa de hundirse detrás de la montaña que se erguía lejos ante él, al final de la llanura. Abajo, al pie de la colina, donde el trigo ya había sido segado, unas mujeres cargaban gavillas en la parte trasera de un carro de altos e inclinados barandales, mientras en la parte delantera un rapaz se esforzaba en hacer entrar, a reculones, entre los dos varales a un grueso caballo negro de larga cola. No lejos del carro, las cuadrillas de segadores trabajaban en silencio. La mirada de Ulises se detuvo un momento en la cumbre enrojecida por el poniente; después, desviándose rápidamente hacia donde la llanura era interrumpida por algunas ligeras elevaciones del terreno cubiertas de algarrobos, no se detuvo hasta hallar, en el centro de la ladera de la última colina, detrás de la cual se encontraba el casal, el roble gigantesco donde su padre solía ir cada atardecer y que entre la gente del país era conocido por el nombre de «El árbol de Laertes». Ulises complacía en pensar que el espíritu de su padre vivía en aquel árbol de poderoso tronco y abierto ramaje, y

siempre había hallado gozo en la veneración que inspiraba a la gente. El recuerdo de su padre se había ido desvaneciendo de la memoria del pueblo -pocos viejos quedaban que lo hubiesen conocido-, pero su nombre viviría mientras el roble hundiese sus raíces en la tierra... Empezó a descender.

Al pasar por delante del carro, el rapaz, que por fin había conseguido uncir el caballo, se le quedó mirando, extrañado de verlo en aquel lugar con el remo sobre el hombro. Arriba del carro, sentada encima de la gavilla más alta, una muchacha lo saludó con un gesto de la mano. El crepúsculo se extinguía detrás de la montaña, que parecía una enorme estatua yacente acabada de fundir. Se encendieron algunas estrellas. Ulises avanzó hacia los segadores. Sólo se oía el zumbido de las hoces al cortar las espigas y el canto de los grillos. La llanura ya no era del día, pero la noche aún no se había apoderado de ella. Ulises se sentó sobre una gavilla tumbada y levantó los ojos: el cielo, hacia el este oscurecido, ya estaba tachonado de estrellas. De súbito, el caballo lanzó un corto relincho. Una mujer llevando un cántaro en la mano pasó por delante de Ulises, sin verlo. Era Neria. De vez en cuando, un segador interrumpía su trabajo e, incorporándose, se secaba la frente con el brazo izquierdo: en la mano derecha la hoz -253- semejaba la cola de una serpiente que se le hubiese enroscado en el brazo. El cielo y la tierra ya eran de la noche. El carro arrancó ruidosamente, y después de atascarse un par de veces en el rastrojo, entró en el camino que conducía a las eras, con la sombra del rapaz agarrada detrás. Neria volvió. Dio una vuelta alrededor de la hacina y, de repente, trepó a ella.

Ulises, acostado sobre las espigas, contemplaba las estrellas. Los segadores habían abandonado los campos, pero Neria no había descendido de la hacina. Se oía, muy lejano, el traquetear del carro. Una sombra se detuvo junto a la hacina y una voz murmuró:

-¿Dónde estás, Neria?

-¡Sube, Laos!

¡Oh, las estrellas, las altas estrellas, los hórreos siderales en medio de las landas de la noche! ¡Oh, las estrellas sabidas y los soles imaginados! ¡Oh, las estrellas eternas, la armonía, el orden y el azar de la luz trenzándose en guirnaldas para la fiesta infinita de los espacios! ¡Oh, las profundas estrellas! ¡Oh, vivir!

(LAOS.- Te miro, Neria, y no comprendo el ayer.

NERIA.- Mis recuerdos empiezan en ti.

LAOS.- Ayer...

NERIA.- No pienses en ello. El ayer es como un cántaro que no sabíamos dónde llenar. ¡No! ¡Ni eso! El cántaro se había quebrado y seguíamos caminando sólo con el asa en la mano...

LAOS.- Pero ahora el asa sostiene el cántaro lleno de la vida.

NERIA.- Hay una gran paz en el mundo.

LAOS.- Es como si alrededor nuestro todo acabase de nacer, Neria. Las cosas, ahora, son ellas mismas, y su nombre ríe encima de ellas como la espuma brilla sobre la ola...

NERIA.- Sí; digo Laos y siento que tú vives en tu nombre.)
¡Oh, las mieses de los astros! Las oscilantes luminarias trazando la danza de sus órbitas, misterio y señal de abismo a abismo, la caída y el retorno, el principio y el fin uniéndose en el -254- ritmo prodigioso del tiempo puro, de los aludes ascendentes de la inmensidad, de los vuelos glaciales de los vientos perdidos... ¡Oh, el aniquilamiento, la siega de luz por la tiniebla y de la tiniebla por la luz! ¡Oh, morir!

(LAOS.- El silencio vuelve más azul la noche, Neria. Tu cuerpo, sumido en las espigas... Si cerraras los ojos, parecerías la estatua del verano.

NERIA.- Laos, hoz y vencejo.

LAOS.- Te acaricio y te miro. Y caricia y mirada son como dos risueños huéspedes atravesando juntos un mismo umbral.

NERIA.- Laos, horqueta enhiesta.)
Las constelaciones meciéndose suavemente, la estrella de la mañana cerniéndose sobre planetas ciegos, la colisión nupcial de dos astros bajo una arcada de nebulosas... Y, más allá aún, como la fimbria de una túnica de espacio sin fin, brilla un cielo de millones de lunas volanderas. ¡Oh, la rueda rutilante en el molino del cosmos! ¡Oh, las estrellas del espíritu! ¡Oh, vivir!

(LAOS.- Al verme por primera vez, te detuviste en medio del camino. Y comprendí.

NERIA.- Sólo esperándote podía llamarte.

LAOS.- Pero ¿qué sabemos, realmente, Neria? El amor que nos liga, ¿es un aura inquieta de primavera o un futuro de días y rostros que nos fermenta en la sangre? ¿Qué eres?

NERIA.- Quizás soy únicamente la hospitalidad de la tierra, Laos.

LAOS.- Sí, tú recibiste mi anhelo que se despeña: eres como el tibio regazo de un valle, eres la espera sin gesto, eres la paz. A veces me miras como si fueras algo muy remoto, como si fueses un viento invisible que gira alrededor de una flor y la dobla...

NERIA.- Laos, canción segura.)

-255-

Y los astros más allá del pensamiento... ¡Las otras auroras! ¡Los otros ponientes! Los nuevos soles hilando sus telarañas de cenits y nadires sobre las simas abiertas donde la eternidad se hunde. La muerte de los cielos coronada de cometas secos... ¡Oh, morir!

(LAOS.- Mis manos, tocándote, te ven, Neria, y mis ojos, mirándote, te tocan...

NERIA.- ¡Oh, Laos!

LAOS.- Tú eres como el verano que nos rodea: un gran beso que ha madurado. Tú eres como la noche que avanza con la alondra de la alegría oculta entre los senos. Tú eres como el mar...

NERIA.- ¡Ay, el mar!

LAOS.- Tu boca... ¿No oyes, lejos, el mar?

NERIA.- ¡Ay, el mar!)

Ulises avanzaba por las mieses, con el rostro levantado hacia los astros, y oía el rumor del viento regolfar sobre las espigas, hundirse en ellas como un brazo inmenso, empujándolas ora a la derecha, ora a la izquierda, en un suave oleaje que el plenilunio argentaba-

¡Oh, mar! ¡Oh, tierra!

Y siempre las estrellas, allá en la altura y dentro de su alma, las ramas de las constelaciones en la tiniebla de los espacios, como sus recuerdos y sus visiones en la hondura de su ser, precipitándose de un lado a otro, bajo el ancho viento de la vida y de la muerte-

¡Oh, vivir! ¡Oh, mar!

El continuo oleaje de la sangre rompiendo contra los cantiles de los sueños invencibles. El mar y la vida, siempre movientes, avanzando y retrocediendo, con sus espumas y sus anhelos, con la gloria de sus soles y del amor, con la derrota de lunas y besos, con jadeos y gritos. ¡Oh, el sueño en la acción y la verdad en el espíritu! El combate de los dioses y los hombres, la resistencia enemiga, habían creado -más que la alianza sonriente- la imagen de su destino, que se prolongaría, formidable e intacto, a través de los tiempos, mito y fábula con resplandores de mediodía-

-256-

¡Oh, morir! ¡Oh, tierra!

La tierra era profunda de dolor y resurrecciones, y había cantado a sus oídos el himno de las noches-

¡Oh, mar!

El mar era profundo de secretos y ausencias, y había cantado a sus oídos el himno de las soledades-

¡Oh, tierra! ¡Oh, mar! ¡Oh, tierra y mar unidos, dentro de su alma, por la misma corona de estrellas! ¡Oh, el alma suya ya poseída por el canto del retorno!

Porque en aquella hora todo lo llenaba de supremas certidumbres. Rodeado de mieses ondulantes, con la luna llena que seguía ascendiendo por encima de las colinas, a su derecha, como si fuera la última ave de sus vaticinios, y el resplandor de las estrellas que aclaraba el cielo estival, avanzaba por los campos. Pero en él no había ni tristeza ni alegría, sino una beatífica serenidad. Su canto de retorno era también un canto silencioso de adiós tranquilo. Todo lo llamaba. Y él seguía avanzando al encuentro de aquella voz múltiple que cada vez tenía un acento más profundo y familiar. Y a través de sus lágrimas, de aquellas lágrimas que venían del fondo de su infancia, veía cómo la montaña que tenía delante, lejos, mitad sombra y mitad claror, se iba transformando lentamente en el rostro de su madre tal como lo vio aquella noche en que se quedó dormido en aquellos mismos campos, y bajo el rostro inclinado de ella veía el suyo, levantado en dirección a la voz que lo llamaba de nuevo con el balanceo del mar, el ondular de las espigas y el girar de las estrellas-

¡Oh, canto de retorno!

Una espesa nube cubrió rápidamente la tierra y, en el horizonte, la montaña recobró su sombría ingencia solitaria. Ulises seguía andando, con los ojos clavados en la tiniebla. De pronto, se detuvo: una hoguera se había encendido en la oscura montaña, cerca de la cumbre. Era una lágrima encendida, la lágrima de fuego de la montaña, como una réplica a la que sentía crepitar en su propia faz. Ya no veía con los ojos, sino con la lágrima que caía, que también volvía, hecha luz, y descendía de sus lágrimas antiguas, y que en el ardiente descenso se agigantaba, inflamada por el viento del espíritu, e incendiaba las mieses de su alma total revelada-

¡Oh, canto del fuego!

Pero la llama divina no proclamaba la embriaguez del retorno, -257- sino la certidumbre de que la vida era un comienzo sin fin entre la risa de las llanuras y el hielo áureo de las cumbres. Nada terminaba, nada moría jamás. Nacimiento y muerte, aparición y transformación, materia y espíritu, giraban en el ritmo de una fuerza que era siempre la misma, indiferente e indestructible. La ley de los astros era la ley de las semillas, y en el equilibrio de la naturaleza, el azar y el caos eran la forma externa de la libertad del amor. En el seno de la creación, inmortal era el instante que eternamente pasaba-

Al salir Ulises del trigal, la luna se asomó por encima de la nube y el viento cesó. En la montaña, la hoguera se había apagado. Desde el lugar donde se encontraba veía, iluminado por la claridad de la luna, el roble de Laertes, junto al que se recortaba la figura del extranjero. Se dirigió hacia allí, sin apresurarse.

Ulises habíase detenido ante el extranjero, que seguía inmóvil, y esperaba. Entre ambos, en el suelo, se extendía la ancha sombra del roble. Cuando por fin el extranjero levantó el brazo y, con un gesto de la mano, señaló el remo, Ulises, avanzando un par de pasos, entró en la sombra del árbol. El extranjero volvióse, para irse. Ulises descargó el remo del hombro y, cogiéndolo con ambas manos por el

lugar donde pala y mango se unen, lo alzó. Ante él, la mole de la montaña se oscureció bruscamente. Ulises clavó el remo en el suelo, y el extranjero, al advertirlo, echó a andar hacia la montaña sombría, en cuya cumbre acababa de encenderse otra vez la hoguera. Solo junto al remo, Ulises empezó a desnudarse. La hoguera, como una estrella de sangre, titilaba en las altas tinieblas que cubrían la tierra y su espíritu. Se tendió desnudo sobre la tierra, a la vera del remo. Aún oía el ruido de los pasos del extranjero, noche adentro. La sombra de la montaña iba cayéndole encima, y crecía, y jadeaba. El ruido, ahora, rodaba en torno a la montaña -y en torno a él- con un rumor de mar y de viento. Ulises extendió una mano y cogió el remo: lo sentía crecer, subir hacia la estrella de sangre. Pero la estrella parecía cada vez más lejana, y el remo ascendía lentamente, oscilando en las vastas tinieblas, inclinándose bajo la furia -258- del viento... Al soltar el remo, su mano cayó, abierta. Un águila roja batió sus alas dentro de su alma, y voló, llevada por la última ráfaga de viento, hacia los espacios del infinito que se abrían iluminados por el resplandor de las divinales pupilas y donde resonaba el eco de la caída del remo...

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

